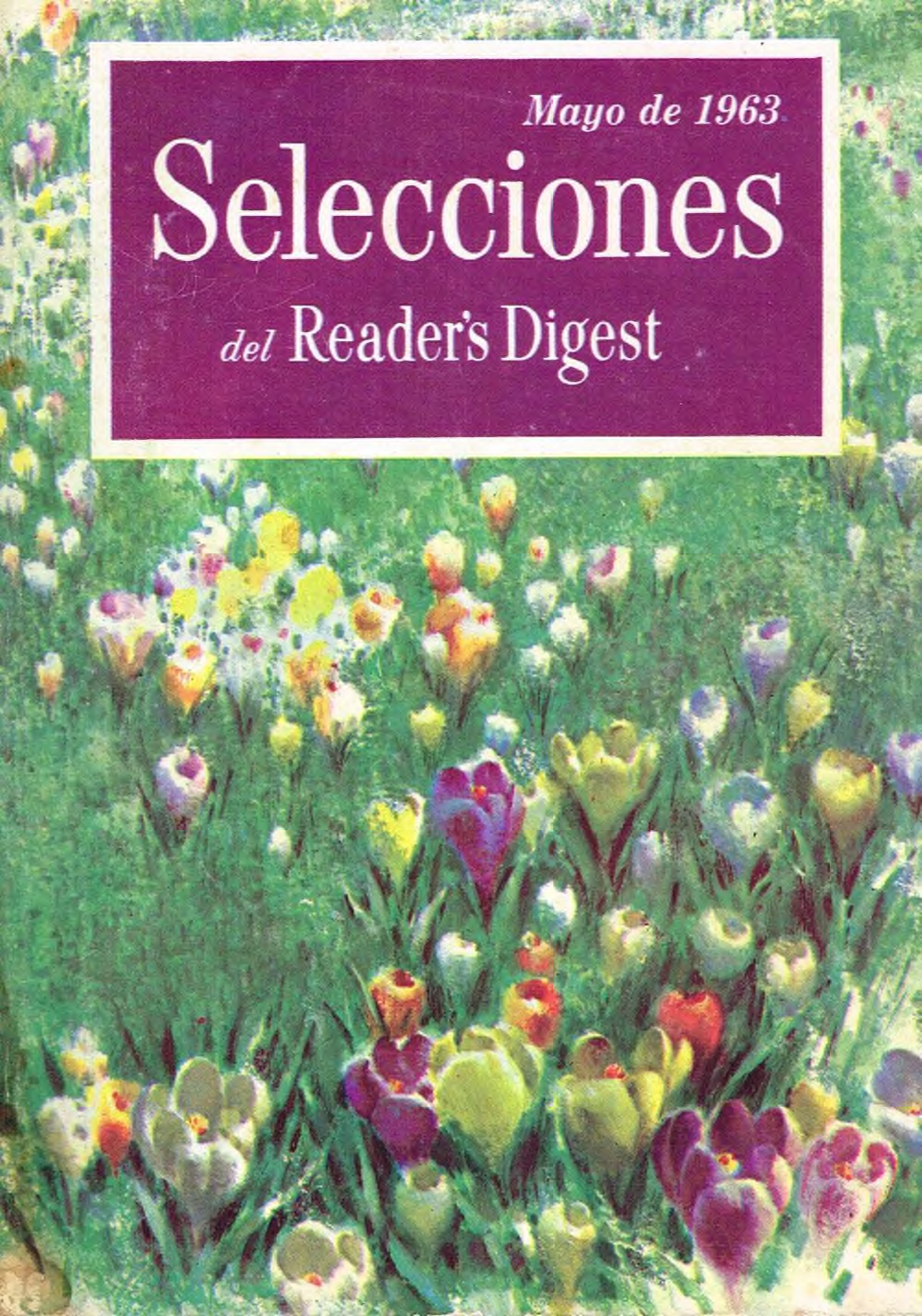

Mayo de 1963
Selecciones
del Reader's Digest

Cuando se hace una pausa . . . ¡Coca-Cola refresca mejor!

¡LA GENTE QUE VIAJA . . . refresca con Coca-Cola bien fría! En cualquier parte, en cualquier ocasión, Coca-Cola le proporciona un vivificante nùevo aliento, una deliciosa sensación de frescura. Disfrute de ese sabor único de Coca-Cola . . . **para la Pausa que Refresca.**



''COCA-COLA'' Y ''COKE'' SON LAS MARCAS REGISTRADAS DE THE COCA-COLA COMPANY.





SELECCIONES

del Reader's Digest

Tomo XLV Nº 270 Mayo de 1963

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Carlos Escallón, *gerente*; Douglas W. London, *vicepresidente*; Raúl Sánchez Ortiz, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*, Ricardo Robinson y Enrique Trench, *representantes*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

SELECCIONES

se vende en las principales

librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 30,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia (Bs. 2,50*) — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Chile (Eº 0,40*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,00*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (₡1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 30,00*)—Nicasio Martínez Díaz, Palma 565, Asunción.
Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,50*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLV, Nº 270, May 1963. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina · GUILLERMO KRAFT LTDA. · Reconquista 319

Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones



CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144



porque el PEUGEOT 404 posee la calidad que no se discute!

RESISTENCIA EXCEPCIONAL...
MÁXIMA SEGURIDAD...
EXTRAORDINARIA POTENCIA...

Pero está demás toda argumentación. Acérquese a un PEUGEOT 404... Observe cuidadosamente cada detalle... Siéntese al volante... Manéjelo... ¡y ése será su coche!

PEUGEOT
404

CONSTRUIDO PARA DURAR MAS



D. A. P. A. S. A. - PASEO COLON 1070 - T. E. 34-7560/7569 - 30-3807 - BUENOS AIRES



Poco después que el Dr. Enrico Fermi, físico ganador del Premio Nobel, entrara a formar parte del grupo investigador de la Universidad de Chicago, le dijeron los directores del grupo:

—Ahora que va usted a emprender trabajos para el gobierno, sin duda necesitará una secretaria. Nos encargaremos de mandarle una mañana mismo.

—No soy hombre de negocios, sino de ciencia —protestó Fermi—. ¿Qué haría yo con una secretaria?

—Es indispensable que disponga de una —le contestaron—. Toda persona importante tiene secretaria.

—Muy bien —dijo el sabio—. En tal caso me harán falta dos . . . para que se encarguen de darse ocupación mutuamente. —I. K.

El empresario de ópera Giulio Gatti-Casazza fue en su juventud gran admirador de Verdi, el genio italiano de la música. Un día siguió los pasos al insigne compositor durante largo rato, sin atreverse a hablarle. Varios años más tarde le contaba a Verdi el incidente.

—¡Qué desperdicio de energía! —exclamó el maestro—. A esa edad y con buenas piernas ha debido usted seguir a una muchacha bonita.

— *The Wall Street Journal*

El pastor protestante Lyman Beecher debía ceder el púlpito de su iglesia por una vez a cierto colega vecino suyo a cambio de que éste le cediera el propio. El segundo era estricto partidario de la doctrina de la predestinación, punto sobre el cual Beecher era de creencias liberales. El domingo siguiente ambos se encontraron camino de la iglesia, y el pastor vecino observó:

—Dr. Beecher, quiero hacerle notar que ya desde antes de la creación Dios dispuso que usted habría de ocupar mi púlpito y yo el suyo, precisamente en este día.

—¿Cree usted? —replicó Beecher —. ¡En ese caso, no haré tal!

Y haciendo volverse a su cabalgadura, regresó a su iglesia.

— Harry Emerson Fosdick, en *On Being a Real Person*

La poetisa Edna St. Vincent Millay usaba el seudónimo de Nancy Boyd para su obra menos importante. Se editó un tomo de los ensayos de la Boyd, con un prefacio de Edna, en que ésta afirmaba haber sido la primera admiradora de aquélla: "Mucho me complace recomendar al público estas excelentes satirillas debidas a la pluma de una persona en cuya obra tengo el más vivo interés y encuentro el mayor deleite". —M. G.

En 1947 John Dykstra, que actualmente es presidente de la Ford

Motor Company, era jefe de una fábrica de motores de aviación de la misma empresa. Exasperado porque con gran frecuencia una sección de los talleres producía los árboles de las hélices sin la precisión de tolerancia necesaria, mandó llamar al jefe de la sección después de las horas de trabajo, y le recomendó que le observara mientras comenzaba a tornear un eje. A las 5 de la madrugada, todavía en presencia del ya fatigado jefe de sección, Dykstra terminó de tornear la pieza, comprobó con el micrómetro cada medida, y las halló todas aceptables. "Así es como debe hacerse este trabajo", dijo con determinación. Luego, arrojando con fuerza el árbol contra el piso, lo estropeó por completo. "Ahora ya no podrán decir que he violado ningún reglamento sindical", agregó, y abandonó el taller. — *Time*

El director teatral George Abbott se ha mantenido siempre apartado de los actores. Aun después de haberlo tratado largos años, ellos siguen llamándole "el señor" Abbott. El cómico Stanley Prager le dijo una vez: "Vamos a tener un hijo; si es varón lo llamaremos en honor de usted: *Señor* Abbott Prager". — L. L.

El dinero reunido en el Yankee Stadium el "Día de Yogi Berra", dedicado en 1959 a honrar a este famoso beisbolista, se entregó, a solicitud del propio Berra, a la Universidad de Columbia para una beca. Una mañana Berra fue a visitar al becario en su dormitorio. El estudiante compartía la habitación con otro, que a esa hora aún dormía. Al salir, Yogi pidió al rector que trasladase al becario a otro aposento, y le explicó: "No deseo que se aloje con un alumno que todavía está en la cama a las 9 de la mañana. No hay razón para que un muchacho universitario duerma hasta tan tarde. La suya es una mala influencia". — L. L.

Una vez alguien le pidió a Louis Brandeis, juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos, que "perdonara y olvidara". El juez repuso: "Perdonar, bien puedo, pero olvidar equivaldría a renunciar a la experiencia".

— *Felix Frankfurter Reminisces*, en sus conversaciones con Harlan Phillips

El humorista Ring Lardner era hombre melancólico, capaz de enmudecer de repente en mitad de una conversación. Cierta noche, mientras cenaba en un restaurante en compañía de un amigo, se quedó embebido en la contemplación de un cuadro que colgaba de la pared contigua. Era un grabado que representaba una carrera de caballos a comienzos del siglo XX. Lardner se había quedado mirando la lámina fijamente, sin probar bocado ni decir palabra. El amigo, respetando su silencio, terminó de comer. Ya se disponía a encender un puro, cuando Lardner habló por fin: "Me parece", dijo, "que el *jockey* que va junto a la barrera no hace ningún esfuerzo por ganar". — E. E. E.

¡SERVICIO EXTRA!...

en su Esso SERVICENTRO



¡Está en todo!... Es el cordial operador de su ESSO SERVICENTRO; un hombre que conoce bien su automotor, le brinda atención idónea y cordial y siempre le proporciona productos de **calidad extra.** Así, su ESSO SERVICENTRO le brinda **SERVICIO EXTRA,** para que usted...

¡Viaje contento... viaje con Esso!

VEA "**EL REPORTER ESSO**" POR CANAL 11, TODOS LOS DIAS A LAS 23 HS. (DOMINGOS, A LAS 22 HS).

HUMORISMO MILITAR

Un soldado que regresa a la bahía de Nueva York apostrofa a la Estatua de la Libertad: "Ya puedes bajar la antorcha, amiga mía. He vuelto a la patria". —L. W. M.

Durante la segunda guerra mundial estaba yo a cargo de un depósito de municiones de la aviación norteamericana en la Nueva Guinea. Un día se me presentó el comandante de una escuadrilla de barcos patrulleros y me pidió municiones para sus piezas de 37 mm. Inmediatamente convine en cederle 5000 cartuchos que la aviación ya no necesitaba.

Al informar del trato al estado mayor, como lo exigía el reglamento, recibimos el siguiente mensaje: "Explíquese por qué cedieron a la marina municiones de 37 mm.". El subalterno que estaba a cargo del polvorín, repuso al instante: "Marina y ejército norteamericanos considéranse aliados".

—Tte. Cnel. Ramón Aguirre (retirado de la fuerza aérea norteamericana)

Mientras hacía yo de niñera de los tres hijitos de un teniente y su esposa, pude ver con regocijo que el jefe de la casa había pegado en las puertas sendos letreros escritos a máquina. El de la alcoba de los niños decía: "Cuartel de tropa"; el de la habitación de los padres: "Caja de reclutamiento". —K. G.

En 1956 estuve en una escuela de oficiales en Inglaterra, con otros 79 cadetes bisoños. Habían ordenado que nos formáramos en tres filas en el patio de maniobras a fin de presentarnos a nuestro suboficial superior, a quien esperábamos con recelo. Al punto entró con paso marcial el sargento mayor Lynch, de la Guardia Irlandesa, hombre corpulento de 100 kilos de peso y 1,90 m. de estatura. Con su espada reluciente y su vistoso uniforme de gala estaba tan imponente como un tanque pesado. Dio la voz de "¡atención!" con fuerza atronadora, fijó en nosotros una mirada penetrante y dijo recalcando sus palabras: "Caballeros, quiero que, desde un principio, entiendan una cosa: el trato que nos daremos entre ustedes y yo será de *señor*. La única diferencia que habrá de que yo se lo diga a alguno de ustedes a que alguno de ustedes me lo diga a mí, es que, en el primer caso, el "señor" será una simple fórmula". —M. R. G.

Cierto radiólogo tenía que reconocer diariamente a varias docenas de nuevos reclutas en el centro de reconocimiento médico militar, de Raleigh (Carolina del Norte). A cada grupo diferente le daba las mismas instrucciones todos los días: desnudarse hasta la cintura, poner-

se en fila ante el salón de radiografía, llevar en la mano la ficha de radioscopia. Pero nunca faltaba quien se confundiera, ya por ir a otra sala o por llevar una tarjeta que no era la requerida.

Un día, aburrido de tantos meses de exasperante rutina, el radiólogo gritó a los reclutas recién llegados: "¡Todos los días os repito la misma cantilena! ¿Cuándo vais a aprender?" —D. G. L.

UNA NOCHE, un grupo de reclutas descansaba en el dormitorio. Como hacía mucho calor, uno de ellos se había tendido cómodamente en su camastro con el traje con que Dios lo puso en el mundo. De repente se escuchó un toque de corneta: iban a pasar lista. Como no había tiempo para vestirse, el soldado echó mano de su gabardina y tuvo cuidado de abotonarse bien. Una vez pasada la lista, sin incidentes, se les ocurrió a los oficiales practicar una inspección de uniformes. Al llegar al recluta de la gabardina, le ordenaron que se desabotonase la prenda. El oficial lo observó de arriba a abajo; luego comentó:

—¡Qué uniforme más extraño!

—¡Fue el primero que me dieron, mi teniente! —respondió el recluta. —K. M. S.

EL EMBAJADOR inglés en los Estados Unidos, Sir David Ormsby Gore, contaba la siguiente anécdota de los días en que se adiestraba como piloto.

"Había ocurrido una serie de accidentes en tierra, y el comandante de la base nos advirtió que someterían a consejo de guerra a quien causase el próximo percance de ese tipo. El mismo día en que se nos hizo tal conminación yo estaba practicando un aterrizaje, acompañado de un instructor que ocupaba el asiento trasero. Cuando comenzábamos a aproximarnos a la pista, otro avión estaba haciendo lo mismo y llegamos al final juntos, casi en formación. Entonces sucedió lo inevitable: ambos aparatos chocaron a cinco metros escasos sobre el suelo. No hubo desgracias personales que lamentar, pero las dos avionetas quedaron inservibles. El instructor y yo salimos de los escombros y nos quedamos mirándolos en silencio por unos instantes. Al cabo de ellos me dijo: "¡Qué suerte hemos tenido! ¡Si el choque se hubiese producido diez segundos más tarde, hubiera sido un accidente en tierra!" —J. O. W.

CUANDO fui a hacer unos cursos de vuelo en cazas de reacción, el soldado de sanidad que examinó mi expediente médico me dejó sin habla al comentar:

"Mi capitán, aquí falta su fórmula dentaria. ¿Cómo vamos a poder identificarlo cuando usted se mate?" —R. C. M.







POTENCIA

Ud. obtiene el motor exacto que necesita. Desde el Starflite 75 hasta el Lightwin 3—brío y fuerza de motores seguros y confiables de 2 ciclos.

RENDIMIENTO

Su Evinrude trabaja sin cesar. Estos duraderos motores pueden funcionar hora tras hora sin descanso y con un mínimo de conservación.

GANANCIAS

Un Evinrude aumenta las utilidades. Le ayuda a trabajar todo el día sin molestias. Le da más "tiempo útil en el agua" para mayores ganancias.

Evinrude le ofrece todo esto, porque es el motor fuera de borda de las "Ventajas Técnicas Adicionales"!



STARFLITE 75 — BIG TWIN 40 — LIGHTWIN 3

NUEVO... GARANTIA DE DOS AÑOS para todos los motores Evinrude! Todos los motores nuevos Evinrude de 1963 estarán garantizados contra defectos de fábrica ... sin ningún costo adicional!

Evinrude le da 54 años de experiencia técnica — desde los fornidos "músculos" de 2 ciclos en las entrañas del motor, hasta el duradero acabado exterior. Le da SILENCIO, con una cubierta de fibra de vidrio. CONTROL Soberbio. La facilidad de navegar sin peligro sobre obstáculos. FUNCIONAMIENTO DE ARRANQUE TAN SENCILLO como jamás lo hubiera creído posible. Y muchas más "ventajas técnicas adicionales".

EVINRUDE



OUTBOARD MARINE INTERNATIONAL S.A
Dept. E47-5 Box 830 • Nassau, Bahamas

Goffre, Carbone & Cia.
Viamonte 1549
Buenos Aires

PÁGINAS SUELTAS

La ley que rige el trabajo nos parece bien injusta... pero así es, y nada podrá alterarla: mientras mayor es la paga que en gozo obtiene el trabajador con su labor, mayor será también la que reciba en dinero.

—Mark Twain

No he podido hallar confirmación alguna de la creencia de que algún período de la historia haya brindado a la humanidad la paz y la seguridad por que tanto clama en la presente era. La edad media fue época de espantoso desgobierno. Los griegos hacían la vida más caótica, pasional y escandalosa que pueda concebirse. Predicaban la serenidad; sin embargo, para ellos como para nosotros, la calma interior y la disciplina eran logro del individuo mismo.

— Jacques Barzun, en *Classic, Romantic and Modern*

Nadie puede hacernos sentir inferiores sin nuestro propio consentimiento.

— Eleanor Roosevelt

Todo en el costo de la vida ha subido de modo exorbitante... excepto el costo de ser un bribón. El de la honradez se ha elevado a más del doble, pero la mayoría de las multas impuestas por delitos civiles y criminales están al mismo nivel que en 1940. Todos los días habla la prensa de estafadores y ladrones que se han apoderado de fuertes sumas de dinero... y a quienes luego se castiga con multas relativamente nimias o, tal vez, con un año de cárcel. Los dueños de viviendas miserables que explotan persistentemente a sus inquilinos pagan de multa una bagatela, mientras se embolsan las utilidades que les reporta la miseria humana.

No creo que con una prolongada condena se logre otra cosa que amargar al sentenciado, pero tengo la convicción de que la pena de una fuerte multa puede constituir excelente recurso para restringir la delincuencia. Lo que se precisa es una revisión radical de los códigos, de modo que las multas resulten proporcionales al valor actual del dinero y a la gravedad y el alcance del delito cometido.

— Sydney Harris, en *Last Things First*

Es una verdad tan grande como amarga que cada vez que hablamos de algún elevado propósito, particularmente si lo hacemos con elocuencia y para admiración de quienes nos escuchan, menores son las probabilidades de que lo llevemos a la práctica en el curso de nuestra miserable existencia.

— Thomas Carlyle

El respeto hacia la vida no le permite al erudito vivir sólo para la ciencia, por mucho que al proceder así resulte de gran provecho para la


memorables novedades
CualiCron
en 7 distintos
tejidos de
tycora
nuevo dos piezas Cualicron de Tycora
Cualicron presenta memorables
novedades esta temporada: siete
nuevas texturas de Tycora, en
infinitos colores, y en modelos
que solucionan su guardarropa
para toda hora!
LA GRAN NOVEDAD: "dos
piezas" - compuestos de falda
y chaqueta -, y vestidos en
distintos modelos y tejidos!
Y las creaciones CUALICRON
PLUSCH!
DE TYCORA,
suaves y abrigaditas.
Tycora es MR por
Textured Yarn Co. Inc
nuevo vestido Cualicron de Tycora
nuevo conjunto Cualicron de Tycora
Además, como siempre,
la clásica línea
CUALICRON DE TYCORA
para toda la familia!
Distribuidores:
LOPEZ, GOYA & CIA.
Alsina 1269/81
T. E. 37-0022

comunidad; ni al artista que viva exclusivamente para su arte, aunque sirva de inspiración a muchos de sus semejantes. Ese mismo respeto a la vida le veda al hombre de negocios el imaginarse que en el curso de sus tareas mercantiles satisface todas sus legítimas obligaciones. La reverencia hacia la vida exige de todo ser humano que sacrifique una parte de su propia existencia en favor del prójimo. — Albert Schweitzer

En la vida, la felicidad está hecha de cosas menudas (como el don, pronto olvidado, de una sonrisa o de un beso, de una mirada bondadosa o una alabanza sincera) y de los incontables "infinitesimales" de un sentimiento tan grato como afable. — Samuel Taylor Coleridge

El ex-presidente Harry Truman interrogado acerca de la posibilidad de una guerra nuclear, relató esta anécdota:

Hace años, en Misurí, había un peligrosísimo cruce en que se juntaban la carretera y la vía del ferrocarril, y le pregunté a un ingeniero cómo remediar aquella situación. Éste contestó: "Es mejor no hacer nada; el cruce es tan peligroso que resulta seguro".

Solamente dos legados duraderos podemos aspirar a dejar a nuestros hijos: uno, raíces; el otro, alas.
— Hodding Carter, en *Where Main Street Meets the River*

Llegará el momento en que, como ya escribió el Hermano Leo, todos nuestros espejos se conviertan en ventanas. En tal momento crecemos. El adolescente mira al interior; el adulto puede mirar afuera.
— Pamela Frankau, en *Pen to Paper*

Hubo una época en que tuvimos el acierto de comprender que es algo normal desesperarse de cuando en cuando; que las disputas entre marido y mujer y padres e hijos son inevitables; que no a todos nos toca vivir en interminable ventura. Hasta tuvimos el buen sentido de percatarnos de que una persona que se muestra constantemente feliz, debe estar loca. Síntoma de buena salud es, precisamente, la capacidad para sentirse desdichado cuando las circunstancias lo justifican; para sentirse desdichado sin angustia, sin excusarse ni defenderse.

Lo de diversión era término que antes reservábamos para la niñez; los adultos no tenían diversiones, sino placeres. Actualmente, en nuestra ansia de "ser felices" no sólo nos estamos entregando a placeres infantiles en vez de proceder como adultos, sino que, sutilmente, estamos cambiando los fines mismos de tal proceder. "Despreocúpate" ha sustituido a "haz la prueba"; "gasta" ha remplazado a "ahorra", y "sé feliz" hace las veces de "logra algo".
— Leo Rosten

A Charles Steinmetz le preguntaron en cierta ocasión qué campo de investigaciones brindaría en el futuro las más brillantes oportunidades.

"La oración", replicó. "¡Investiguemos el poder de la oración!"

Si cada uno conociera el valor de esto cada uno querría tener un televisor Zenith!



UNICAMENTE LOS TELEVISORES ZENITH ESTAN EQUIPADOS CON EL

Sintonizador

"GUARDIAN DE ORO"

Exclusivo de ZENITH

CON 104 CONTACTOS DE ORO 16 KILATES

- Asegura una imagen bien definida en zonas distantes y de débil recepción.
- Con control "Perma Set", memoria mecánica que permite el cambio de canales, sin necesidad de retocar la sintonía fina.

ZENITH le brinda la más fina performance.

- El chasis, totalmente armado a mano y sin circuitos impresos, asegura menos problemas de service y mayor facilidad de operación.
- Su imagen es más clara y contrastada.

En venta en las agencias autorizadas.



Fabricados, Distribuidos y Garantizados por
TELESUD S. A.
Sarmiento 1870 — Tel. 40-4840 y 4875 — Buenos Aires

ZENITH®

Respaldado por 44 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente



Citas Citables

El ser mujer resulta en extremo difícil, ya que su destino consiste principalmente en habérselas con los hombres. — Joseph Conrad

No sólo utilizo toda mi inteligencia, sino también toda la que puedo pedir prestada. — Woodrow Wilson

Hoy se puede comprar casi cualquier cosa si se ponen sobre la mesa todas las cartas . . . cuando son de crédito. — *Changing Times, The Kiplinger Magazine*

El hombre siempre está dispuesto a dar la vida por una idea . . . con tal de que no la comprenda muy bien. — P. E.

El tiempo es un modisto especializado en cambios y arreglos. — Faith Baldwin, en *Face Toward the Spring*

Los políticos y las esposas están de acuerdo en que diferir los pagos no es realmente gastar. —B. V.

El amor al saber rara vez deja de ser correspondido. — A. H. G.

El mundo se escandaliza por igual de oír cómo se critica al cristianismo y de ver cómo se practica. — D. E. T.

Más de un pesimista empezó a serlo desde que le prestó dinero a un optimista. — F. W. B.

Bien visto, el tacto es una especie de adivinación del pensamiento. — S. O. J.

Mientras más delgada es la capa de hielo, más se interesa la gente en averiguar cuánto aguanta. — J. B.

En la vida, el colmo de la dicha consiste en creer que se nos quiere por lo que somos, o mejor dicho, a pesar de lo que somos. — Víctor Hugo

No se puede llamar civilizado al hombre que siempre tiene prisa. — Will Durant

También Ud. puede lucir

CABELLO SANO Y ABUNDANTE

PANTEN contiene la vitamina específica para el cabello, descubierta y fabricada por los mundialmente famosos Laboratorios Hoffmann - La Roche de Basilea, Suiza. PANTEN penetra hasta la raíz del cabello.

ELIMINA CASPA Y SEBORREA



LOCION CAPILAR **VITAMINIZADA**



En 3 tipos; para cabellos grasosos, secos y canosos.



De la vida real

En la ciudad de San Petersburgo (Florida), asistía yo con frecuencia a los juegos de *softball* entre los equipos de ancianos llamados *Chavales* y *Cachorros*. Durante una de las partidas, un amigo que conocía a todos los jugadores, me señaló al árbitro, hombre viejo ya, pero despierto, y me dijo:

—Aquel de allá es el Dr. Brown: un jugador muy rápido. Será una magnífica adquisición.

—Y ¿por qué no está jugando ahora mismo? —le pregunté.

—Porque hay que tener 75 años. El doctor apenas acaba de cumplir los 73.

— Sra. C. H. M.

Los ciudadanos estadounidenses naturalizados suelen ser patriotas más entusiastas aún que los nacidos en el país. Tal es el caso de Hermann, mi camarero predilecto (oriundo de Alemania) quien invariablemente se niega a trabajar el día de Navidad y el del natalicio de Abrahán Lincoln. El porqué del primero no es difícil entenderlo, pero sobre el segundo tuve que preguntarle la razón.

—Es porque Lincoln fue el hombre más grande que ha existido —repuso Hermann—. El día de su natalicio —agregó— ni siquiera me afeito.

— H. M.

A PRINCIPIOS de la segunda guerra mundial, como miembro de una unidad de la Primera División Blindada, esperaba un tren que nos llevaría a otro cuartel. La banda militar de la división había venido a despedirnos. Observé que al tambor, que era muy joven, estaba comenzando a gotearle la nariz. No fui el único que se dio cuenta de su apuro. Una bondadosa señora que se hallaba allí se le acercó y, con su terso pañuelo blanco, le limpió las narices. El tambor siguió tocando sin perder el compás. —C. P.

DESPUÉS de haber recorrido en automóvil, durante cosa de cinco horas, una desierta región del país, nos detuvimos en una solitaria estación de gasolina, en la confluencia de dos caminos. Reparando en el inhóspito paraje, mi mujer le dijo al empleado:

—¿Qué hacen ustedes aquí para matar el tiempo?

—Eso mismo, señora: matar el tiempo. —C. G.

MIENTRAS me aproximaba a casa me regodeaba al pensar en la calma que reinaría en el hogar, pues se habían descompuesto los dos televisores. Pero al traspasar el umbral se desvanecieron mis esperanzas. Por todos los ámbitos retumbaban los disparos de una película de vaqueros. No había contado con el ingenio de mi hermanito menor. Al televisor del piso bajo, que no captaba la imagen, le había puesto todo el volumen; y estaba sentado boquiabierto ante el aparato del piso superior, que no tenía sonido, pero sí magnífica imagen. —K. H. C.

DURANTE un crudo invierno, hace algunos años, la empresa aérea en que trabajo como aviador había tenido que alterar sus itinerarios y suspender varios vuelos, debido a una violenta ventisca que iba paralizando rápidamente toda la costa oriental de los Estados Unidos. En el aeropuerto donde nos habíamos quedado examinaba yo los informes que venían de los distintos aeródromos: BOSTON, 15 CM. DE NIEVE CON VIENTO . . . IDLEWILD, SIGUE NEVANDO; SÓLO HAY UNA PISTA DESPEJADA. Otros aeropuertos estaban totalmente cerrados. Luego vino un parte que causó sensación: TUCSON (ARIZONA), PISTA CUBIERTA POR LIGERA CAPA DE TIBIA LUZ LUNAR SOBRE OTRA GRUESA CAPA DE MACADAM TOSTADO POR EL SOL; HACIA LAS OCHO ESPÉRASE NUEVA MANO DE LUZ SOLAR. —C. H. Y.

TODOS los días un amigo íntimo de nuestro hijo adolescente, en su camino a casa de la novia, que vive enfrente de nosotros, llega a nuestra casa por un callejón, entra por la puerta trasera, nos saluda con un "¡Hola!" cruza el vestíbulo, y sale por la puerta principal. Después de que había hecho lo mismo durante cerca de tres meses, le dije en broma que pronto tendría que regalarnos una alfombra nueva.

—No veo por qué —me contestó—. Cuando paso por aquí ya voy por las nubes. —A. A.

LAS EXCURSIONES MÁS POPULARES A LOS E. U. A. COMIENZAN CON PANAGRA/PAN AM





MIAMI BEACH 7 días, 6 noches US$49,40* incluyendo habitación con baño privado, recibimiento en el aeropuerto, transporte del aeropuerto al hotel y vice-versa, excursión por Miami, Coral Gables, Coconut Grove y una interesante visita al hermoso Seaquarium.





MIAMI-WASHINGTON, D. C.—NUEVA YORK 10 días, 9 noches, US$99,75* incluyendo hoteles, excursiones por Miami y la aldea de los Indios Seminoles; en Wáshington, visita a los monumentos; en Nueva York, paseos por Wall Street y el famoso Barrio Chino.

—el servicio de jets más frecuente desde Lima, Buenos Aires, Santiago

Usted elige el día, el lugar y el presupuesto. Nuestras Excursiones Fabulosas le ofrecen hasta el más mínimo detalle para que se divierta y viaje sin preocupaciones.

Viaje cuando lo desee. Los jets de El InterAmericano de Panagra vuelan diariamente desde Lima a los E.U.A.; seis días a la semana desde Buenos Aires, y cinco días a la semana desde Santiago.

Viaje adonde le plazca. Vuele directamente a Miami o a Nueva York sin cambiar de avión por las rutas directas de Panagra/Pan Am/National. O puede hacer el intercambio de Pan Am a 4 otras ciudades de los E.U.A.–con un solo pasaje.

Disfrute de servicios especiales. El personal de Panagra lo ayudará con los trámites de aduana para facilitarle el viaje.

SOLICITE GRATIS EL FOLLETO DE LAS EXCURSIONES

EXCURSIONES PANAGRA FABULOSAS

Gerente de Giras, Dept. R-3, Panagra-Pan American, Av Roque Saenz Peña 788, Buenos Aires, Argentina

☐ Miami Beach ☐ Miami-Wáshington-Nueva York ☐ California y Las Vegas ☐ A través de los E.U.A.

Nombre ____________________

Dirección ____________________

Ciudad ____________________ País ____________________

PANAGRA · **PAN AM**

Pan American-Grace Airways — Pan American Airways

*Por persona, dos en cada habitación. No incluye transporte aéreo.



CINZANO
ES DE LA FAMILIA

CASA FUNDADA EN TURIN EN 1757

SECCIÓN DE PRENSA

DE "DIE WELT", HAMBURGO, ALEMANIA

80.000 kilómetros de crueldad

El verano del año pasado el gobierno de la Zona Soviética empleó no menos de cuatro regimientos de ingenieros del ejército popular comunista y millares de trabajadores civiles para ensanchar y alargar la muralla de Berlín. Si los obstáculos y barreras de alambre de púas se colocasen en línea recta, se extenderían por 1500 kilómetros. El alambre usado para este propósito mide 80.000 kilómetros. Se han empotrado en el suelo 300.000 pilotes de concreto.

Con el hormigón que se ha desperdiciado en esta construcción se habrían podido edificar nuevas viviendas para no menos de 3500 personas. Además se han derribado centenares de casas urbanas y construcciones agrícolas; se han desmontado 60 hectáreas de bosques y se ha privado a la población de la Zona Soviética de Alemania de no menos de 1500 hectáreas de terrenos labrantíos a fin de ahondar la cruel línea que divide la nación.

— Citado por *The German Tribune*

DE "IZVESTIA"

Fallas del planeamiento oficial

"A alguien le adjudicaron un nuevo apartamento. Con una sonrisa de satisfacción se encaminó a una mueblería, pero..." Así comienzan, en diarios y revistas soviéticos, muchos artículos sobre el problema de los muebles. Lo que sigue al "pero" es bien conocido, pues los buenos muebles no existen, o poco menos, en nuestras tiendas.

Estamos edificando muchas nuevas viviendas de una y dos habitaciones. Como en ellas el espacio es limitado, los clientes desean un mobiliario moderno, liviano. Mas la industria mueblista se niega a fabricarlo. Desde hace 12 años la fábrica No. 2 de Moscú ha venido confeccionando una especie de tanque militar mediano al que, quién sabe por qué, le dicen sillón-cama. La otra fábrica de Moscú, la Lira, ha estado haciendo, desde hace 15 años, una mesa en la que fácilmente pueden aterrizar dos helicópteros.

Nadie quiere comprar feas e incómodas mesas, ni sillas o camas dobles incómodas y feas. Sin embargo, las fábricas se empeñan tozudamente en seguir fabricando tales monstruos. ¿Por qué? Porque las cuotas de producción que impone el Estado se calculan por el peso de los muebles, y claro es que resulta más fácil cumplir el plan haciendo mobiliarios pesados que haciendo ligeros muebles modernos.

— O. K. Antonov

DE "TIME"

Un éxito de la ayuda extranjera

Durante muchos siglos las poblaciones de Jerusalén y Belén se han esforzado por calmar la sed con las

aguas de los Pozos de Salomón, un sistema de depósitos crónicamente inadecuado, situado 13 kilómetros al sur de Jerusalén. En abril del año pasado se produjo una severa sequía, claro indicio de que hacia fines de agosto incluso esta escasa fuente estaría seca. Oliver Folsom, perito norteamericano en cuestiones de riego que trabajaba con el gobierno de Jordania, tuvo una idea. Propuso al embajador estadounidense William Macomber, hijo, prevenir la sequía que se avecinaba trayendo el agua desde un gran pozo abierto poco antes en Hebrón ... cosa factible si la tubería necesaria se pudiera instalar a corto plazo, a través de los 29 kilómetros de terreno montañoso que separa aquella fuente del sediento lugar.

Tras un apresurado estudio topográfico, Macomber cablegrafió a Washington pidiendo permiso y elementos. En un plazo de diez días quedó aprobada su solicitud, y 10.000 piezas de tubería para acueducto, sobrantes de la invasión de Normandía, fueron localizadas en un depósito militar en Francia. Los oficiales de aprovisionamiento militar lograron aprovechar un buque de carga alemán que en esos días zarpaba con destino al puerto jordano de Akaba, y a las 36 horas de haber llegado la tubería, ya la habían distribuido en camiones, a lo largo de la ruta proyectada. Trabajando las 24 horas del día, bajo el intenso calor del desierto, los ingenieros del ejército jordano unieron los tubos a razón de más de tres kilómetros diarios.

A principios de agosto las aguas de Hebrón se derramaban en los Pozos de Salomón. "¡Es un milagro!" exclamó el alcalde de Jerusalén Rawhi Khatib. El afanado embajador Macomber, al trasmitir a Washington este encomio, agregaba: "El programa de ayuda al extranjero es objeto de críticas a cada paso, pero creo que esta vez nos hemos anotado un gran éxito".

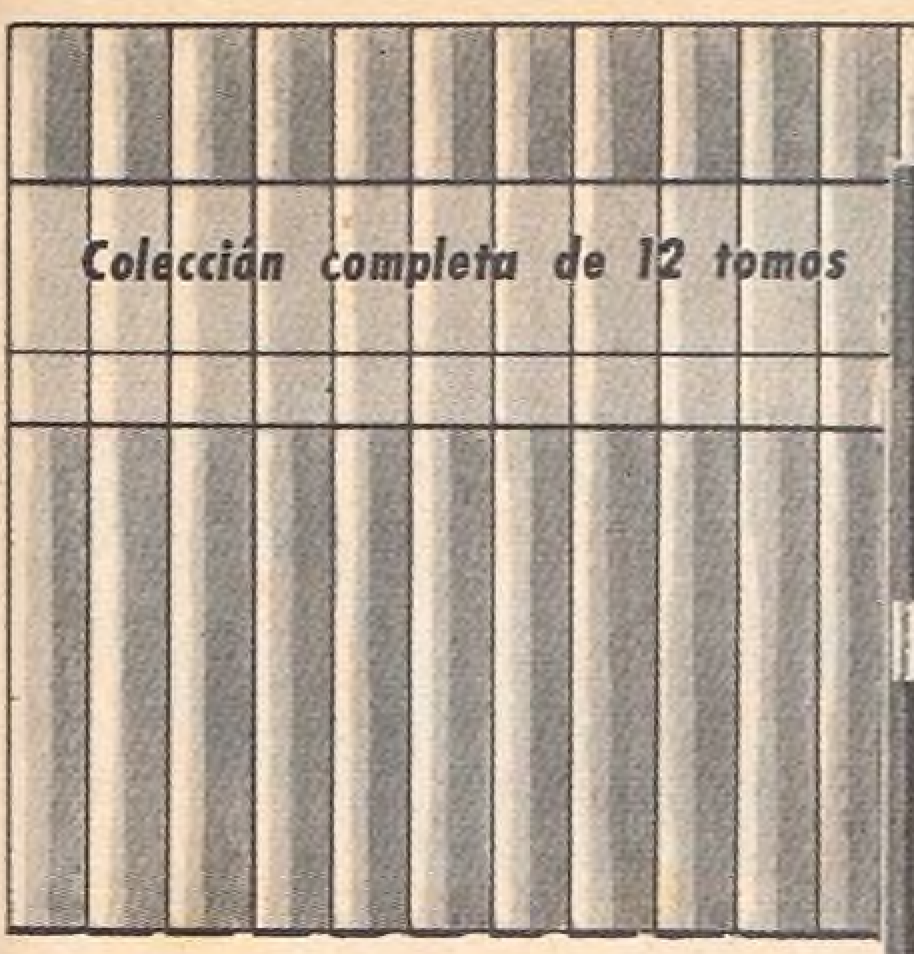
DE "YOU'RE ENTITLE"

Una lección acerca del ocio

El Ayuntamiento de Sacramento (California) tomó la decisión de que el centenario parque Plaza, situado en el centro de la ciudad, debía desaparecer para hacer sitio a un patio destinado al estacionamiento de vehículos. "El primer paso a dar", declaró uno de los concejales, "es echar de allí a los vagos". ¡Cómo! ¿Que se iban a retirar del lugar las mesas y los bancos que los ancianos ocupaban para jugar a los naipes y discutir con sus amigos? En breve plazo el Ayuntamiento se vio agobiado por las airadas protestas de los ciudadanos.

Según parece, los propios ciudadanos hallaban descanso y distracción al ajetreo de su cotidiana existencia en la contemplación de aquellos buenos ancianos, entregados a solazarse libres de la abrumadora tensión de la vida moderna. Mesas y bancos seguirán pues allí. ¡Bien por Sacramento!

— Harry Golden.





TODO
el saber humano a su alcance con
Lo sé todo

Enciclopedia documental ilustrada totalmente en colores.

HISTORIA - ARTE - GEOGRAFÍA - CIENCIAS - VIAJES
DESCUBRIMIENTOS - INVENTOS - BIOGRAFÍA - HISTORIA
DE LAS RELIGIONES - INDUSTRIAS

Diccionario Enciclopédico
LAROUSSE UNIVERSAL ILUSTRADO
3 grandes volúmenes

Responden ampliamente a las necesidades de toda la familia. Lujosa presentación que merece un lugar de preferencia en cualquier biblioteca.

CÓMODOS PLANES de FINANCIACIÓN a SOLA FIRMA

Solicite folletos ilustrativos e informes; envíe hoy mismo este cupón:

NOMBRE Y APELLIDO ....
DOMICILIO PARTICULAR ....
DOMICILIO COMERC. ....
CIUDAD .... PROFESIÓN 3

EDITORIAL
LAROUSSE

EXPOS. Y SALÓN DE VENTAS: Av. Córdoba 400 Cap. - T. E. 31-6430/6437/4463
ADM. Y VENTAS MAYOR: V. Gómez 3530 - Cap. T. E. 86-5122/9009 y 88-2395


VISTEN BIEN EN TODAS PARTES...
PANTALON
Y CAMISA
OMBU
Desde el dibujante industrial hasta el trabajador de taller o usina, encuentran en el pantalón y la camisa Ombú de Grafa, comodidad, elegancia, resistencia y duración. Estas dos prendas forman el mejor equipo de trabajo o deporte que existe en el país.
LOS DOS DE Grafa Y FORMAN UN PAR SIN PAR EN PERFECCION
Confeccionados con telas Pre-Encogidas GRAFA no encogen, no destiñen.
YUSTE - 14 c

TOMO XLV
No. 270

Selecciones
del Reader's Digest

MAYO
de 1963

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Nuestra imperiosa necesidad de cariño

Es la fuerza más importante en la formación de nuestra vida física, emotiva y espiritual. Un hombre de ciencia aduce pruebas.

POR ASHLEY MONTAGU

Condensado de "The Humanization of Man"*

HACE UNOS 50 años, cierto médico visitaba la Clínica Infantil de Düsseldorf, en Alemania, cuando observó a una gruesa anciana que se paseaba por la sala, sosteniendo un bebé sobre su cadera. Al interrogar al respecto al jefe de la clínica, éste le explicó: "¡Ah! Es la vieja Ana. Siempre que tropezamos con una criatura con la cual de nada han servido todos nuestros esfuerzos, se la entregamos a la vieja Ana. Ella siempre logra buenos resultados".

Esto ocurría en una época en que la mayoría de las criaturas de menos de un año que ingresaban en los hospitales e instituciones destinadas al cuidado de la infancia, jamás salían de esos establecimientos con vida. Gradualmente, empezó a comprenderse que era la ausencia de amor, la privación emocional, la

carencia de atención materna, lo que causaba tan trágicas consecuencias en los orfanatos. A fines de la década 1920 a 1930, el Dr. J. Brennemann, de Chicago, estableció en su hospital la norma de tomar en brazos, entretener y mimar a cada criatura varias veces al día.

El estudio del amor es algo que los hombres de ciencia han eludido hasta hace muy poco tiempo. Pero al aumentar el interés por los orígenes de las enfermedades mentales se ha comenzado a prestar cada vez mayor atención a la infancia y la niñez del ser humano. Lo que estas investigaciones han revelado es que el amor es, por encima de toda duda o sutileza, la experiencia más importante en la vida del hombre o la mujer.

Para el bebé recién nacido, la supervivencia es, naturalmente, de importancia primordial. Pero la supervivencia no basta por sí sola, y en la mayoría de los casos es problemático que la mera satisfacción de sus necesidades físicas le proporcionen eso siquiera. Por observaciones independientes de médicos e investigadores sabemos ya que el amor es parte esencial de la nutrición misma de toda criatura y que ésta, si se ve privada de amor, no podrá crecer y desarrollarse como organismo sano... sicológica, espiritual o físicamente. Aun cuando el niño esté bien criado físicamente, puede, no obstante, consumirse hasta morir.

Un viejo proverbio talmúdico dice que Dios, no pudiendo estar en todas partes, creó a la madre. (Y también a sus equivalentes; pues todo ser humano capaz de prodigar amor a la criatura puede ser el equivalente de la madre biológica.) Ciertamente, el niño no puede sufrir pérdida mayor que la privación del amor materno.

Varios estudios llevados a cabo en el pasado decenio han demostrado los perniciosos efectos de la falta del amor de la madre. El Dr. René Spitz, de Nueva York, estudió simultáneamente a las criaturas asiladas en dos establecimientos comparables que sólo diferían en un factor: el cariño prodigado a las criaturas. En la primera institución, llamada "Hogar Infantil", los niños estaban al cuidado de sus propias madres. En la segunda, llamada "Orfanato", criaba a los bebés, desde que éstos cumplían tres meses de edad, un personal agobiado de trabajo y cada una de las niñeras estaba encargada de cuidar de ocho a doce niños.

Los resultados de las diferentes condiciones existentes en estos dos establecimientos manifestábanse en muchas formas, acaso más cabalmente en lo que se llama "cociente de desarrollo", que corresponde al desarrollo de las capacidades de percepción, de las funciones del organismo, las relaciones sociales, memoria e imitación, habilidad manual e inteligencia. Los niños del Hogar Infantil habían empezado con un cociente de 101,5 que, al final del primer año, se había elevado a 105. Al mismo tiempo, el co-

ciente medio del Orfanato, que era de 124 al principio, se había reducido a 72, ¡y al final del segundo año a un pasmoso mínimo de 45! De hecho, en los dos años en que el Orfanato estuvo en observación, según hizo notar el Dr. Spitz, aquellas criaturas emocionalmente desnutridas jamás aprendieron a hablar, andar ni alimentarse por sí mismas. Durante los cinco años en que se estudió un total de 239 niños que llevaban asilados un año o más, el Hogar no perdió a una sola criatura por defunción, en tanto que en el Orfanato 37 por ciento de los chiquitines murieron en un período de observación de dos años.

La carencia de amor y cariño normales puede causar incluso anquilosamiento físico y enanismo. Los doctores Ralph Fried y M. F. Mayer, en un estudio efectuado en el Asilo de Niños Judíos, de Cleveland, comprobaron que los más graves trastornos del crecimiento y el desarrollo ocurrían en niños empobrecidos o desamparados emocionalmente, es decir, en aquellos que habían sido atendidos inadecuadamente, descuidados o abandonados por sus padres.

Si la privación emocional puede dar por resultado severos retrasos en el crecimiento y el desarrollo, sus efectos en la formación de la personalidad y la conducta parecen ser más graves aún. Ciertas formas anormales de proceder, como las criminales, delincuentes, neuróticas, sicopáticas, antisociales y otras, pueden atribuirse en la mayoría de los casos a una infancia rodeada de amor insuficiente e inestabilidad emocional.

El Dr. Adrian Vander Veer, en *The Unwanted Child* (El niño indeseado), dice que el rechazo materno puede considerarse como el "factor causante de casi todos los tipos y casos individuales de neurosis o de problemas de conducta observados en los niños".

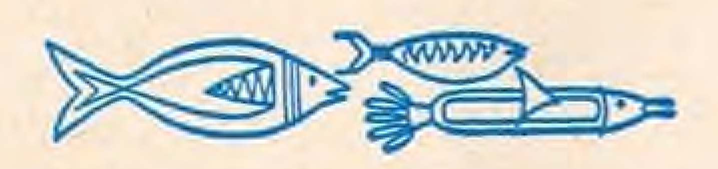
La criatura construye su imagen del mundo basándola mayormente en la experiencia que tiene con su madre. Según sea la madre cariñosa o indiferente, el niño sentirá que el mundo es cariñoso o indiferente. El niño, dotado al nacer de todos los impulsos necesarios para desarrollarse como amoroso y armónico ser humano, aprende a querer al sentirse querido. Cuando no es amado no aprende a amar. Tales criaturas se convierten al crecer en personas para quienes el comprender el significado del amor resulta extremadamente difícil; de ahí que establezcan toda clase de relaciones humanas de manera superficial.

Tratándose de un criminal empedernido, un delincuente juvenil, un sicópata o de algún individuo que a nadie tiene apego, en casi todos los casos se verá que se trata de una persona que recurre a medios desesperados para atraerse el calor y la atención emocionales de que careció, pero que tanto anhela y necesita. La conducta "hostil", cuando se comprende plenamente, no es en realidad sino amor frustrado: una técnica para provocar amor... al

mismo tiempo que un medio de venganza contra la sociedad que ha abandonado y desilusionado a esa persona, que se ha desentendido de ella y la ha deshumanizado. Así pues, el mejor medio de tratar la conducta hostil en los niños no es el observar para con ellos una conducta más hostil aún, sino prodigarles amor. Y esto ha de aplicarse no sólo a los niños, sino también a los seres humanos de todas las edades.

El amor es creador y enriquece grandemente la vida, tanto del que lo recibe como del que lo otorga. Es la única cosa en el mundo de la que nunca se dará demasiado a nadie. El verdadero amor posee firmeza y disciplina propias para las cuales no puede haber sustitutos; el amor nunca podrá perjudicar, inhibir ni corromper; sólo puede beneficiar.

Hoy los hombres de ciencia vienen descubriendo que vivir como si la *vida* y el *amor* fueran una sola y misma cosa es condición indispensable... porque tal es el sistema de vida que requiere la naturaleza humana. La idea no es nueva. Lo que hay en ella de nuevo es que los hombres contemporáneos están descubriendo otra vez, por medios científicos, las viejas verdades contenidas en el Sermón de la Montaña. Para el ser humano —y para la humanidad— nada puede ser más importante.



De color rojo

En Rusia cuentan de un señor que llega al infierno. El diablo le pregunta en qué sección prefiere estar: la comunista o la capitalista.

—La comunista, claro está —contesta el camarada—. Sé que allí la calefacción no funcionará.

— C. L. S.

Otro cuento de aquel lado de la Cortina de Hierro se refiere a dos húngaros que en Budapest discuten el nuevo Consejo de Ayuda Mutua Económica.

—¿Qué es esta *ayuda mutua* de que tanto hablan? —pregunta uno.

El otro responde:

—Ayudamos a los soviéticos embarcando nuestros productos en el ferrocarril aquí en Hungría. Y ellos nos ayudan desembarcándolos allá en Moscú.

— *Herald Tribune* de Nueva York

La revista humorística rusa *Krokodil* publica una caricatura que representa a Guillermo Tell a punto de disparar su flecha. El arco está templado. Pero en la cabeza del muchacho aparece un letrero, muy común hoy en Rusia: "No hay manzanas".

— *Newsweek*

¿Adónde se encamina Europa?

Al vetar la admisión de Inglaterra en el Mercado Común Europeo, Charles de Gaulle ha iniciado una lucha por la adhesión de la Europa occidental. ¿No amenazará su afán de caudillaje las bases mismas de una histórica alianza?

Condensado de "Time"

CUANDO Charles de Gaulle, echando mano del altivo desdén que solía enfurecer a Roosevelt, a Churchill y a Stalin, vetó la admisión de Inglaterra en el Mercado Común de Europa, en enero pasado, su propósito no era sólo excluir a la Gran Bretaña, o simplemente humillarla. También conmovió hasta sus raíces la Alianza del Atlántico, se lanzó a conquistar la dirección de sus destinos y puso en situación incierta el papel que en lo futuro representen en Europa los Estados Unidos. Para el Mundo Occidental, su acción constituyó un viraje tan espectacular como histórico.

La Europa Occidental recibió la nueva con una mezcla de enojo y consternación. Ludwig Erhard, ministro de Economía de Alemania Occidental, acusó a de Gaulle de haber dado a todos un "día aciago" y declaró que "el Mercado Común ha dejado ya de ser una fuerza viva para convertirse en un mero mecanismo". Jean Monnet, el dinámico y optimista promotor del Mercado Común, se lamentó de que "ahora se vislumbra la desunión con todos los peligros inherentes a ella". Hablando por la televisión, Harold Macmillan, primer ministro de Inglaterra, informó al pueblo británico: "Lo ocurrido en Bruselas fue lamentable. Lamentable para nosotros, para Europa, para el mundo entero".

Los estadistas norteamericanos, en su carácter de coautores de la Alianza del Atlántico, fueron presa de honda congoja. Renováronse en el

Congreso los comentarios sobre la ineficacia de la ayuda al extranjero y sobre la ingratitud de los aliados. Una nación que había abrigado la esperanza de sacar ventaja de las diferencias entre Rusia y la China comunista veía abrirse a sus pies un abismo sin fondo.

El ocaso de la Comunidad. Excepción hecha de un brote de orgullo (atemperado por cierta nerviosa inquietud) que el suceso provocó entre algunos franceses, las únicas voces jubilosas se alzaron en Moscú, donde los ideólogos soviéticos creyeron encontrar en ello repentina confirmación de la vieja tesis marxista-leninista según la cual los países capitalistas se verán inevitablemente destruidos por sus "propias e inherentes contradicciones". Exclamó un personaje ruso: "Estamos asistiendo al ocaso de la llamada Comunidad europea. Difícil travesía aguarda a la nave del Estado norteamericano".

No atormentaba a los aliados de Charles de Gaulle únicamente lo que éste había hecho ya, sino también lo que pudiera hacer aún. Lo que ahora veían equivalía a una propuesta de que Europa se congregase en torno de Francia para crear una tercera fuerza capaz de negociar independientemente tanto con los Estados Unidos como con Rusia. Esta era la meta que Charles de Gaulle venía proclamando desde años atrás, mas todo el mundo confiaba en que había comprendido bien los crecientes beneficios que reportaba a Francia y a Europa la asociación del Atlántico. Resulta irónico en extremo que el afán de de Gaulle por dar a Europa nueva voz, dirección y confianza, sea justamente el que ha movido a los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial. Esta nación, sin embargo, difícilmente podía esperar que las cosas salieran precisamente como han salido.

Que hayan resultado así debe atribuirse a un solo hombre: Charles André Marie Joseph de Gaulle, que en la actualidad cuenta 72 años de edad. Obstinado, arrogante, quisquilloso, insufriblemente orgulloso de su inteligencia y su agudeza, de Gaulle adolece de defectos de que pecan también otros muchos hombres. Sus virtudes, sin embargo, son raras en cualquier época y pueden resumirse en una sola palabra: carácter. Por añadidura, su habilidad para imponer su influencia en los acontecimientos debiera bastar para que cualquier convencido del determinismo histórico impersonal repase sus libros de historia.

Planes opuestos. Lo sucedido en Bruselas constituyó un choque de frente entre los planes que Charles de Gaulle tenía trazados para Europa, y la política atlántica, más amplia y de alcance mundial, propugnada por los tres últimos presidentes de los Estados Unidos y por la mayoría de los estadistas europeos. Los estadounidenses están por una Europa vigorosa y unida, ligada en sociedad a los Estados Unidos, sociedad en que ambos obrarían de común acuerdo a fin de mejorar el

nivel de vida y consolidar la independencia de las naciones de África, Asia e Iberoamérica. Por alcanzar tal fin, los Estados Unidos insistían en que Inglaterra fuese admitida en calidad de miembro del Mercado Común, como más tarde habrían de serlo los países escandinavos y otras de las naciones que integran la OTAN. La defensa de este "magno plan" sería doble: la que deparan las armas y ejércitos tradicionales (en su mayoría a cargo de Europa) y la protección nuclear que brindan los Estados Unidos.

El plan que de Gaulle se ha trazado para Europa es más estrecho y depende más de la audacia y la destreza que del poder. En realidad, representa otro de los intentos históricos de crear una Europa unida bajo la hegemonía de Francia: ambicioso proyecto que en el pasado persiguieron Carlomagno, Luis XIV, Napoleón Bonaparte y Napoleón III. Ya desde 1940, de Gaulle ha soñado con persuadir a "los Estados que se extienden a lo largo del Rin, los Alpes y los Pirineos para que formen un bloque político, económico y estratégico; para que ese bloque sea uno de los tres poderes del mundo y, si fuera necesario, para que medie entre los campos soviético y anglo-estadounidense".

Hubo un momento en que pudo haberse convencido a de Gaulle de que renunciara a su sueño. Cuando volvió a asumir el poder en 1958 para acaudillar una Francia desgarrada aún por la guerra en Argelia, exigió que se admitiera a su país como una de las tres potencias que formasen el directorio de la OTAN, pero Macmillan y Eisenhower votaron en contra de ello. Desde entonces, de Gaulle ha venido retirando poco a poco las fuerzas navales y terrestres francesas a las órdenes de la OTAN, ha proscrito del suelo galo las armas nucleares y ha derrochado miles de millones de francos en un programa de urgencia cuyo fin es la creación de su propio poderío nuclear. El mismo de Gaulle reconoce que sus armas nucleares jamás podrían igualar los gigantescos y mortíferos armamentos acumulados por Rusia y los Estados Unidos. Sin embargo, abriga la certeza de que los suyos serán lo bastante mortales para hacer reflexionar a cualquier posible agresor ..., además de ser propios suyos.

Isleños repudiados. Dentro de la Europa concebida por de Gaulle, Francia ocupa el primer lugar, Alemania el segundo, y a los demás países no les queda más que seguir a aquéllos respetuosamente en calidad de comparsas. Se rechaza a Inglaterra como económica o políticamente inadecuada para unirse a esta hermandad continental, por ser una isla situada a cierta distancia de la costa y a causa de sus "especiales lazos" con los Estados Unidos y la Mancomunidad británica.

De Gaulle ha visto siempre con desconfianza las estrechas relaciones que existen entre Inglaterra y los Estados Unidos. Sin embargo, parece ser que su decisión de vetar el ingreso de la primera en el Merca-

do Común la adoptó poco antes de la Navidad en que se anunció la próxima reunión de Kennedy y Macmillan en Nassau. Allí, los Estados Unidos comunicaron a Inglaterra, en forma definitiva, que no le proporcionarían el proyectil atómico teledirigido *Skybolt*, en cuyo poder de disuasión había puesto todas sus esperanzas la Gran Bretaña. La cuestión del Skybolt conmovió a los ingleses y alarmó también a los franceses, pues se vio en ello una prueba de que era peligroso depender de otra potencia en cuanto a armamento nuclear. Si los Estados Unidos eran capaces de tratar así a un aliado con quien le unen sangre, idioma y tradición, ¿qué podría esperar Francia? Que Macmillan accediera a compartir el proyectil Polaris con los Estados Unidos en vez de intercambiar secretos nucleares con Francia, enojó a de Gaulle todavía más.

¿Una Europa de de Gaulle? Como está ahora constituido, el Mercado Común brinda a de Gaulle un insuperable instrumento que blandir entre sus poderosas manos. Después de cinco años de existencia, el producto bruto del Mercado Común alcanza 218.000 millones de dólares y la producción industrial ha aumentado en un 40 por ciento. El Mercado Común fabricó cerca de 80 millones de toneladas de acero en 1962 (los Estados Unidos produjeron 98 millones de toneladas) y en volumen es el segundo fabricante de automóviles del mundo. Es el traficante más poderoso del globo, y como tal ocupa el primer lugar en importaciones, y en exportaciones sólo los Estados Unidos lo aventajan. Desde 1958, las importaciones que trajo del resto del mundo han aumentado un 39 por ciento y las procedentes de los Estados Unidos un gigantesco 59 por ciento, cosa que alivia los tremendos problemas que Washington afronta en su balanza de pagos.

La cuestión es: ¿permitirán las otras cinco naciones del Mercado Común (Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo) que *le grand Charles* se sirva de él para asir el poder? De Gaulle ha demostrado ya que bien puede excluir a cualquier nación que él se niegue a admitir en el Mercado Común, pero aún queda por verse si es capaz de reconstituir a Europa a imagen y semejanza de Francia. Inglaterra y los Estados Unidos están seguros de que jamás lo logrará.

No es el esfuerzo de de Gaulle por hacer sentir la fuerza de un continente en vías de recuperación, sino sus proyectos para el futuro de Europa lo que inquieta a muchos norteamericanos. Como también lo que alarma a muchos europeos es que de Gaulle revela mayor inclinación que los Estados Unidos a no tomar en cuenta sus sentimientos. El que de Gaulle acceda a consultar a los demás sólo significa, como ya lo han comprobado el canciller Konrad Adenauer y otros estadistas, que aquél consiente en oír a cualquiera de sus asociados únicamente para darle a conocer sus propias intencio-

nes. Después de haber rechazado a Inglaterra, de Gaulle invitó al primer ministro danés, Jens Otto Krag, a ingresar en el Mercado Común con el carácter de miembro o de asociado ... invitación que los otros cinco miembros, indignados, juzgaban que a los seis tocaba extender. Krag, por su parte, replicó que las esperanzas que Dinamarca abrigaba de entrar en el Mercado Común "se basaban en el supuesto de que Inglatera ingresaría en él".

Del mismo modo, los otros miembros de la asociación miraban con recelo la asiduidad con que de Gaulle venía cultivando a España, así como sus prolongadas conversaciones con el embajador soviético Sergei Vinogradov, quien mantuvo estrecho contacto con de Gaulle durante la época en que éste se hallaba ausente del poder.

Obras, no palabras. ¿Asumirá de Gaulle la responsabilidad de negociar por separado con la Unión Soviética? La buena fe de su actitud anticomunista ha quedado ampliamente demostrada por la posición que adoptó en lo referente a Berlín y a Cuba, cuestiones en que apoyó a Kennedy con toda firmeza.

Pero en sus conversaciones con amigos, de Gaulle manifiesta claramente que, en su opinión, la situación imperante detrás de la Cortina de Hierro ofrece al Occidente una provechosa oportunidad. Según él, la escisión entre Rusia y la China roja, el auge económico de la Europa Occidental, el gradual "aburgue samiento" de Rusia, todo contribuye a hacer que los comunistas, y en especial los países satélites de la Europa Oriental, vuelvan sus ojos hacia el Occidente. Y, en consecuencia, imagina una especie de orden europeo, nunca definido por entero, "que se extendería desde el Atlántico hasta los montes Urales". Como abriga tal sueño, de Gaulle jamás ha descartado la idea de negociar con Moscú: sólo pone por condición que los rusos demuestren primero su sinceridad con obras y no con palabras. Quienes recelan de las intenciones de de Gaulle se preguntan si acaso no querrá algún día que los 400.000 soldados de los Estados Unidos salgan de Europa a cambio de que Rusia se retire de la Europa Oriental. Ésta bien puede ser una de las razones de que de Gaulle aspire a tener su propia fuerza nuclear.

"Nadie en el mundo, y especialmente nadie en los Estados Unidos, se halla en condiciones de decir dónde, cuándo, cómo y hasta qué punto se emplearán las armas nucleares norteamericanas para defender a Europa, si es que llegan a emplearse", arguye de Gaulle. "Para una gran nación resulta intolerable que su suerte dependa de las resoluciones y la acción de cualquier otro Estado, por amigable que sea". Su razonamiento es muy válido y no se le da cabal respuesta con ofrecer armamentos nucleares norteamericanos a un grupo europeo de la OTAN, ya que es de presumirse que la decisión final de lanzar cualquier bomba quedaría aún al arbi-

trio de los Estados Unidos.

Inglaterra purificada. Hubo época en que eran los Estados Unidos quienes decidían tan críticas cuestiones. El paso dado por de Gaulle hace surgir el problema de si aquel país puede, o debe, continuar haciendo tal cosa indefinidamente.

Maurice Couve de Murville, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, en las últimas palabras que dirigió en Bruselas a sus colegas del Mercado Común, expresó sombríamente las ideas que abriga de Gaulle sobre aquel punto: "Debo decir una vez más que no pretendemos sostener una Europa grande ni pequeña, sino saber si la Europa que estamos creando es una Europa europea". En el fondo, parecía confesar: Si algún día Inglaterra pudiera librarse de los estrechos lazos que la atan a los Estados Unidos, quizá se hiciera al fin, ante los ojos de Charles de Gaulle, merecedora de entrar en el seno del Mercado Común.

Por irritante que resulte, esta idea no carece de fuerza. El vizconde Hailsham de Inglaterra, simpatizador de la alianza atlántica, hablando en Nueva York en enero pasado decía: "No creo que las naciones europeas hayan puesto jamás en duda la integridad, la generosidad o la superioridad numérica, de recursos y de poderío de los Estados Unidos, y tampoco, por consiguiente, su influencia o su iniciativa. Pero ¿se han detenido a pensar los norteamericanos que, a la larga, perdería la adhesión de los electores europeos una alianza en que las más complejas y avanzadas técnicas se dejaran en manos de uno de los socios y los demás se vieran reducidos a aportar un complemento de armamentos tradicionales?"

Evidentemente, los estadistas de Washington se enfrentan a una contradicción que tal vez ha perturbado la política norteamericana por más tiempo de la cuenta: la exigencia de que Europa participe más en su propia defensa, pero que, al mismo tiempo, consienta en dejar a los Estados Unidos la decisión final en cuanto a sus armamentos, su política e incluso su propia dirección. Mas, si fuese ya hora de introducir algún cambio, ¿es el camino indicado por Francia el más conveniente para Europa?

Cualesquiera que sean sus desencantos o sus aspiraciones, los gobiernos y los pueblos del resto del Continente europeo no parecen dispuestos a aceptar como plan para su futuro una Europa pequeña y limitada. Ya el molde para alcanzar algo más vasto se forjó en el Tratado de Roma de 1957, y no se puede romper a la ligera. La lucha por ganarse la buena voluntad de la Europa Occidental ha comenzado.

En prensa ya este artículo, se supo que el gobierno francés, vista la oposición de los demás países europeos, se retractó de la intransigente postura que había adoptado y que posiblemente se llegará a concertar una fórmula para que, de una u otra manera, la Gran Bretaña se asocie provisionalmente al Mercado Común.

Se puede guardar la línea, sin pasar hambre



Los nuevos alimentos pobres en calorías le permitirán adelgazar sin dejar de satisfacer su gusto por la comida abundante y sazonada.

POR JAMES WINCHESTER

Condensado de "Contemporary"

COMO ESCLAVO que soy del índice de calorías, a la vez que aficionado al buen comer y enemigo de cuanto huela a dieta, me jacto de haber bajado de peso últimamente a base de platos tales como pollo en salsa bechamela, atún a la Newburg, guisado, espaguetis con albóndigas, tostadas con queso derretido, chile con carne, "lasaña", y postre de chocolate. Todos estos platos, de ordinario rebosantes de calorías, hoy forman una muy varia lista de alimentos apetitosos, escasos de calorías, que se venden en los supermercados norteamericanos.

Con arreglo a mi nuevo programa, yo comía, por lo que toca a cantidad, lo mismo que solía comer antes; pero con un total de calorías más o menos equivalente a la mitad del que hubiera ingerido con los alimentos corrientes. Esas fórmulas con mínimo tenor de grasa satisfacían cumplidamente mi deseo de comer gran cantidad y mi apetito de especias y dulces, y me sostenían en el firme propósito de reducir mi ingestión de calorías. A la vez, recibía yo todos los elemen-

tos nutritivos (proteínas, minerales y vitaminas) necesarios para la salud.

Por haber venido a resolver el problema de esas dietas tan rígidas y monótonas, que se hace difícil observarlas, los productos pobres en calorías y en grasas constituyen el mercado más prometedor con que cuenta la industria de alimentos de los Estados Unidos. Se hacen ya refrescos escasos en calorías, pan y helados sin grasas; hasta una cerveza de pocas calorías. No falta una mantequilla de imitación con 60 por ciento menos calorías.

Para los que viven pendientes de la báscula, estos novísimos alimentos representan el fin de aquellas dietas radicales hoy ensayadas y olvidadas mañana, y el principio de un sistema de control de peso constituido por un régimen alimentario normal. A diferencia de la mayor parte de las dietas de efímera boga, la nueva teoría alimentaria tiene muy en cuenta las necesidades individuales de platos bien sazonados que brinden consistencia y volumen suficientes.

En el Hospital de San Juan, de Santa Mónica (California), a un grupo de experimentación compuesto de 50 personas de uno y otro sexo se le permitió comer, por espacio de 30 días, cuanto le viniese en gana, a elegir de un variado surtido de manjares especialmente elaborados y de bajo contenido en calorías. Estas personas perdieron, por término medio, 6,5 kilos. "Fue esa la primera vez", confiesa el Dr. Roberto Kositchek, "que clientes nuestros sometidos a una dieta continuaron guardándola voluntariamente. Muy pocos desistieron del experimento".

El contenido en calorías de los nuevos alimentos se reduce y controla por ciertos procedimientos técnicos mediante los cuales se extrae la grasa de las carnes; en las ensaladas, en lugar del aceite, se emplean coloides vegetales carentes de calorías; en las salsas, sólidos sin grasa y dilatadores de hortalizas, de escasas calorías también, y se remplaza el azúcar con edulcorantes faltos de éstas.

Para preparar albóndigas y guisados se utilizan carnes sumamente magras. Esas carnes, acondicionadas a mano y expuestas, sobre una correa sin fin de movimiento lento, a la acción de lámparas infrarrojas de 1093°C. llegan a perder entre 5,5 y 6,5 de los 10,5 kilos de grasa contenida, por término medio, en media res de 45 kilos. La grasa restante es indispensable. Sin ella, la carne quedaría seca, correosa y nada apetecible.

En platos tales como el pollo a la cazadora se emplean solamente carnes blancas que contienen un 20 por ciento menos de calorías que las carnes rojas. El pellejo, que es casi todo grasa, se elimina. Para hacer las sopas, que, en unión de las salsas para ensaladas y las frutas, son los alimentos de pocas calorías que más se venden, enormes centrífugas elevan la grasa a la superficie, donde se enfría y separa.

Estos procedimientos industriales privan al alimento de casi todo su sabor original, ya que la grasa es el principal conductor del sabor. Químicos especializados se encargan de restituirle artificialmente el primitivo gusto: esos químicos son personajes de primerísima fila en la industria de los alimentos de este tipo. Para recrear el perdido sabor se valen, en cuanto sea dable, de legumbres tales como pimientos rojos o verdes, pimentón, tomates, ajo y cebollas: todas de muy pocas calorías. Se usan en abundancia, entre otras muchas especias y hierbas aromáticas, el orégano y la nuez moscada. También se echa mano de los vinos. Esas especias y sabores no constituyen más que una milésima parte del total de las calorías que contiene una lata de albóndigas de carne desgrasada, pero son ellas las que aportan casi todo el gusto que tienen.

Las conservas pobres en calorías aunque ricas en sabor se preparan con un 80 por ciento de frutas frescas y con edulcorantes sin calorías, en tanto que las conservas corrientes de frutas se componen de un 45 por ciento de frutas y un 55 por ciento de azúcar, que contiene muchas calorías. En las salsas, compensadores vegetales, escasos en calorías y sin valor nutritivo, remplazan los aceites de alto tenor de grasa. Por donde resulta que un aderezo de pocas calorías sólo tiene 50 por cada 100 gramos, al paso que uno de los normales tiene 450. Los sólidos de leche desgrasada desempeñan importante papel en no pocas recetas culinarias de esa índole.

La celulosa microcristalina es otro ingrediente en la preparación de comestibles de pocas calorías. Insípida, no nutritiva, carente en absoluto de calorías y vitaminas, esta sustancia química da volumen y consistencia a los nuevos alimentos. La materia capital de esta sustancia es la celulosa, núcleo estructural de árboles y hierbas. En los alimentos al natural es lo que uno come cuando mastica un tallo de apio. Sus ventajas como sustancia reductora de peso son obvias: una vez en el interior del cuerpo ocupa el mismo espacio que el alimento, con lo cual acalla el hambre sin agregar un adarme de peso.

Aunque pobres en grasas y calorías, estos nuevos alimentos resultan ricos de precio. Por lo general cuestan de 25 a 35 por ciento más que la mayoría de sus equivalentes ordinarios. Algunas carnes de pocas calorías, entre las enlatadas, tales como el estofado de ternera con verduras, cuesta hasta 40 por ciento más. Cierto fabricante calcula que los nuevos productos cuestan 50 por ciento más en ingredientes y 25 más por concepto de preparación que los alimentos corrientes.

Puede decirse que no hay alimento imaginable que no se produzca hoy en esa forma escasa en calorías y grasa. Ya en diversos países son muchas las tiendas que venden uno o más de esos productos. Las golosinas de repostería se han incorpo-

rado también a la lista de ellos... incluso el humilde cacahuete. Tratadas las semillas por cierto procedimiento, ideado por la Secretaría de Agricultura de los Estados Unidos, se elimina de ellas el aceite sin alterar su aspecto y sin reducir su contenido de proteínas. Un puñado de estos cacahuetes (15 a 17) contiene sólo 17 calorías, en comparación con 84 calorías que contienen los ordinarios.

"Los nuevos alimentos escasos en calorías", dice el Dr. Frederick Stare, director de la sección de nutrición de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Harvard, "tienen excelente sabor y aspecto apetitoso y hacen agradable el seguir una dieta, aun por la consistencia del alimento al masticarlo. Asimismo, pueden ser tan nutritivos como los comestibles ordinarios. Quien lo desee, puede disminuir de peso gracias a ellos si tiene presente, tratándose de adelgazar, que *el número de calorías que se ingieren es, a la larga, lo único que importa*".



Día del juicio. La señora Mildred McAfee Horton, ex-rectora del colegio universitario de Wellesley, contaba la siguiente anécdota de su abuelo, primer rector del colegio Park, en Parksville (Misurí):

En aquel tiempo los estudiantes eran todos internos. Una mañana no había para el desayuno más que pan y café solo. El Dr. McAfee dirigió la palabra a los alumnos: "Bien sabéis que soy hombre de gran fe en Dios. Siempre he creído que el Señor no desampara a los justos. Así lo creo aún, pero hoy no tenemos alimentos en la despensa, ni dinero en el banco ni comerciantes que nos fíen. ¿Quién de vosotros ha pecado?"

— O. A.

Tiros al blanco

Cuando el contralmirante norteamericano Hyman Rickover inspeccionaba la máquina nuclear del rompehielos soviético *Lenin*, exclamó al ser presentado a un corpulento funcionario soviético: "¡Caramba! Es usted tan gordo como un capitalista, y yo, tan flaco como un comunista".

— *Quote*

Los escritores ingleses G. K. Chesterton y George Bernard Shaw estuvieron muchas veces en pugna, aun en cuestión de apariencia física: aquél era bajo y obeso y éste alto y delgado. Cierta vez Chesterton le dijo a Shaw maliciosamente: "De verlo a usted pensará la gente que hay hambre en Inglaterra".

"Y al verlo a usted", repuso Shaw, "sabrán a quién culpar".

— *El mundo en anécdotas* (Paul Neff, Viena)

¿Rayo de esperanza . . . o de terror?

Las aplicaciones actuales y potenciales del "laser" (nuevo tipo de rayo luminoso) parecen pertenecer al reino de la fantasía científica. Sin embargo, estamos en realidad ante uno de los inventos más sensacionales de nuestra era.

POR HARLAND MANCHESTER

UNA NOCHE de mayo del año pasado, un delgado haz de luz roja partió del tejado del Laboratorio Lincoln del Instituto Técnico de Massachusetts, situado en Lexington; se reflejó en la superficie de la Luna (que en ese momento distaba unos 400.000 kilómetros de la Tierra) y vino a parar a un instrumento que registró tan extraordinario viaje de ida y vuelta. La luz salía de una nueva clase de lámpara eléctrica, llamada *laser*, que emite un delgado haz de rayos dispuestos en forma totalmente inusitada. La luz producida por un reflector común y corriente apuntado a la Luna abarcaría en ella un círculo de 40.000 kilómetros de diámetro y su reflejo sería demasiado débil para poder registrarlo. El haz del *laser* cubrió en la superficie lunar una extensión de poco más de tres kilómetros de diámetro.

El nombre laser se ha formado con las iniciales de las palabras *light amplification by stimulated emission of radiation* (amplificación de la luz por emisión estimulada de radiaciones) y el invento en sí es uno

HARLAND MANCHESTER, redactor viajero del READER'S DIGEST, se ha venido especializando hace años en la información periodística de los últimos acontecimientos del mundo de la ciencia.

de los más notables de nuestros tiempos. Desde que apareció la nueva luz, hace tres años, unas 400 compañías y universidades empezaron a estudiarla y tan solo el año pasado se gastaron aproximadamente 30 millones de dólares en experimentos. Aunque aún se halla en sus primeras fases, el laser producirá probablemente una revolución en muchos campos de la actividad humana.

Dondequiera que hoy se reúnen los ingenieros, se discuten nuevas posibilidades de aplicación del laser. En una memoria de investigaciones de la sociedad Technology Markets, Inc., se predicen 31 usos diversos del invento en los próximos diez años. Ya se usó un "bisturí" de laser para destruir un tumorcillo en la retina del ojo de un paciente, y se habló de cuchillos aún más tenues que permitirán a los biólogos cambiar la estructura de las moléculas de proteína, y hasta hacerle una operación quirúrgica a una célula.

Balas de luz. En muchos laboratorios se probó la capacidad destructiva de la nueva luz. El rayo luminoso producido por un laser puede alcanzar una temperatura miles de millones de veces más elevada que la del Sol en su superficie; apuntando la "bala de luz" a una hoja de afeitar situada a 30 centímetros de distancia, se produce un ruido seco y un diminuto orificio donde choca el "proyectil", tan enormemente caliente que convierte el acero en vapor. Hasta se ha hecho un laser que horada diamantes. Todo esto llevó a pensar que se construirán terribles máquinas para emitir rayos de energía capaces de evaporar metales a miles de kilómetros de distancia.

Actualmente se hacen investigaciones militares secretas y, según muchos expertos, llegará el día en que las "balas de luz" de un dispositivo laser inicien una nueva clase de guerra que hasta ahora sólo se menciona en los relatos novelescos. En marzo de 1962, el general Curtis LeMay, jefe de estado mayor de la fuerza aérea norteamericana, levantó parcialmente el velo de los secretos militares relacionados con el laser. "Es posible que se empleen en el espacio armas con energía de rayos dirigidos", declaró. "Y la energía dirigida por tales armas podría viajar por el espacio casi a la velocidad de la luz. Esta característica sería valiosísima para interceptar proyectiles balísticos intercontinentales, reales y simulados. Tal velocidad (300.000 kilómetros por segundo) los convertiría en blancos que se mueven con lentitud relativa (24.000 k.p.h.)".

Para crear el laser se necesitaron varios años de profundas investigaciones basadas en los primeros cálculos efectuados por Einstein. El secreto está en la producción de luz "coherente", es decir, de luz sintonizada con precisión a una banda espectral de frecuencia angosta, que se propaga "ordenadamente", como una señal de radio, en vez de hacerlo sin orden, como las vibraciones mixtas de la luz común y corriente.

Para entender el funcionamiento

del laser, es necesario tener en cuenta que la luz es sólo una angosta banda visible del gran espectro electromagnético, que abarca, además, las ondas hertzianas de 800 metros de longitud, las ondas cortas empleadas para la telegrafía sin hilos a gran distancia, las aún más cortas de la radio de frecuencia modulada y televisión, ciertas microondas de unos cuantos centímetros, las ondas ultracortas infrarrojas o rayos caloricos, y muchas más.

La comunicación por radio, teléfono y televisión puede ser una de las aplicaciones pacíficas más importantes de la nueva lámpara, y precisamente la creciente demanda de medios para comunicarse fue lo que indujo a los ingenieros de telecomunicación a explorar otras bandas del espectro en las proximidades de la luz visible. En 1951, el Dr. Charles Townes, entonces profesor de la Universidad de Columbia, propuso un dispositivo llamado *maser* para trasmitir diminutas microondas y recibirlas enormemente amplificadas. El núcleo del maser era una varilla de rubí sintético del grueso y el largo de un lápiz, y el Dr. Townes sugirió que podría emplearse una varilla semejante para amplificar ondas luminosas. Hace tres años, el Dr. Theodore Maiman, técnico por aquella época de la Hughes Aircraft Co., anunció que había logrado el primer laser. A partir de él se han construido muchos tipos diversos.

Uno de los más comunes consiste en una varilla de rubí plateada en ambos extremos y rodeada de una lámpara helicoidal de xenón para luz de relámpago, como las que se usan en fotografía. Cuando el destello de la lámpara da en la varilla, excita momentánea y fuertemente los átomos de cromo que hay en ella y que despiden entonces fotones (partículas de luz); estos fotones, a su vez, chocan con otros átomos que emiten más fotones en una reacción en cadena. Los fotones, reflejados por los "espejos" plateados de los extremos de la varilla, se desplazan con gran rapidez hacia uno y otro lado sucesivamente, y al hacerlo agitan a otros miles de millones de fotones. El potente rayo luminoso así obtenido se proyecta hacia fuera del dispositivo y puede dirigirse a través de una lente de telescopio para formar un delgado haz que penetra en el espacio.

Un millón de llamadas telefónicas. Esta nueva luz abre amplias vías para trasmitir a gran distancia toda clase de sonidos, imágenes y símbolos. El Dr. Arthur Schawlow, de la Universidad de Stanford, excolega del Dr. Townes, declara que bastaría una estrecha banda de luz coherente (gracias al enorme número de sus ciclos por segundo) para conducir tantas comunicaciones como todos los canales de radiocomunicación que funcionan hoy. Un solo haz podría llevar mil o más programas de televisión o un millón de llamadas telefónicas simultáneamente.

Como la luz de un laser, lo mismo que la luz común y corriente,

puede quedar detenida o perder intensidad a causa de la niebla, la lluvia o la nieve, habría que llevarla a través de tubos. Sin embargo, los haces pueden cambiar de dirección mediante lentes ópticos y espejos, y es muy posible que las futuras "cañerías de luz" no presenten mayores complicaciones que los cables coaxiales subterráneos (de un solo eje) empleados hoy para la trasmisión telefónica y de televisión. En vista del volumen de tráfico que podrían llevar, las cañerías de luz resultarían mucho más económicas.

En la actualidad hay por lo menos 1500 ingenieros dedicados al estudio del laser. En el techo de la fábrica de la Sperry Gyroscope Company, en Great Neck, estado de Nueva York, hay un laser que los técnicos enfocan hacia los depósitos de agua situados en torres y azoteas distantes, y que, al reflejarse el rayo, registra los movimientos del líquido. Esto puede ser el principio del perfeccionamiento de un dispositivo que empleará luz coherente, en vez de los haces de microondas del radar, para medir la velocidad y dirección de objetos que crucen por los aires, y que lo hará con muchísima más exactitud. El haz de un laser puede tomar hasta 10.000 veces más medidas por segundo que el del radar, y es de tal precisión que determinaría la velocidad de un caracol.

Uno de los aparatos más recientes de la lista larga y creciente de laseres es un diminuto pedazo de metal —pariente del transistor— que en muchos casos puede desempeñar las mismas tareas que sus frágiles y más voluminosos antecesores. Su progenitor fue un pequeño dispositivo que en junio del año pasado armaron dos científicos en el tejado del Laboratorio Lincoln, del Instituto Técnico de Massachusetts. Con él lograron captar del aire una trasmisión de televisión y enfocarla mediante luz infrarroja invisible, con buenos resultados, a un receptor situado a casi 85 metros de distancia. El pedacito de aleación metálica de que se sirvieron no era un laser, porque no deshizo los enredos del haz luminoso, pero el experimento dio lugar a una enorme serie de investigaciones. A fines del año pasado, varias compañías, entre ellas la General Electric, IBM, RCA y Lincoln, produjeron dispositivos metálicos de laser que emiten luz coherente o sintonizada. Parece que tienen grandes perspectivas en el ramo de las comunicaciones.

El último y más sensacional laser producido por la General Electric, puede algún día dejar anticuadas las actuales lámparas eléctricas. Aunque la radiación de los anteriores dispositivos laser era invisible, el de la General Electric emite luz *visible* en la región roja del espectro. Continúan en estos momentos las investigaciones, y los ingenieros de la GE esperan producir aparatos que convertirán la corriente eléctrica común en luz blanca con gran eficacia luminosa.

"Creemos que hay muchas posibilidades de perfeccionar un laser que

resulte práctico como fuente de luz", dice el Dr. Nick Holonyak, jefe del Laboratorio Superior de Semiconductores de la General Electric. "Es mucha la labor de experimentación que queda aún por hacer, y acaso pasen 10 años o más antes de que pueda propagarse el uso de una lámpara así. No obstante, dentro de un año deberíamos tenerlas listas para usarlas como luces indicadoras en las calculadoras y en otros muchos aparatos electrónicos, en los que serían muy útiles dado su pequeño tamaño y la rapidez de su funcionamiento".

Si resultan estos planes, la lámpara del mañana podría ser una partícula metálica, casi indestructible, del tamaño de la punta de un lápiz; nunca se quemaría y convertiría en luz por lo menos 10 veces más corriente que la actual lámpara de incandescencia.



Imagen borrosa. Una pareja estaba viendo el programa en que por primera vez se retrasmitió por televisión una imagen perfecta a la Tierra desde el satélite Telestrella, a unos 5000 kilómetros de distancia en el espacio sideral.

—¿Estarán seguros que funciona? —preguntó la esposa—. Se ve lo mismo que siempre.

— *Television Age*

¿Cómo dice?

Despacho de la UPI, de Delray (Florida): "El campamento nudista de Floritans celebrará esta semana su baile de carnaval, con la asistencia de 500 personas que han llegado al lugar para tomar parte en una convención. No se permitirán disfraces".

Anuncio en la *Gazette*, de Middleboro (Massachusetts): "Si desea algo más que una simple niñera, se ofrece señorita capaz y de confianza, disponible por las noches".

De los programas de televisión del *Post-Crescent*, de Appleton (Wisconsin): "Canal 2: *El gran soborno*, con Errol Flynn y Pedro Armendáriz. Drama de tahúres, falsificadores y asesinos. Se desarrolla en la Cuba pacífica de antes de Castro".

De un despacho de la UPI: "El intrépido Sammy Weiss, de Sacramento, ganó hoy el campeonato del Sport Car Club of America en el autódromo de Riverside; llegó a la meta muy por delante de su Porsche".



Una historia de amor

PRIMAVERA Y OTOÑO



POR O. HENRY

Condensado de "The Complete Works of O. Henry"

EL CAPITÁN volvió hacia su espada, pendiente de la pared, unos ojos sombríos. En el ropero guardaba el desteñido uniforme, manchado y raído por la intemperie y el uso. ¡Cuán, cuán lejanos estaban aquellos días de marciales alarmas!

Y él, guerrero ayer en las horas difíciles de la patria, veíase hoy humillado, rendido a discreción ante los dulces ojos y los sonrientes labios de una mujer. Sentado en la silenciosa habitación, estrujaba en la mano la carta que acababa de recibir; esa carta de ella que tan triste lo había puesto. Releyó el párrafo fatal, el que le arrebataba toda esperanza.

"Al declinar el honor que me ha hecho usted al pedirme que sea su esposa, me siento obligada a hablar con franqueza. La razón de mi negativa es la gran diferencia de edades que hay entre nosotros. Me agrada usted mucho, muchísimo; sin embargo, estoy segura que nuestro matrimonio no sería feliz. Deploro tener que referirme a esto, pero creo que sabrá usted estimar la sinceridad con que le manifiesto la verdadera razón de mi negativa".

Dejando escapar un suspiro, el capitán hundió la frente en las manos. Sí, mediaban algunos años entre los dos. Pero él era hombre robusto y lleno de vitalidad; tenía fortuna y posición social. Su amor por ella, la tierna solicitud de que la rodearía, las comodidades y halagos que podía proporcionarle: ¿no borrarían la diferencia de edades? Además, estaba casi seguro de

que ella lo miraba con buenos ojos.

El capitán era hombre de acción. En el terreno se había distinguido por su iniciativa y decisión. Iría a hablar con la amada; de nuevo abogaría personalmente por su causa. ¿La edad? ¡Bah! ¿Qué era la edad para interponerse entre él y el objeto de su amor?

En un par de horas estuvo pertrechado y listo a empeñar la más decisiva de sus batallas. Tomó el tren para la población en que ella residía.

Leonora Deming estaba en la escalinata del pórtico de su antigua mansión, gozando del atardecer estival en el momento en que apareció el capitán y avanzó por el sendero de grava. Recibió al visitante con una sonrisa, sin la menor muestra de turbación. Al detenerse el capitán en el peldaño inmediato al de Leonora, la diferencia de edades entre ambos resultaba poco notable. El galán aparecía alto, erguido, de mirada penetrante y atezado rostro; la amada en la plenitud de su femenina hermosura.

—No lo esperaba a usted —dijo ella—. ¿Recibió mi carta?

—La recibí, Leonora, y por eso precisamente he venido. ¿No habrá nada que la haga cambiar de parecer?

Leonora le sonrió dulcemente. Llevaba él sus años con gallardía. Su vigor, su apostura, su varonil carácter, ella los encontraba en verdad cautivadores. Tal vez si...

—No, no —repuso, con un firme movimiento de cabeza—. Es absolutamente imposible. Mi edad y la suya son... En fin, ¿a qué insistir en eso? Ya se lo he explicado en mi carta.

Al capitán se le encendió el atezado rostro. Sin decir palabra, quedose contemplando melancólicamente el atardecer. Más allá del bosque alcanzaba a distinguir el campo en que otrora vivaquearon las tropas en su marcha hacia la costa. ¡Cuánto tiempo parecíale que había trascurrido! En verdad que el Destino y el Tiempo se habían conjurado cruelmente para hacerle una mala pasada. ¡Unos años, sólo unos años se interponían entre él y la felicidad!

Leonora deslizó la mano entre los recios y bronceados dedos del capitán. Sentía al menos esa ternura que se asemeja al amor.

—Ea, no lo tome tan a pechos —murmuró cariñosamente—. Día llegará en que usted se alegre de que yo no lo haya aceptado por esposo. Al principio todo sería bellísimo, encantador, pero... ¡Imagínese usted! Al cabo de pocos años diferirían mucho nuestros gustos. A uno de nosotros le agradaría quedarse leyendo al amor de la lumbre; acaso emplear la velada en cuidar su reumatismo o su neuralgia; en tanto el otro no querría privarse de un banquete o de algún baile ni dejar de ir al teatro. Sí, amigo mío, aunque nuestra unión no fuese exactamente la de enero con mayo, es indudable que equivaldría a la de octubre con los primeros días de junio.

—Yo me desviviría siempre por complacerla, Leonora, y si usted quisiera...

—No, no siempre, por más que así lo crea usted ahora. Por favor, no insista.

El capitán había perdido la batalla. Sin embargo, como buen guerrero, al levantarse para despedirse por última vez, mostraba una expresión tranquila y erguidos los hombros.

Esa misma tarde tomó el tren. A la noche siguiente, el capitán se hallaba de vuelta en su habitación, en una de cuyas paredes pendía su espada. Debía asistir a un banquete, y estaba anudándose cuidadosamente la corbata a tiempo que pensaba en voz alta:

"A fe mía que, bien mirado, Leonora estaba en lo cierto. No ha de negarse que es una preciosidad, pero, al fin y al cabo, no tendrá menos de 28 años".

Porque era el caso que el capitán tenía apenas 19 años, y jamás había desenvainado la espada, salvo al pasar revista en la plaza de armas de su pueblo, que fue lo más cerca que llegó a estar nunca de la guerra.

Manera de formar un delincuente: diez reglas fáciles

Preparado por la policía de Houston (Tejas)

1. Comience desde la infancia a darle al niño todo lo que pide. Así se criará con el convencimiento de que el mundo se lo debe todo.

2. Cuando aprenda malas palabras, celébreselo. Eso le hará pensar que es muy gracioso.

3. Nunca le dé enseñanzas espirituales. Espere que cumpla los 21 años y que decida entonces a su albedrío.

4. Recoja todo lo que él deje tirado: libros, zapatos, ropa. No le permita valerse por sí mismo, para que se acostumbre a echar todas las culpas a los demás.

5. Riña a menudo con su cónyuge en presencia suya. Así no se impresionará demasiado el día en que se deshaga el hogar.

6. Dele al niño todo el dinero que exija para sus gastos. Nunca permita que se lo gane él mismo. ¿Por qué dejar que el pobrecito pase los mismos trabajos que usted?

7. Satisfaga todos sus caprichos en lo relativo a comidas, bebidas y comodidades. La privación puede causar frustraciones nocivas.

8. Apóyelo en cualquier discusión que entable con los vecinos, con sus maestros o con la policía. Todos le tienen tirria a su hijo.

9. Cuando esté en enredos serios, discúlpese diciendo: "Nunca pude con este muchacho".

10. Prepárese a llevar una vida llena de pesares, pues lo más probable es que se la haya labrado usted mismo.

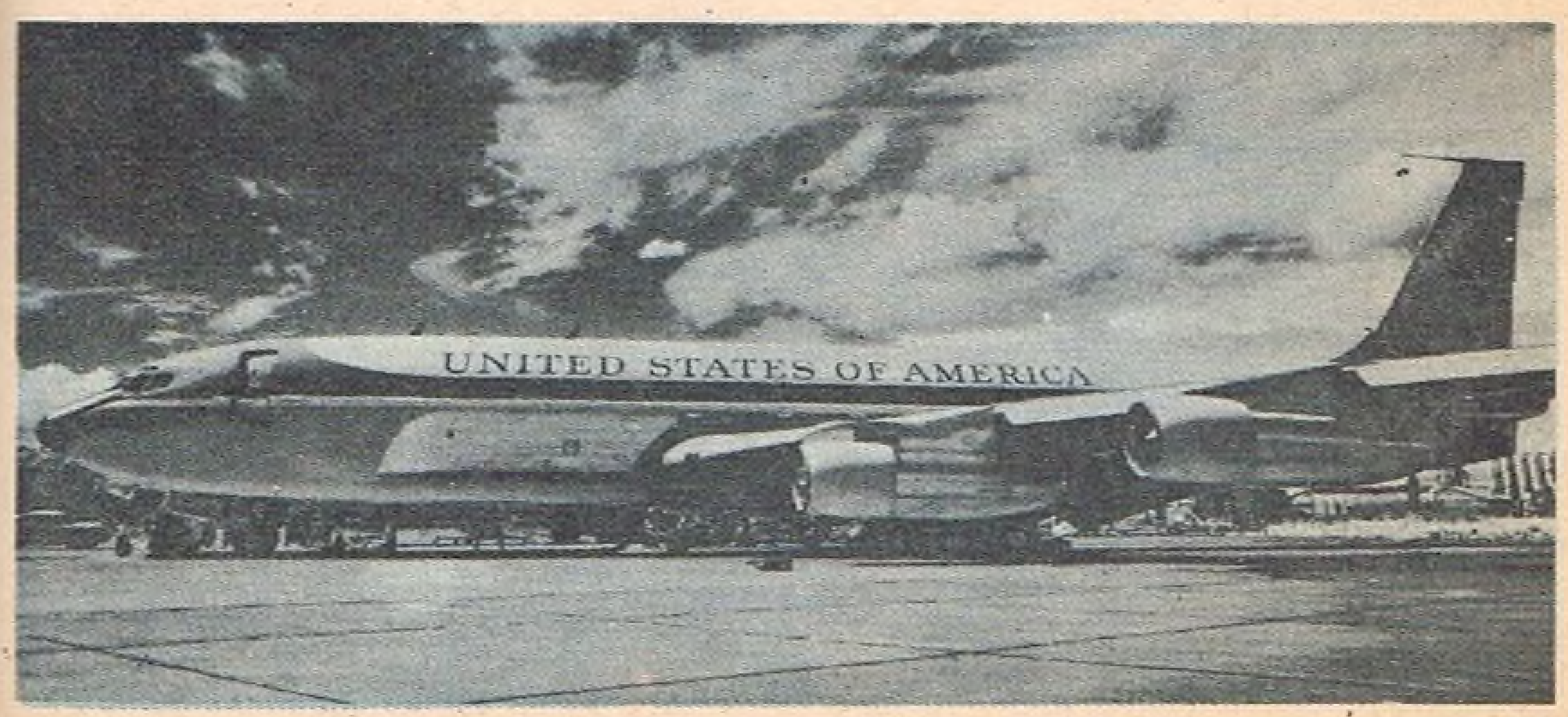
Volando con el presidente KENNEDY

POR JAMES WINCHESTER

Condensado de "Air Facts"

Para el presidente Kennedy su avión es apenas una oficina más. Pero cada vuelo representa un admirable triunfo de planeamiento y organización.

CADA VEZ que el Presidente de los Estados Unidos sube a su avión a reacción, de fuselaje azul y blanco y negra proa, avión que no lleva otra insignia que las palabras "Estados Unidos de América", está tomando parte en una operación fantásticamente complicada. Cada viaje, ya sea un vuelo de 50 minutos a Nueva York o una



visita de una semana a otros países, requiere meticulosa y detenida preparación. Factores esenciales son la rapidez y una precisión infinitesimal. A bordo de su avión a chorro de la fuerza aérea, con sus paneles de cerezo y totalmente tapizado de oro y azul, el viajero aéreo número uno de los Estados Unidos surca el espacio a casi mil kilómetros por hora amparado por la absoluta prioridad de que goza en el uso de las rutas aéreas.

En una ocasión en que el presidente Kennedy tenía que entrevistarse en Cayo Hueso (Florida) con el jefe del gobierno británico, Harold Macmillan, aquél hacía el viaje aéreo desde Washington; el Primer Ministro venía del Caribe en su propio avión a chorro. El aparato de Macmillan llegó a estar sobre Cayo Hueso mientras el del Presidente todavía estaba al norte de Miami. De la torre de mando de Cayo Hueso enviaron al piloto británico una orden: "Espere volando en círculo sobre el aeropuerto".

"¡Imposible!" fue la respuesta. "Tenemos a bordo un *Clave Dos* (la designación secreta dada a Macmillan). Solicitamos permiso para aterrizar".

"Lo siento", contestó el operador de Cayo Hueso. "Nosotros tenemos un *Clave Uno* (Kennedy) que debe aterrizar antes que ustedes".

En consecuencia, el piloto del Primer Ministro permaneció volando sobre el aeropuerto hasta que aterrizó el presidente Kennedy, que deseaba hallarse en tierra cuando llegase Macmillan, para darle personalmente la bienvenida.

El Fuerza Aérea No. 1, como se designa al avión presidencial cuando lleva a bordo al primer mandatario, es un Boeing VC-137C de alas sagitales, velocidad máxima de mil k.p.h. y radio de vuelo de 11.000 kilómetros. Ha costado 7.900.000 dólares: unos dos millones más que el mismo modelo usado por las líneas aéreas comerciales. El costo adicional se debe en parte a la estructura y la guarnición especiales del interior del avión y a la extraordinaria cantidad de instrumentos de comunicación y navegación con que está equipado. Su instalación radiotelefónica, por ejemplo, tiene la potencia suficiente para establecer comunicación directa con cualquier estación del mundo.

El personal de mantenimiento, que consta de 86 hombres, cuatro de los cuales vuelan en el aparato a dondequiera que va, observa las prácticas civiles habituales, con la salvedad de que cada uno de los motores de chorro se cambia cada 700 horas en lugar de cada 1200 a 2000, que es la costumbre de las líneas aéreas. Jamás se hace trabajo alguno en cualquiera de sus máquinas sin estar presente uno de los dos ingenieros de vuelo del avión presidencial.

Las medidas de precaución y seguridad son severas. En el avión del Presidente viajan cuatro guardas especiales de la fuerza aérea, adiestrados por la Oficina Federal de Investigación (FBI). Estos guardas

son siempre las últimas personas que suben a bordo y los primeros que descienden. En tierra, dos de ellos permanecen de servicio en el avión durante las 24 horas del día. El aparato está rodeado de dispositivos automáticos de alarma, y nadie puede aproximarse a él sin hacer sonar alguno de ellos. En un aeropuerto, el avión se estaciona en un paraje aislado al extremo del campo, bien apartado de los edificios del lugar. Nadie puede subir a bordo si su nombre no figura en una lista especial de personas autorizadas para ello, y aun así tiene que identificarse personalmente. Estas reglas no admiten excepción alguna.

El combustible de reacción del aparato se guarda, 24 horas antes de introducirlo en los tanques del avión, en un camión especial que queda custodiado continuamente. Además se comprueba por lo menos dos veces, mediante un análisis químico, que no ha sido alterado. Sólo una vez se ha rechazado una carga de combustible destinada al aparato del Presidente. Ocurrió en Viena, y no se debió a un acto de sabotaje, sino al hecho de que se encontró herrumbre en el tanque de depósito. Antes de cada despegue, un automóvil recorre la pista en busca de pequeños trozos de materias extrañas que puedan ser absorbidos por los motores o pinchar los neumáticos del avión.

Como medida de precaución contra la introducción de explosivos, también se inspecciona todo el equipaje que entra en el aparato, hasta el del propio secretario de Estado si éste no lo lleva a mano. Los pasajeros deben hacer sus maletas por sí mismos, y luego no perderlas de vista hasta que un camión especial las recoja para llevarlas hasta el avión. Recientemente, un miembro del gabinete que acompañaba al Presidente a Palm Beach se olvidó de esta medida de seguridad, y tuvo que dejar su equipaje para que lo trasportase un avión correo.

Las comidas a bordo de los vuelos presidenciales las preparan los camareros en una cocina provista de un fogón eléctrico de seis hornillas y un enorme refrigerador. Para mayor seguridad, los camareros visten de paisano cuando compran las provisiones, siempre en pequeñas tiendas apartadas, cuyos dependientes no se enteran de que los víveres que están vendiendo son para el Presidente de los Estados Unidos. Nunca se compra dos veces en la misma tienda, y nadie más toca los comestibles desde el momento de la compra hasta que se sirven a la mesa.

El coronel James Swindal, de 45 años, es el afable comandante de la aeronave presidencial. En vuelo, dos de los tres pilotos que componen la tripulación de diez miembros permanecen en sus puestos en todo momento. Los siete tripulantes que ocupan la cabina de mando tienen su propia cocina; las comidas se les sirven por turnos y con intervalos de dos horas, para evitar la posibilidad de un envenenamiento simultáneo con los alimentos.

El aparato tiene seis sistemas de navegación electrónicos y mecánicos, y el navegante, mayor David Odor, determina su posición cada 30 minutos y la comunica al puesto de mando de la fuerza aérea, situado a tres pisos de profundidad en el edificio del Pentágono (la Secretaría de Defensa en Washington). Desde allí se retrasmite la información a las unidades de control de tráfico y de salvamento aéreos destacados en la ruta del vuelo presidencial.

Durante los 30 minutos anteriores y los 15 posteriores al paso del avión, se desvía hacia otras rutas a todas las demás aeronaves que puedan hallarse en las inmediaciones del Fuerza Aérea No. 1 (los *jets* militares de caza, que pueden comunicarse con el del Presidente por una frecuencia secreta, son los encargados de hacer cumplir esta disposición). Del mismo modo, todos los aeropuertos usados por el Presidente quedan cerrados al resto del tráfico durante media hora antes de su llegada y por un cuarto de hora después de su partida.

Cuando el Presidente hace un vuelo trasatlántico, buques del servicio de guardacostas y de la armada norteamericana se estacionan a lo largo de la ruta a distancias de 800 kilómetros entre sí. También vuelan sobre ella aparatos del Servicio de Salvamento Aéreo, que llevan a bordo personal médico paracaidista. Por lo menos una vez al mes el coronel Swindal y su tripulación hacen un simulacro de evacuación de urgencia en una piscina en Washington.

Para los vuelos presidenciales se utilizan seis fuentes de información meteorológica: la fuerza aérea, el ejército, la armada, la Dirección Federal de Aviación, el Observatorio Meteorológico y la principal línea aérea que preste servicio comercial en la ruta que se ha de recorrer. En la base Andrews de la fuerza aérea, donde se guarda el avión presidencial, hay una red de televisión de circuito cerrado capaz de suministrar instantáneamente información y datos visuales sobre el estado del tiempo y del terreno en cualquier parte de los Estados Unidos.

La anticipación con que se avisa que el Presidente quiere ir a algún sitio puede ser de algunas semanas o, a veces, de media hora solamente. La tripulación del avión está siempre lista para ir a cualquier parte. Sus fichas de vacunación se revisan semanalmente. En sus domicilios tienen teléfonos especiales conectados con la central de la Casa Blanca. Cuando salen, aunque sea al cine, deben comunicar a la telefonista dónde se les puede localizar.

Cuando el viaje no es a un destino "normal" —el cabo Cod, Boston, West Palm Beach o Nueva York— la tripulación presidencial hace un recorrido previo de todo el itinerario. Dos semanas antes de que el Presidente emprendiese su visita a tres capitales de Europa en 1961, el coronel Swindal (a pesar de haber cruzado él mismo el Atlántico más de 150 veces y aterrizado frecuente-

mente en cada aeropuerto del proyectado vuelo) hizo un nuevo estudio personal de la ruta. Le acompañaban en aquel vuelo de ensayo agentes del servicio secreto, especialistas en comunicaciones, secretarias de la Casa Blanca encargadas de hacer arreglos por anticipado, y técnicos de la fuerza aérea que debían preparar planes de aprovisionamiento de combustible y estacionamiento del aparato.

Entre viajes presidenciales, o cuando el aparato no está asignado al trasporte de otros altos funcionarios nacionales o extranjeros (al Vicepresidente, dicho sea de paso, nunca se le permite acompañar en el mismo avión al Presidente), los tripulantes del Fuerza Aérea No. 1 hacen ejercicios constantes con objeto de afinar su precisión y adiestrarse para hacer frente a cualquier peligrosa eventualidad que esperan que nunca se presente. Toda la tripulación asiste periódicamente a la escuela de alguna línea aérea comercial para ensayar, en la réplica de un aparato a reacción, los procedimientos a emplear en contingencias peligrosas, tales como incendios, pérdidas de presión y otras, pues no se podrían probar sin riesgo a bordo del avión mismo.

Al igual que cualquier pasajero que viaja en un avión comercial, el presidente Kennedy tiene que abrocharse él cinturón de seguridad durante el despegue y el aterrizaje. Su asiento se halla al lado de una ventanilla y frente a él hay una mesa de conferencia, sobre la cual están dispuestas una vasija de plata y una escribanía con dos plumas estilográficas (regalo de la tripulación), además de informes y otros documentos. En el frente del compartimiento cuelga una pantalla enrollada de 1,20 por 1,20 metros que se puede desenvolver para exhibir películas sonoras. También del techo penden mapas enrollados que se extienden para su estudio. El compartimiento contiene además un magnetófono y grabaciones de alta fidelidad, mayormente de música semiclásica.

Cifras exactas sobre el costo del funcionamiento del Fuerza Aérea No. 1 son imposibles de obtener pues, en primer lugar, los gastos se reparten entre muchas secciones ministeriales. No obstante, se calcula que cuesta unos 6000 dólares, más o menos, trasportar, alojar y alimentar al séquito del Presidente en un viaje de tres días a Palm Beach.

¿Que esto es muy costoso? Naturalmente; pero el avión presidencial ayuda al primer magistrado a despachar más trabajo en una jornada ya bien recargada. Con todo su lujo, el Fuerza Aérea No. 1 no es para el Presidente de los Estados Unidos otra cosa que un despacho más; una hora de vuelo en él no representa habitualmente sino una hora de trabajo adicional.

El arroyo perdería su murmullo si le quitásemos las piedras. — P. P.



Los nigerios celebran la Independencia en forma jubilosa y memorable

NIGERIA,

luminosa esperanza del África negra

POR DAVID REED

Ejemplo de progreso para el continente negro, la Nigeria independiente promete convertirse en guía de los nuevos Estados africanos.

ERA LA medianoche del 30 de setiembre de 1960 y en el cielo de la tórrida ciudad de Lagos, en el África Occidental, relampagueaban los fuegos artificiales, a tiempo que, entre las acla-

Foto: Marc Riboud/Magnum

maciones de millares de ciudadanos, se arriaba el pabellón británico que había ondeado allí por cerca de un siglo, y en su lugar se izaba una enseña verde y blanca. Así fue como nació la Nigeria independiente, el gigante de África.

En el exterior, sin embargo, la independencia de Nigeria sólo despertó pasajera atención. Más de otros 20 territorios africanos la habían precedido ya por la senda de la libertad, a veces con resultados desalentadores. Sin embargo, lo que parecía un hecho ordinario ha constituido un hito decisivo en la historia de África, pues Nigeria ha demostrado ser un coloso no sólo en cuanto a población sino también en talla moral. La nueva nación está demostrando, hasta a los más escépticos, que los africanos son capaces de gobernarse a sí mismos con justicia y dignidad.

Nigeria es uno de los países más democráticos y estables del mundo no desarrollado. En ella se respetan escrupulosamente el imperio de la ley y las libertades ciudadanas. Su prensa es la más libre y vivaz de África, y su economía se basa en la libre iniciativa. En consecuencia, las inversiones extranjeras afluyen al país a razón de 70 millones de dólares anuales. El aumento de su población, calculado en el dos y medio por ciento al año, se compensa ampliamente con un incremento en la producción nacional bruta del cuatro por ciento anual.

Nigeria tiene una extensión de



Nigeria está situada en el golfo de Guinea, inmediatamente al norte del ecuador

Uno de los rascacielos del gobierno en Lagos



Foto: D. Bognar/Pix, Inc.

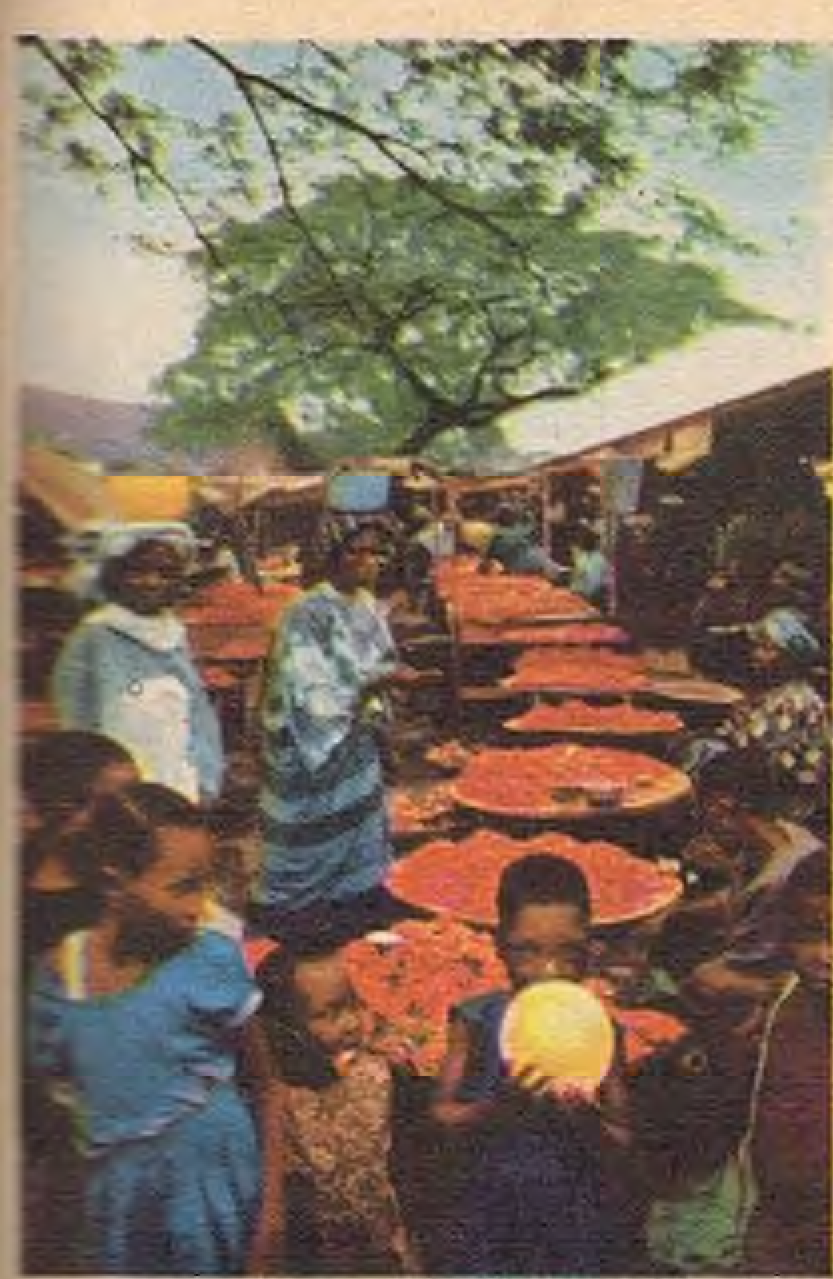
923.773 kilómetros cuadrados (casi cuatro veces el área de Gran Bretaña) y unos 43 millones de habitantes. Egipto, el segundo país de África en población, sólo tiene 28 millones. De cada seis habitantes de África uno es nigerio.

Nigeria es también un país de asombrosa variedad. En la costa, grandes olas grises revientan incesantemente sobre playas de blancas arenas. Al norte de donde terminan éstas se alzan selvas que la lluvia empapa casi todo el año y son focos de fiebres malignas. Los ríos están frecuentemente invadidos de cocodrilos de tres metros de longitud y por pitones que llegan a medir hasta seis metros. Más al interior se extienden, en todo lo que alcanza la vista, onduladas planicies, calurosas, polvorientas y salpicadas de grotescos espinos. Finalmente, hasta los espinos desaparecen, y no queda entonces más que cielo ardiente y agostado páramo: los extremos límites del Sahara, abrasador corazón del África.

Dentro de las fronteras de Nigeria hay 250 grupos tribales, tan distintos entre sí en lenguaje, cultura y origen como los fineses lo son de los españoles. En otros tiempos, las regiones costeras eran reductos de canibalismo y de sacrificios humanos, mientras que el norte tenía una vieja civilización musulmana y ciudades que eran ya vetustas cuando Colón descubrió América. Pero el norte, todavía esencialmente feudal y con elevado índice de analfabetismo, va hoy a la zaga de las dinámicas regiones de la costa, donde se ha extendido rápidamente el cristianismo y se han logrado grandes progresos en cuanto a enseñanza y desarrollo general.

En la actualidad, Nigeria constituye un monumento al aspecto positivo del colonialismo. Durante el siglo XVI fue la "costa de los esclavos". En ella hacían escala regularmente barcos de muchas naciones, incluso de Inglaterra, para tomar a bordo cargamentos de carne humana. Pero en 1807 el Parlamento proscribió la esclavitud en todas las naves y colonias británicas. Desde entonces navíos de guerra ingleses bloquearon la costa occidental de África e interceptaron en alta mar a los buques negreros. Sin embargo, muchos de éstos burlaban el bloqueo. Finalmente, para cercenar de raíz este tráfico, los ingleses ocuparon el puerto de Lagos en 1861. Gradualmente, por diversas razones, algunas altruistas y otras no, se extendieron tierra adentro.

El mosquito contribuyó, tanto como cualquier otra cosa, a forjar el destino de Nigeria. El insecto, propagador del paludismo y otras fiebres tropicales, impidió al altanero hacendado europeo establecerse en el país como se había establecido en Kenia, Rodesia y Sudáfrica. En cambio, afluyeron los misioneros, que crearon misiones escolares. En consecuencia, hoy se encuentra uno con nigerios instruidos cuyos padres y abuelos fueron ya hombres cultos. Además de idóneos funcionarios públicos, hay en Nigeria centenares



Un centro comercial al aire libre

y aun miles de médicos, profesores, jueces, ingenieros y hombres de negocios.

Los ingleses también contribuyeron mucho a echar los cimientos del presente vigor económico de Nigeria. Alentaron a los campesinos africanos a cultivar el cacao y el cacahuete e intensificaron la producción del aceite de palma. Construyeron carreteras y ferrocarriles y crearon organismos centrales de compra de cosechas para garantizar la estabilidad de los precios. Aunque hay sólo unos pocos campesinos nigerios acomodados, si los medimos por el rasero occidental, en el país nunca se ha conocido la agobiante miseria de Asia.

Quizá la aportación británica más importante haya sido en el terreno político. Al principio se permitió a los jefes locales retener su poder bajo vigilancia inglesa. Lentamente se fue dando entrada a la instrucción en el arte de la democracia parlamentaria. Ya en 1914 había en Lagos nigerios que participaban con los ingleses en un consejo asesor local. Y en 1922 se eligió a nigerios para una legislatura de toda la colonia.

A juicio de muchos expertos, hacia comienzos del decenio de 1950 a 1960, los nigerios se encontraban mejor preparados para la independencia que ningún otro pueblo negro de África. Además, los ingleses anhelaban entregarles las llaves de la casa y retirarse de allí. Pero, aunque los propios nigerios deseaban la independencia tanto como el que más, prefirieron esperar hasta crear un equilibrio político interno entre sus tres regiones rivales. En consecuencia, cuando obtuvieron finalmente la independencia no hubo allí una explosión como la del Congo y el poder se trasmitió en un ambiente de buena voluntad. El nuevo primer ministro, Sir Abubakar Tafawa Balewa, declaró: "Estamos agradecidos a los funcionarios británicos, a quienes conocimos primero como señores, después como dirigentes, y últimamente como asociados, pero siempre como amigos".

Hoy, el vigoroso desarrollo económico que está renovando la faz de Nigeria se manifiesta del modo más patente en el industrioso puerto de Lagos. Espléndidos rascacie-

Foto: Marc Riboud/Magnum

los, uno de ellos de 25 pisos, van dando a la ciudad el perfil de una moderna metrópoli. Ya se levantan hoteles, supermercados y tiendas con aire acondicionado, y se ha inaugurado ya una estación de televisión. Día y noche las calles son un hervidero de automóviles, camiones y autobuses que las recorren tocando furiosamente las bocinas.

Casi todos los habitantes de Lagos son hombres de negocios, o por lo menos aspiran a serlo, y muchos son los que se han enriquecido en el comercio por mayor o por menor. Es una fiebre que ataca incluso a las amas de casa. Casi todas las calles están bordeadas de minúsculos puestos en los que mujeres buhoneras ofrecen baratijas de fácil venta, tales como un cigarrillo, una docena de cacahuetes o dos centímetros de jabón. Si bien muy pocas buhoneras ganan algo más que para alfileres, algunas han ahorrado con este febril, aunque mezquino negocio, lo suficiente para enviar a sus hijos a estudiar en universidades de Inglaterra y los Estados Unidos.

A todo lo ancho y largo de las regiones costaneras de Nigeria va avanzando la modernización. Muchas típicas cabañas africanas van siendo remplazadas por viviendas de estilo europeo, y no es inusitado ver estacionado delante de la casa el símbolo supremo de una buena posición social y económica: un resplandeciente automóvil nuevo. En Ibadán, capital de la Región Occidental, va elevándose un grupo de pequeños rascacielos. Ibadán, con una población calculada en un millón, es la ciudad más grande de África Occidental. En ella está enclavado el Colegio Universitario de Ibadán, la más antigua entre las cinco universidades de Nigeria. En las zonas costeras asiste a la escuela primaria el 80 por ciento de las criaturas de edad escolar, porcentaje asombrosamente elevado tratándose de África. Además, unos 2200 nigerios se gradúan anualmente en las universidades del país y del extranjero.

En Enugu, capital de la Región Oriental, existe una floreciente industria hullera. En las inmediaciones se han descubierto también yacimientos de mineral de hierro y piedra caliza, y empresas norteamericanas y europeas se disputan los derechos de construcción de una fábrica de aceros. Las compañías British Petroleum y Shell están erigiendo en el delta del Níger una refinería de petróleo cuya propiedad se dividirá entre las dos empresas, los gobiernos central y regional y, por

Estudiantes universitarios frente al Edificio Pedagógico en Ibadán



Foto: Ken Heyman/Rapho-Guillumette

medio de una emisión de acciones, el pueblo nigerio.

El progreso llega ya hasta el norte mismo de Nigeria. En varias poblaciones se están instalando industrias ligeras. Kano, la ciudad más grande del norte, se ha convertido en importante escala de reabastecimiento para los aviones de las líneas regulares transafricanas. Y, no obstante, Kano, que tiene diez siglos de existencia, todavía parece algo salido de las páginas de *Beau Geste*. La ciudad, cercada por una vieja muralla, es un fantástico laberinto de angostas veredas y casas de adobe que parecen fortines. Hombres vestidos con albornoces recorren en finos caballos árabes las polvorientas callejas, en las que los encantadores de serpientes hacen sus exhibiciones con flautas y cobras. Alguna caravana de camellos, cargada de mercancías, sale lentamente de la ciudad en viaje que tal vez la lleve hasta el lago Chad.

Se espera que el enorme desarrollo económico de Nigeria adquirirá un ritmo aún más rápido a resultas de un nuevo plan sexenal de fomento en el cual el erario invertirá cerca de 2000 millones de dólares y los intereses privados otros 1500 millones. La obra más importante que se proyecta es la construcción en la Región Setentrional de una presa gigantesca en el río Níger, que deberá suministrar fuerza motriz a nuevas industrias así como aguas de riego.

Como nación independiente, Nigeria está demostrando un grado de madurez poco común. Mientras otros países han venido confiscando bienes privados, el parlamento nigerio ha desechado, por la abrumadora votación de 132 contra 42, toda nacionalización de negocios o industrias. Hablando en favor de tal resolución, el jefe Festus Okotie-Eboh, ministro de Hacienda, declaró:

"Aparte de la pérdida de libertad e independencia individuales que ello representa, la generalización de la propiedad y el dominio estatales no conduce forzosamente a un rápido desarrollo económico ni al mejoramiento material de las masas populares. No sería inoportuno recordar a este respecto el caso de la India, donde el entusiasmo por la nacionalización se ha desvanecido ya en gran medida y el gobierno está promoviendo nuevamente la inversión de capital privado extranjero en gran escala".

Los dirigentes de Nigeria han sido acusados por los Estados africanos izquierdistas de ser "lacayos de los imperialistas". Los nigerios se ríen de esta imputación y mantienen su firme amistad con el Occidente. El ministro de Relaciones Exteriores, Jaja Wachuku, educado en Dublín, dice: "Somos un pueblo equitativo. Una vez conquistada nuestra independencia, estrechamos la mano al Occidente y olvidamos el pasado".

La más valiosa aportación de Nigeria al mundo actual acaso sea el papel de guía que desempeña en la nueva África. Bajo sus auspicios,

20 Estados africanos independientes —entre ellos la Costa del Marfil, Liberia, Senegal y Etiopía— han creado una institución permanente, llamada Organización de los Estados de África y Malagasy, para promover el estrechamiento de lazos entre los países signatarios. Estas naciones, que han rechazado el estrepitoso extremismo del llamado Grupo de Casablanca (Egipto, Argelia, Marruecos, Gana, Guinea y Mali), representan, significativamente, a más de 120 millones de negros africanos: el doble de la población total del Grupo de Casablanca.

Nigeria no carece de problemas. La corrupción es general, y aunque el país es bastante rico según el nivel de vida africano, los ingresos por habitante son poco más del equivalente a 80 dólares al año. Sin embargo, los nigerios poseen tal vigor, tal dinamismo y tal madurez de juicio que han de llevarlos muy lejos. En términos generales Nigeria es ejemplo de progreso para el África actual.



La "memoria automática"

Supongamos que nos estamos quedando dormidos y que de pronto nos acordamos de algo que debemos hacer muy temprano al día siguiente. Tomaremos el reloj despertador y lo pondremos al revés, es decir, dando la cara al otro lado, o inclinaremos la pantalla de la lámpara dejándola torcida . . . o haremos cualquier otra cosa que no dejemos de notar por la mañana. Al despertarnos y observar que el reloj está vuelto al revés, nos acordaremos de lo que quisimos recordar.

El Dr. Martin Grotjahn, autor del libro *El sicoanálisis y las neurosis familiares* dice: "Este sistema está sólidamente basado en principios sicológicos y es muy eficaz".

Con un poco de inventiva podremos valernos de este principio casi siempre que nos importe no olvidar algo. Por ejemplo: al dejar el automóvil en el estacionamiento de la oficina, notamos que la aguja nos indica que el depósito de gasolina está casi vacío. ¿Cómo asegurarnos que recordaremos comprar combustible al volver por la tarde?

Muy sencillo: basta ponernos las llaves del coche en un bolsillo que no sea el acostumbrado. Más tarde, al encontrar el llavero en un sitio diferente, la memoria se despertará y nos dirá: "Compremos gasolina".

Si cenamos en un restaurante y tememos dejar olvidado el abrigo, el sombrero o el paraguas, sacaremos uno de los billetes de la cartera y lo doblaremos a lo largo sobre los demás. Ese recordatorio automático operará precisamente a la hora de pagar la cuenta.

Las maneras en que podemos valernos de la "memoria automática" sólo están limitadas por la ingeniosidad de cada cual. Los maridos podrán recurrir a ella incluso para no olvidar su aniversario de bodas.

— John Gibson, en *This Week Magazine*



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE
Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

SI CON un diccionario en la mano pide una persona a otra que defina una palabra determinada, no será raro que no pueda hacerlo, por lo menos con precisión; pero si antes la ha visto u oído, es posible que haya en su cabeza una representación mental de su significado, representación que le permitirá acertar si se le dice: ¿es esto, aquello, estotro o eso de más allá? Precisamente es lo que hacemos en estas dos páginas. Si la persona interrogada no ha oído ni visto nunca esa palabra, no le queda más camino que aprenderla, lo que es aún más provechoso que obtener una alta calificación.

• • • • •

1) **almo** — A: criador. B: vivificador. C: excelente. D: venerable.

2) **artero** — A: ágil. B: avieso. C: astuto. D: ávido.

3) **burilar** — A: bullir. B: grabar. C: brillar. D: imprimir.

4) **calderilla** — A: moneda. B: olla. C: fragua. D: cocina.

5) **cumanés** — A: de una ciudad de Colombia. B: de Venezuela. C: de la República Dominicana. D: de Cuba.

6) **dulcinea** — A: aspiración ideal. B: fregona enamorada. C: mujer frágil. D: mujer galante.

7) **enjugar** — A: lagrimear. B: recrear. C: gemir. D: secar.

8) **espinilla** — A: puntilla. B: escobilla. C: canilla. D: espiguilla.

9) **fénix** — A: gigante fabuloso. B: monstruo. C: ave. D: grifo.

10) **galo** — A: de Gales. B: de Flandes. C: de Galilea. D: de Francia.

11) **hosco** — A: impolítico. B: áspero. C: pérfido. D: sólido.

12) **juncia** — A: cierta uva. B: letra. C: una planta. D: un ave.

13) **leva** — A: una prenda. B: lentitud. C: recluta de soldados. D: puente levadizo.

14) **mientes (parar)** — A: fijarse. B: desmentir. C: rechazar. D: mentar.

15) **noviciado** — A: novedoso. B: monje joven. C: novedad. D: aprendizaje.

16) **onza** — A: once adarmes. B: una moneda. C: un escudo. D: undécimo.

17) **pianola** — A: instrumento de percusión. B: piano mecánico. C: instrumento de viento. D: de cuerdas.

18) **pirrarse** — A: colarse. B: pelarse. C: desvivirse. D: corroerse.

19) **sujeto** — A: parte de la oración. B: de la gramática. C: sujetador. D: individuo.

20) **zafio** — A: zote. B: descarado. C: zaino. D: tosco.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(*Véase la página anterior*)

1) **almo** — A,B,C,D: criador, vivificador, excelente, venerable. (Del latín *almu*, de *alere*, alimentar.) Es voz poética. "¡Salve, zona feliz, región querida / del *almo* sol que tus encantos cela, / inmenso hogar de animación y vida, / cuna de Bolívar - Venezuela!" (Olegario V. Andrade)
2) **artero** — C: astuto, listo. "De los escarmentados nacen los *arteros*". (Denota que la experiencia enseña a evitar peligros y daños.)
3) **burilar** — B: grabar con buril. Fig. "*Burila* (José Martí) viñetas preciosas". (Rubén Darío)
4) **calderilla** — A: moneda de cobre u otro metal no precioso. "No hay más remedio que soltar alguna *calderilla*". (Julio Camba)
5) **cumanés** — B: de Cumaná (Venezuela). También *cumanogoto*. "... no le devolví jamás (la rica manta o cobija) al caudillo *cumanés*". (Tulio M. Cestero)
6) **dulcinea** — A: aspiración ideal. (Por alusión a Dulcinea, la dama ideal de Don Quijote.) "Su *dulcinea* (de Pedro Nolasco Cruz) se llamaba sentido común". (Alone: Hernán Díaz Arrieta)
7) **enjugar** — D: secar. "Habló el orgullo y se *enjugó* su llanto". (Bécquer)
8) **espinilla** — C: canilla de la pierna. "... constante invitación (su voz de pito) a la patada en la *espinilla* ..." (Antonio Mingote)
9) **fénix** — C: ave fabulosa. Fig. "Todos saben que el fuego en que se consumía el amante (Amado Nervo) fue haciendo brotar en él, lentamente, el *fénix* de los amores divinos". (Alfonso Reyes)
10) **galo** — D: francés, de Francia (la antigua Galia). "... del *galo* audaz bajo los pies impuros". (Espronceda)
11) **hosco** — B: áspero, ceñudo. "... la atmósfera *hosca*; las tardes interminables ..." (Eduardo Mallea)
12) **juncia** — C: planta ciperácea olorosa "La calle ... verdea toda, vestida de chopos y *juncias*". (Juan Ramón Jiménez)
13) **leva** — C: recluta de soldados. "Mañana correremos también nosotros, huyendo de la *leva*". (Mariano Azuela)
14) **mientes (parar)** — A: fijarse. "... si *paramos mientes* en lo que representa para el hombre la poesía ..." (Ortega y Gasset)
15) **noviciado** — D: aprendizaje. "Esta vida es *noviciado* / de otra vida mejor". (Isidoro Martínez Alonso)
16) **onza** — B: moneda antigua de oro. "¡Me fundiste! El capitán Uriondo había apostado conmigo treinta *onzas* a que te hacía enseñar la pantorrilla el día de Inocentes". (Ricardo Palma)
17) **pianola** — B: piano mecánico. "El teclado de la *pianola* tiene mucho de dentadura postiza". (Féliz Soloni)
18) **pirrarse** — C: desvivirse por una cosa. "*Pirrase* (tu apetencia) por ajiaco y ajopollo". (Palés Matos)
19) **sujeto** — D: persona innominada. "... (que) humildad y necedad / no caben en un *sujeto*". (Lope de Vega)
20) **zafio** — D: tosco, inculto, grosero. "... *zafios* (los montañeses) y poco instruidos, por su aislamiento..." (Linares Rivas)

Calificación

20 respuestas acertadas ... sobresaliente
15 a 19 acertadas .... notable
12 a 14 acertadas .... bueno
9 a 11 acertadas .... regular

Ni muerte ni capitulación

A raíz de la decisión norteamericana con respecto a Cuba, el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña da una vigorosa respuesta a los que quieren "paz a toda costa".

POR LORD HOME

Condensado del suplemento dominical del "Times" de Nueva York

LA CRISIS cubana suscitó en Gran Bretaña una serie de manifestaciones contra el apoyo británico a la política de los Estados Unidos. Una de ellas fue una petición elevada por el personal de la Universidad de Aberdeen al gobierno, que decía:

"Aunque deploramos la provocación rusa en Cuba, exhortamos al gobierno de Su Majestad a no seguir la peligrosa conducta del gobierno de los Estados Unidos, a defender su independencia de criterio y a hacer cuanto pueda por alcanzar una solución pacífica sirviéndose de los órganos de las Naciones Unidas".

El ministro de Asuntos Exteriores, Lord Home, contestó la petición de Aberdeen, dirigiendo la siguiente carta abierta, de contenido bien elocuente, a todos los neutralistas y grupos partidarios del desarme atómico.

LAS CONSECUENCIAS de la guerra nuclear serían espantosas para todo ser viviente, y hasta para los no nacidos aún. Por tanto, es muy natural que, en tiempo de crisis, como la de Cuba, algunas personas no tengan más que un pensamiento: persuadir al gobierno a hacer cuanto esté en su mano para evitar que estalle una guerra nuclear, y a que lo haga inmediatamente. Su consigna parece ser: "Paz a toda costa".

Esto es comprensible; pero ceder bajo una presión no es forzosamente un acierto, y puede resultar peli-

grosísimo. La exclamación "¡Antes rojos que muertos!" es pusilánime e injustificada, porque, si conservamos la serenidad y el ánimo, no nos veremos en el trance de elegir entre la muerte y el comunismo.

Tampoco es muy sensato proclamar "Antes muertos que rojos". El sacrificio de la vida por la libertad tendría sentido si fuera probable que quedasen sobrevivientes para disfrutarla. Mas en esta era nuclear eso no es más que un decir grandilocuente y vano. Para hallar una postura equilibrada entre ambas tenemos que comprender claramente lo que está en juego.

En primer lugar, lo que aquí se discute no es la política de Norteamérica hacia Cuba. Podrá parecernos acertada o desacertada, pero nuestra opinión, cualquiera que sea, no viene al caso. De lo que se trata es de la política soviética hacia el mundo libre en general y Norteamérica en particular. Cuba fue la ocasión, pero no la causa de esta disputa.

El segundo factor que debemos tomar en cuenta es que la paz del mundo, lo mismo que antes solía ocurrir, se apoya hoy en el equilibrio del poder. Cuando se altera este equilibrio, el agresor cree que puede hacer triunfar sus designios porque es capaz de poner al servicio de ellos una fuerza superior. Si no se ataja con firmeza una acción y resulta triunfante por nuestra condescendencia, vendrá después otra, y al fin el agresor se lanzará a una empresa que no podamos tolerar; entonces es cuando estalla la guerra. Este fue el proceso que nuestra generación presenció en la década 1930 a 1939. El mismo principio es aplicable en la era nuclear. La paz se mantiene con el equilibrio del poderío atómico. Por eso se dice de él que disuade por el terror

El tercer factor es que a Norteamérica le corresponde una especial obligación de defender al mundo libre. Ello es así sencillamente porque, en recursos materiales y humanos, los Estados Unidos son el único país con fuerza equiparable a la de Rusia.

Los tres factores generales que han de considerarse son, pues: la política soviética frente al mundo libre; el equilibrio del poder; y la suprema obligación norteamericana.

Ahora bien, ¿qué ha sucedido en Cuba? Bajo la capa de un engaño muy bien planeado, la Unión Soviética casi llegó a introducir en Cuba proyectiles balísticos de alcance mediano e intermedio. ¿Por qué? El señor Kruschef había venido preparándose para celebrar una entrevista con el presidente Kennedy hacia fines de año y discutir con él los principales problemas que se plantean entre el Este y el Oeste. Lo que pretendía era reunirse con el Presidente después de haber alterado el equilibrio del poderío nuclear, poniéndolo, por tanto, en desventaja política. Es indudable que los rusos calcularon que, si todas las ciudades norteamericanas quedaban al alcance de sus armas atómicas, les sería mucho

más fácil obligarle a hacer concesiones importantes.

Afortunadamente, el plan se malogró por dos razones: primera, el descubrimiento del engaño antes de que los rusos hubieran conseguido alterar decisivamente el equilibrio del poder; y segunda, la mezcla de energía y tacto que empleó el Presidente para restablecer el equilibrio.

No se trataba, pues, de la política norteamericana con respecto a Cuba, sinó de la política comunista con respecto al mundo libre. Nosotros no tenemos que decir: "Estoy con Norteamérica, tenga razón o no la tenga"; lo que tenemos que hacer es reconocer que el propósito comunista fundamental de imponer su sistema al resto del mundo es tenaz e implacable, y que nuestra seguridad y nuestra libertad dependen primordialmente del poder y la energía norteamericanos. Si Norteamérica se ve amenazada, nosotros nos vemos amenazados. Si Norteamérica cediese terreno, Rusia no encontraría estorbo para hacernos la vida ingrata a los demás. Si Rusia hace cosas que no debe, el momento de detenerla es precisamente cuando empieza a hacerlas.

En el caso de Cuba, pues, el interés de Gran Bretaña y nuestro deber de aliados era apoyar al presidente Kennedy tanto en las Naciones Unidas como fuera de la organización; y eso es lo que hicimos. Es decir: no podíamos ni debíamos desentendernos de las inevitables consecuencias de la conducta soviética, que ustedes y yo deploramos.

Hasta aquí en cuanto al pasado. Pero, naturalmente, no podemos dejar que las cosas queden ahí. Ahora que ha desaparecido el peligro inmediato, debemos seguir empeñados en eliminar las tiranteces de la vida internacional y reducir los riesgos de guerra nuclear. Como dije el primero de noviembre en la Cámara de los Lores: "Por nuestra parte, no entregaremos los territorios ni los espíritus de hombres libres, pero trataremos con los rusos para buscar la conciliación tan pronto como nos den palabra de su buena fe y tan pronto como su palabra se confirme con hechos".

Humor siquiátrico. "Ni tengo siquiatra, ni lo deseo —escribió el humorista James Thurber— por la sencilla razón de que si me escuchara por largo rato se volvería loco". — *The Atlantic Monthly*

Hacia la madurez

No HABREMOS cruzado aquella sutil divisoria que separa a la niñez de la edad adulta, mientras no hayamos aprendido a valernos más de las formas personales que de la construcción impersonal o reflexiva . . . cuando, verbigracia, dejemos de decir: "se rompió", y digamos: "lo rompí". — S. J. H.

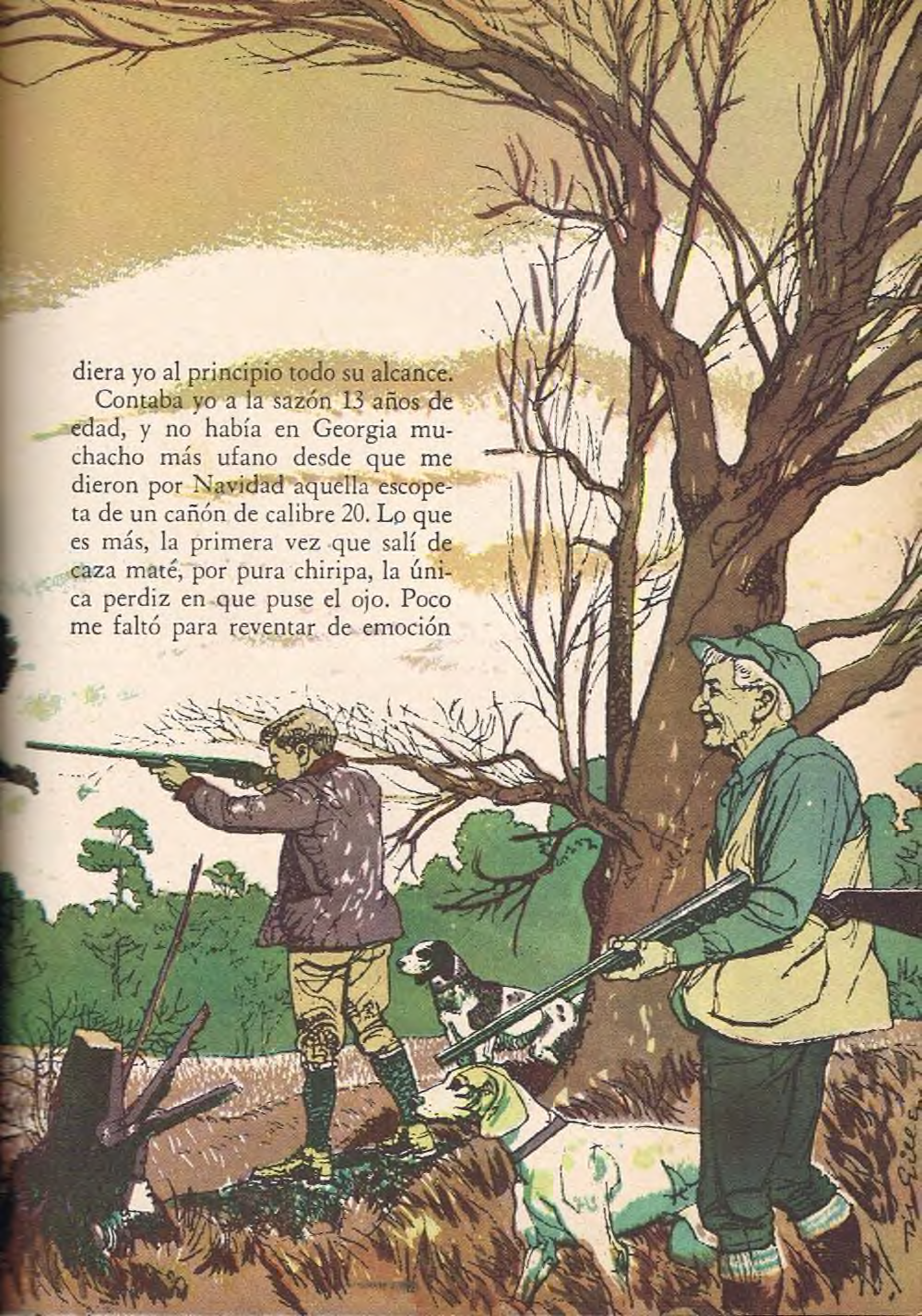
Por dónde se llega al éxito

POR ARTHUR GORDON

El recuerdo de alguna venturosa ocasión nos ayudará a proceder con la confianza que ya nos valió el triunfo

ENTRE LOS recuerdos más vívidos y valiosos que guardo en la memoria sobresale el que me lleva a una apacible tarde de diciembre en las tierras bajas del estado de Georgia, mi país natal. Es vívido por la precisa claridad con que acude a mi imaginación; valioso porque esa vez recibí una provechosa lección, aun cuando no enten-





diera yo al principio todo su alcance.

Contaba yo a la sazón 13 años de edad, y no había en Georgia muchacho más ufano desde que me dieron por Navidad aquella escopeta de un cañón de calibre 20. Lo que es más, la primera vez que salí de caza maté, por pura chiripa, la única perdiz en que puse el ojo. Poco me faltó para reventar de emoción

y de orgullo en ese momento.

Mi segunda salida de cazador fue otro cantar. Iba yo con un amigo de mi padre, cierto juez entrado en años, cuyo moreno y arrugado semblante y ojos encapotados le daban la apariencia de un perro sabueso. Dotado de esa actitud de sencilla benevolencia propia de quienes conocen el lado peor del ser humano, se inclinaba empero a simpatizar con sus semejantes. No me sentía muy tranquilo que digamos al tenerlo por compañero: pues, aparte del temeroso respeto que me infundía, me aguijoneaba el afán de granjearme su estimación. Y sufrí ese día la humillación del fracaso.

Encontramos buen golpe de aves. El juez abatía dos o tres de cada bandada que alzaba el vuelo; yo, en cambio, ni siquiera rozaba un ala con mis disparos. Lo ensayé todo: apuntaba bajo, apuntaba alto, apretaba el gatillo rápida, o bien espaciosamente: todo inútil. Y mientras más tiros erraba, mayor era mi nerviosidad.

Así las cosas, Doc, nuestro perro de muestra, percibió una perdiz entre un grupo de palmitos. El perro quedó inmóvil, rígida la larga cola, y a mí se me heló la sangre ante la inminencia de un nuevo fracaso de parte mía.

Esta vez, sin embargo, en lugar de indicarme que avanzara, el juez depositó la escopeta en el suelo cuidadosamente y me dijo en tono amistoso:

—Descansemos unos minutos.

En seguida sacó la pipa del bolsillo, la rellenó con sus dedos regordetes, y me advirtió pausadamente:

—Supe por tu padre que el otro día le acertaste a una perdiz al primer disparo. ¿Fue así realmente?

—Sí, señor. Por pura casualidad, supongo —respondí, afligido.

—Puede que sí, pero no importa. ¿Recuerdas bien cómo fue eso? Apuesto que, si cierras los ojos, lo ves todo en la imaginación tal y como sucedió.

Asentí con un movimiento de cabeza. En efecto, lo veía como si lo tuviese ante los ojos: la perdiz que sale disparada, casi a mis pies, la escopeta que parece tomar puntería por sí sola, mi júbilo, la embriaguez por las alabanzas recibidas...

—Bueno, muchacho —oigo que me dice el juez—. Ahora, sosiégate y evoca esos momentos un par de veces. En seguida, avanza y levanta esa perdiz. Desentiéndete de mí, del perro, de todo. Piensa solamente en aquel feliz disparo... Olvídate hasta de ti mismo.

En cuanto hice lo que me decía fue como si se produjese en mí un nuevo acondicionamiento de reflejos. Levantó el vuelo la perdiz. Apuntó la escopeta, sin precipitación, con seguridad, como si tuviese vida y propósito propios. Segundos después estaba Doc frente a mí, brindándome la perdiz.

Estaba yo por que siguiésemos cazando; pero el juez descargó su escopeta y me dijo:

—Basta por hoy, hijo. Toda la tarde te he visto preocupado por la imagen del fracaso. Quiero que al

irnos de aquí lleves en el pensamiento la imagen del éxito.

Fueron estas palabras el mejor consejo que me han dado jamás. ¿Lo entendí así entonces y supe aprovecharlo en todo lo que valía? Claro que no. No era yo sino un muchacho maravillado con lo que, para él, no pasaba de ser un notable expediente que por una u otra razón surtía efecto. Ni siquiera sospeché entonces la formidable dinámica sicológica que ello encerraba.

Por mucho tiempo, con la ingenua confianza de la niñez en lo mágico, siempre que salía de caza echaba mano del consejo del juez como de una especie de talismán. Más adelante eché de ver que también me era útil en otros deportes. En el tenis, por ejemplo. Si en un momento crítico, digamos en un saque decisivo, traía claramente a la imaginación aquel con que en ocasión anterior lancé la pelota fuera del alcance de mi contendiente, era asombroso ver la frecuencia con que mi raqueta respondía eficazmente.

Hoy me lo explico muy bien. Es el organismo humano maravillosa máquina ordenada a la solución de fantásticos problemas. Es perfectamente capaz de hacer caer una pelota de tenis, a 20 metros de distancia, en espacio no mayor que un pañuelo; o de dar, con una perdigonada que lleva una velocidad de más de 30 metros por segundo, en el punto mismo en que deberá salir al paso de un blanco que vuela a 80 kilómetros por hora. Y a cosas más difíciles aún alcanza su capacidad... siempre y cuando no se le estorbe, que la tensión nerviosa no entorpezca los músculos, embote los reflejos y nuble los admirables dispositivos del cerebro.

Y la tensión nerviosa, que en nueve de cada 10 ocasiones se funda en el recuerdo de anteriores fracasos, podrá atenuarse, y hasta eliminarse por completo, mediante el recuerdo de éxitos pasados.

Al principio empleé únicamente en el campo del atletismo esta técnica de la imagen de memoria del éxito. Más adelante eché de ver que análogo procedimiento surtía efecto al emplearlo personas famosas o acreditadas en su profesión y que conocí a causa de mi trabajo. Todas diferían notablemente unas de otras, por su medio social, por su campo de actividad... hasta por su inteligencia. El denominador común de todas era sólo la confianza en sí mismas.

Una de estas personas, director de importante empresa, me decía:

—Empecé mi carrera vendiendo de casa en casa ollas y sartenes. El primer día, al cabo de 40 tentativas, tan sólo conseguí hacer una venta. Pero jamás olvidé el rostro de la señora que al fin convino en comprarme algo: cómo fue cambiando de una expresión desconfiada y hostil, a la de un paulatino interés, y por último, a la del convencimiento. Durante años el recuerdo de ese rostro fue para mí una especie de talismán que me alentaba en horas difíciles.

En realidad, el rostro de aquella

señora era para él un espejo en el cual veía reflejada su propia imagen en su hora de triunfo como vendedor.

Veces habrá en que la inteligencia más despejada se oscurezca momentáneamente si falta esta conciencia de la propia capacidad. Cosa cierta es que todos tememos el daño que nos cause el fracasar, aun en asuntos de poca monta. Este temor se origina ya desde la infancia. El niño se halla frente a un mundo que pide cada vez más de él. Le hace falta al niño el encomio, la confianza; la repetida ejecución de actos adecuados a sus aptitudes, para que el recuerdo de los éxitos obtenidos vaya borrando de su memoria el recuerdo de anteriores fracasos. Esto fue lo que en bien mío hizo aquel juez benévolo y prudente. Al notar que la imagen del fracaso me obsesionaba, quiso hacer que desviase de ella la atención para fijarla en la imagen del éxito.

Emplear esta estratagema no es simple racionalización de nuestros deseos. La esencia de su virtud consiste, a mi juicio, en que traemos al pensamiento algo ocurrido realmente... y que, por tanto, puede volver a suceder. El episodio real y concreto en que salimos airosos nos presta ánimos.

Todos podemos recordar episodios de esta índole. Sin duda el fracaso inicial constituye el precio que hemos de pagar por aprender lo que no sabíamos. En los primeros ensayos de esquí acuático sufre el principiante más de una caída. Quien trate por primera vez de hablar en público o de preparar un pastel, no lo hará todo lo bien que se prometía. Sin embargo, el insistir una y otra vez hará que tarde o temprano acertemos, ya por un golpe de suerte, ya a causa del cálculo de probabilidades.

He ahí, pues, la imagen que debemos evocar al afrontar de nuevo el mismo problema. Fijémosla en el pensamiento como un amuleto, y nos traerá algo mucho mejor que un mero golpe de suerte.

Control remoto

SE ACABA de patentar una válvula de escape para los televidentes vengativos: un juego de dardos provisto de una pantalla trasparente que se ajusta sobre la del televisor. El juguetito permite al espectador descontento manifestar en el acto su reprobación... ¡zas!... ¡en plena cara!

— *The Insider's Newsletter*

CARTA DE un optimista televidente a la National Broadcasting Company, importante red teledifusora estadounidense: "Me acomete un impulso irresistible de desbaratar todo televisor que veo. Mi siquiatra me dice que se lo cuente a ustedes".

— R. W. S.

El acero: viejo coloso que rejuvenece

Por algún tiempo pareció que el acero había cedido su sitio a los nuevos metales y materiales del siglo XX, pero el legendario campeón se ha erguido con nuevos bríos y riñe ahora una de las más sensacionales batallas industriales de nuestra era.

Por Ira Wolfert

Condensado de "The Denver Post"

El acero está actualmente en plena revolución. En la gira de 5000 kilómetros que hice por las acerías de los Estados Unidos y el Canadá, vi dondequiera las señales de esa trasformación: un horno que funde dos toneladas de hierro por minuto; otro que produce una tonelada de acero en 30 segundos; una banda de metal de un metro de ancho que pasa estrepitosamente a 130 kilómetros por hora entre rodillos laminadores que la comprimen con una presión de 120 toneladas por centímetro cuadrado. No sólo hay procedimientos nuevos y más rápidos para elaborar el acero, sino para obtener clases diferentes, nuevas también.

En la Republic Steel Corporation de Warren (Ohio), vi un acero de tal resistencia, que con él se puede hacer un gancho del grueso de un lápiz capaz de sostener en el aire un vagón de ferrocarril de 20.000 kilogramos. En Cleveland, la W. S. Tyler Company fabrica en la actualidad una tela metálica de trama tan sumamente fina que no deja pasar

el agua, pero sí los fluidos menos densos que ella, de modo que sirve para colar combustibles líquidos.

Mayor resistencia con menor costo ha sido siempre la meta de la industria del acero. Y a tal grado lo logró el metal, que se convirtió en vencedor indiscutido y sirvió para edificar todo el mundo moderno.

Hoy se construye un nuevo mundo. Vemos que se erigen paredes de cristal y rascacielos de hormigón armado. Hay ruedas de nilón, tuberías de plástico, latas y cobertizos de aluminio. En todas partes descubrimos nuevos materiales donde antes dominaba el acero.

Esta sustitución se produjo mientras la industria siderúrgica parecía aletargada. "De 1920 a 1929 no fue necesario buscar nuevas aplicaciones para el acero", nos explicaba un dirigente de la industria, "y de 1930 a 1940 carecíamos de dinero. De ahí en adelante, hasta después de la guerra de Corea, lo que nos faltaba era tiempo".

Pero actualmente el viejo campeón se enfrenta a cuantos le desafíen y pugna por ganarse nuevos clientes. Hasta ha aprendido mañas de las que se le creía incapaz. He aquí un ejemplo:

El aluminio, que no puede competir con el acero en ofrecer mayor fortaleza con menor costo, compite indirectamente al brindar resistencia con menor peso. Esta ventaja ha servido para introducirlo en muchas industrias nuevas, como la aviación. No obstante, los actuales aviones supersónicos llevan alas de acero, cuyos bordes son tan delgados que se tienen que cubrir con protectores de caucho para evitar que se corten los mecánicos que las manejan. Cuando se vuela a una velocidad triple de la del sonido, el rozamiento calienta las piezas exteriores del avión a más de 300°C. Sin embargo, aun a tal temperatura,

Moldeando acero en lingotes



Foto: Arthur d'Arazien

las delgadas alas de acero aguantan los golpes de martinete de un aire que, al volar en picado, las hiere a 55 kilómetros por minuto.

Y no se trata sólo de competir con los nuevos productos. El acero lucha por reconquistar las posiciones que tenía tradicionalmente. Gracias a la abundancia de nuevas técnicas, los Estados Unidos produjeron en 1961 tanto acero como en 1951, año de gran demanda por exigencias de la guerra, y lo produjeron con 115.000 obreros menos, pues en 1961 trabajaban en esa industria 523.000 y, en cambio, en 1951 eran 638.000.

El horno abierto tradicional tarda de 8 a 11 horas en producir 300 toneladas de acero. En Hamilton (Ontario) vi en la Dominion Foundries & Steel Company (Dofasco) una nueva clase de horno, del tamaño de una casa de dos pisos, que producía 135 toneladas de acero en *35 minutos*. En vez de aire, utiliza oxígeno puro pulverizado a velocidad supersónica sobre la masa fundida. El oxígeno convierte el horno en un verdadero infierno. La temperatura sube a más de 1650° centígrados y el resplandor que despide resulta cegador. Los obreros llevan gruesas gafas de cristal negro violado, pero incluso a través de ellas el hierro y la escoria se veían de un blanco tan intenso que me dolieron los ojos.

La citada acería canadiense cuenta con tres de estos hornos dispuestos en fila: mientras en uno se elabora el acero, del segundo se vacía una colada y el tercero se llena de materia prima. Los obreros apenas tienen tiempo de retirar el metal fundido antes de que la siguiente colada esté lista para salir.

Mientras todo esto sucede con el horno abierto, en otros sitios se han perfeccionado procesos igualmente asombrosos. En la acería de Armco, sale a la sección de laminado una plancha de acero incandescente como si fuera un toro entrando al ruedo. Despide rayos de luz por los costados; traspira vapores que resoplan al brotar de cada uno de sus poros. Yergue la testa y repentinamente queda apresada en una banda de acero que se la lleva retumbando y con velocidad de tren expreso.

Para ahorrar segundos se va recortando a medida que avanza. La cizalla tiene que bajar en el punto exacto sobre el acero en marcha, y con la rapidez precisa. Si cae muy de prisa, cortará por donde no debe hacerlo. Si baja muy despacio, la plancha se apilará contra la cuchilla con tal estruendo que lo oiría el gerente desde la cama. Pero hay una "cajita negra" que toma las medidas necesarias y hace los ajustes del caso. Es el regulador de la cizalla automática y realiza unas 14.000 operaciones por minuto.

Ciertos perfeccionamientos son fruto de las técnicas de nuestra era espacial. La enorme Sierra de Mesabi, en el norte de Minnesota, tiene ahora un aspecto que más la asemeja al cabo Cañaveral que a un yacimiento minero, como en realidad es. Hoy se horada la tierra con perforadores de chorro sostenidos por

patas de 15 metros de largo y tan esbeltas como las torres de lanzamiento de cohetes. Estas armazones van sólidamente empotradas en el suelo y queman el mismo combustible de los vehículos espaciales; lanzan llamas a unos 2350° centígrados contra la dura roca y abren un agujero de 12 metros de profundidad. Después se afloja la piedra con dinamita y queda lista para las palas excavadoras.

Algunos aceros se refinan en un ambiente que parece del espacio interplanetario. En las instalaciones que tiene la U. S. Steel Company en Duquesne (Pensilvania), vi vaciar el acero fundido en una enorme cámara al vacío que enrarece la atmósfera hasta hacerla semejante a la que recorren los astronautas en órbita. En Bridgeville (Pensilvania), la Universal Cyclops Steel Company forja y lamina metales en un taller de paredes de vidrio lleno de gas argón, tan inerte que no se combina con nada, es decir, que no contamina al metal.

El objeto de estas extravagantes operaciones es producir un metal tan puro que hasta su más diminuta partícula sea igual a todas las demás. El acero común contiene siempre sustancias extrañas que, aunque de tamaño microscópico, debilitan su consistencia. Generalmente los ingenieros tienen esto en cuenta y lo compensan con un margen de seguridad en las construcciones. Cuando lo que se arriesga es la vida, pueden exigir el doble del acero necesario para determinada función, pero llevar tal exceso de peso resultaría demasiado costoso en un avión de reacción o en un proyectil espacial. Mediante las técnicas de esta era del espacio se logra la pureza absoluta y se evita tener que cargar pesos excesivos.

¿Qué significarán para el mundo los perfeccionamientos que se introducen en las acerías? Uno de los nuevos productos es un acero que posee la resistencia de una plancha de blindaje y que puede venderse a un precio conveniente comercialmente. (La plancha de acero tradicional para blindajes resulta demasiado cara en aplicaciones comunes.) Hoy puede verse en todas partes: en carrocerías para camiones, en máquinas excavadoras, en una presa reciente de Suiza, en un rascacielos de Pittsburgo y en el nuevo puente del estrecho de Carquinez en San Francisco, en cuya construcción se gastaron 800.000 dólares menos de lo que hubiera costado sin la nueva plancha.

Una pala más duradera y liviana para excavadoras; un tren de aterrizaje más resistente para los gigantescos aviones de propulsión a chorro; un rascacielos que descansa sobre esbeltas y elegantes patas: todos estos son ejemplos de lo que puede ofrecer al mundo la revolución del acero.

También hubo un enorme cambio en la vida de quienes fabrican el acero. "Puedo decir, juzgando por la intensidad de su color rojo, si el acero se halla a 1080 o a 1090 grados", me dijo el capataz de una ace-

ría; "soy capaz de medir de un vistazo espesores hasta de un cuarto de milímetro, pero eso ya no sirve para nada. Hoy ya no se requiere tanta pericia humana para fabricar el acero. Todo eso se hace con tarjetas electrónicas perforadas".

En las enormes y más modernas acerías hay gigantescas máquinas de feroz aspecto, alineadas unas junto a otras a lo largo de varios kilómetros. Bajo inmensos techos, oscurecidas sus moles por el humo, atruenan de día y de noche durante toda la semana.

Hay trenes que marchan rechinando entre una y otra hilera de máquinas. Enormes grúas ruedan sobre rieles elevados, aullando como las sirenas en la niebla mientras avanzan con sus colosales crisoles repletos de chisporroteante e hirviente metal. Se escucha una terrible barahúnda regulada con la más pasmosa precisión.

En la acería de la Great Lakes Steel me tocó atravesar en medio de una batahola infernal hasta enterarme de que me hallaba solo, rodeado de máquinas. Subí unas escaleras para llegar a lo que llaman un "púlpito", y allí, por fin, pude ver un ser humano. Estaba sentado, en un ambiente de maravilloso silencio, mirando desde la ventana de un cuarto con clima artificial y atestado de cuadrantes, reguladores y calculadoras. Lo que no alcanzaba a ver por la ventana podía apreciarlo mediante cámaras de televisión. Y lo que las cámaras no lograban mostrarle, se lo indicaban unos dispositivos de radar. De cuando en cuando movía un regulador, hacía girar una rueda o lanzaba un vistazo al informe que iba presentando, a una velocidad tremenda, la cinta de una máquina impresora dirigida por una calculadora.

Desde la ventana vi una plancha de acero de unos nueve metros de largo y algo más de 25 centímetros de espesor, con peso de 26 toneladas, deslizándose hasta un horno. La puerta se abrió; un brazo de acero agarró la plancha y la metió en la cuba. La plancha entró empujando a otra de igual tamaño hasta expulsarla por el lado opuesto.

Esa plancha había permanecido en el horno dos horas y media calentándose hasta los 1230° C. En los siguientes dos minutos y medio avanzó 800 metros y quedó de más de 800 metros de longitud. En realidad, su largo se hizo 100 veces mayor, mientras el espesor se redujo a una centésima parte. Entre tanto, había sido descostrada, machacada, sometida a estrepitosos golpes, prensada, recalcada, mojada, enfriada, recalentada, vuelta a enfriar, enrollada y expulsada lista para despacharla: todo ello mediante operaciones que se sucedieron automáticamente. Con el tiempo el proceso íntegro de fabricación del acero estará dirigido por calculadoras que regularán hasta el funcionamiento de la última máquina.

En Homestead (Pensilvania), vi en el piso de una acería a un hombre que caminaba de un lado a otro entre tan tremenda confusión y que

llevaba el pecho cubierto por una especie de tablero lleno de botones pulsadores.

Era difícil percatarse de sus verdaderas funciones, pero pronto observé que un poco más allá había una especie de máquina rasadora que aparentemente funcionaba sin que nadie la guiara y que seguía avanzando y retrocediendo, empujando la escoria incandescente y apilándola para cargarla en camiones hechos con la nueva chapa blindada. El operario controlaba la máquina con los botones de su tablero.

Tenía ante mí toda la revolución: una nueva clase de acero que se produce de una manera nueva y con rapidez tal que no permite ni siquiera que se enfríe la escoria antes de obligarla a desocupar el espacio que ocupa. Todo un nuevo mundo está a la espera de ser construido, y los técnicos siderúrgicos están empeñados en que se construya, como el nuestro, de acero.



Caricaturas

El anfitrión de una fiesta muy concurrida, a una pareja de recién llegados: "Me alegro de que hayan venido. No sabía que les debiéramos una invitación". — Galbraith

Una enfermera a otra, ante el mostrador donde venden tarjetas de felicitación: "Nunca gasto más de 25 centavos para saludar a un convaleciente, a menos que esté desahuciado". — F. F.

Una chiquilla adolescente, en una papelería: "Quisiera cambiar este diario de 1962 por uno de 1963. No me sucedió nada". — B. L.

El oficial de reclutamiento, al recluta: "Y otra ventaja de reengancharse en el ejército es que se acaba de una vez por todas la preocupación de que lo van a llamar a uno como reservista". — Lichty

El hermano menor, al recibir al pretendiente de su hermana: "¡Adelante! Ella está tejiendo sus redes allá arriba". — Shirvanian

Una dama automovilista a otra, en la gasolinera, al ver que le ponen aceite al coche: "Que haya que ponerle gasolina, convengo; pero lo del aceite sí me parece un engaño". — D. T.

La esposa, al marido que sufre los efectos de una noche de farra: "¿Qué quieres de desayuno: huevos fritos, revueltos o intravenosos?" — B. B.



Los noviazgos modernos: ¿una falsa ilusión?

El noviazgo y los galanteos a la manera occidental tienen sus ventajas, pero también sus inconvenientes y sus peligros.

Por Ernest Havemann

Condensado de "Life"

Desde que los seres humanos comenzaron a acumular propiedades y a ganar prestigio social, han tratado de preservar y aumentar sus adquisiciones mediante el matrimonio.

El matrimonio arreglado por los padres fue una de las primeras costumbres adoptadas por quienes comenzaron a prosperar en el mundo. Hacia las postrimerías del siglo XIX calculábase que en Europa, de cada diez matrimonios, nueve eran uniones de conveniencia práctica. A pesar de que la segunda guerra mundial ha mitigado tal costumbre, el matrimonio concertado entre familias se practica todavía en muchas partes de Europa, Iberoamérica y el Oriente.

Entre nosotros el matrimonio concertado entre familias se juzga por algunos desfavorablemente. Por lo general creemos que es ley natural

el que jóvenes y jovencitas tengan libertad de tratarse en la escuela y en fiestas o encontrarse en la esquina de una calle, verse a solas y enamorarse, y después correr al altar con la aprobación paterna o sin ella. Las pobres muchachas que se ven obligadas a casarse contra su voluntad son objeto de nuestra compasión. Sin embargo, el Dr. David Mace, director ejecutivo de la Asociación de Consejeros Matrimoniales de los Estados Unidos, en su ensayo intitulado *El matrimonio en el Oriente y el Occidente*, dice que muchas de las "víctimas" de estos matrimonios parecen muy satisfechas. En verdad, las muchachas del Extremo Oriente compadecen a las jóvenes occidentales al observar los usos del Occidente en cuanto a cortejar a la mujer. Juzgan indigno y desdoroso eso de que una muchacha se vea obligada a conquistarse marido por sí sola en libre competencia, a engalanarse y coquetear con la esperanza de atraérselo. La hija del tradicional matrimonio chino sabía que era sagrado deber de sus padres encontrarle compañero de vida, y crecía en la confianza de que ellos sabrían dar cabal y prudente cumplimiento a tal deber.

Bien puede ser que la literatura oriental contenga mayor número de relatos sobre matrimonios felices, de análisis de los tiernos sentimientos que unen a marido y mujer, que la literatura occidental. Quizás el Oriente haya estado en lo justo al creer que eso de buscar un buen cónyuge es tarea demasiado difícil e importante para confiarla a la juventud.

En nuestras sociedades occidentales donde se deja a los jóvenes valerse de sus propios medios y enamorar a quien les plazca, abrigan éstos la certeza de que algún día su ideal de cónyuge aparecerá en su camino y que entonces sabrán que se han enamorado.

¿Qué significa eso de *enamorarse*? Aunque la palabra *amor* es una de las más antiguas del lenguaje humano, la Biblia y ciertas obras clásicas como la *Odisea* nos muestran que en épocas remotas más se aplicaba a Dios, a la patria, a los padres y hermanos, que a los esposos. Ese amor romántico que se supone ha de sentir un hombre por una doncella, fue inventado en los tiempos de los caballeros andantes ... y aun entonces se consideraba como emoción demasiado pasajera y efímera para que pudiera servir de base para una empresa tan importante como el matrimonio. Hasta hace poco tiempo, no era mucha la gente que creía en tal sentimiento.

Hoy, el "enamorarse" es lance común a todos, o por lo menos esperanza que todos abrigan. Sin embargo, la mayoría de las autoridades en cuestiones matrimoniales están de acuerdo en que las ideas exageradamente románticas que se tienen sobre el amor, causan probablemente más aflicciones que dichas. Muchas jóvenes que no tienen atractivos especiales ni personalidad, que apenas han logrado pasar la escuela

primaria, viven esperando un Príncipe Azul, un tipo cinematográfico que llegue en su busca y las lleve a su palacio. Muchos jóvenes, también, permanecen indiferentes a los encantos de alguna jovencita afectuosa, sensata e inteligente, sólo por que no les hace sentir lo que Rhett Butler sintió por Scarlett O'Hara.

Los padres que permiten que sus hijos aún muy jóvenes contraigan compromisos sociales en que alternen con miembros del sexo opuesto, quizás busquen proporcionarles las oportunidades y alegrías que sus mayores no disfrutaron. Desgraciadamente, con ello tal vez estén haciendo a sus hijos un servicio más flaco de lo que se figuran.

Las relaciones entre adolescentes distan mucho de constituir un goce perfecto. Sucede a menudo que alguna pareja de jóvenes descubre que ha estado frecuentando el trato de una sola persona, sin pararse a pensar que ambos se aburren mutuamente lo indecible. Llega el momento en que los dos desean romper esas relaciones. Para algunos, dar este paso constituye un doloroso acto de independencia para cuya ejecución carecen del valor y tacto necesarios. Y, cuando al fin llega el rompimiento, se convierte algunas veces en tragedia para uno de ellos o para ambos, tragedia ésta que, puesto que comenzaron a tener amores en su temprana juventud, puede repetirse varias veces. Dice el Dr. Carlton Broderick: "Los padres de ahora parecen creer que los amores entre jóvenes son una experiencia espléndida y gozosa. Pero con frecuencia nada tiene de gozosa".

Sin embargo, sociólogos menos pesimistas creen que la práctica de que un joven y una chica den en salir uno con otro exclusivamente, a pesar de las fallas de que tal práctica adolece, es la única forma que permite a la juventud conocerse y apreciarse mejor, adquirir experiencia y llegar a escoger al cónyuge idóneo.

De resultas de tales tanteos, cuando los jóvenes de ambos sexos alcanzan la edad del matrimonio, parecen haber dejado atrás los más de sus errores. De algún modo, el serio estudiante de leyes, por ejemplo, se da cuenta de que haría mejor en renunciar a casarse con la muchacha que no es de su clase, que lo halaga con su coquetería pero insiste en usar un suéter demasiado ceñido y en echarse encima un frasco de perfume.

De hecho, la principal censura que los sociólogos hacen a la costumbre de los jóvenes de dedicarse a una sola persona con la que salen constantemente, es que con ello evitan tratar a otras y que, estando demasiado mareados por sus ideas románticas, al elegir cónyuge no proceden de manera sensata y prudente.

El Dr. Clifford Kirkpatrick, sociólogo de la Universidad de Indiana y autor del celebrado libro de texto *La Familia*, opina que el cortejar puede considerarse más bien como una especie de regateo: los

jóvenes salen al mundo en busca del mejor cónyuge a que los propios méritos les den derecho. Muchos jóvenes apuntan demasiado alto y se muestran eternamente insatisfechos. Pero sorprendente número de ellos terminan por contentarse con alguien que está por debajo de lo que podrían alcanzar.

Idealmente, el noviazgo exige que las partes interesadas se juzguen una a otra con detenimiento, serenidad y prudencia. Porque por sí solos los atractivos físicos y el encanto personal constituyen débiles cimientos para un matrimonio que, si todo marcha bien, debiera durar 50 años o más. Conviene ver al posible cónyuge en circunstancias tan diversas como sea posible, sobre todo difíciles y despojadas de todo halo encantador, y conocer bien a su familia y amistades, las que a menudo son más reveladoras del carácter de una persona que ésta misma.

Este consejo podrá antojarse duro, pero produce mucho mejores resultados que la romántica ilusión de que nos bastará una mirada para reconocer al compañero que nos haya reservado el destino.

Muñequero. Los muñecos más populares de la actualidad no se pueden comprar: uno mismo los inventa, según informa la revista *Time*, de Nueva York, en un número reciente.

Hay un muñeco que imita a Fidel Castro: al darle cuerda se vuelve rojo. Otro emula a Kruschef: amenaza con enterrarlo a uno. El muñeco existencialista no tiene piezas movibles. Hay una muñeca que representa a Brigitte Bardot: al ponerla a funcionar deja caer la toalla.

Decisivo

A UN matemático le intrigaban los pronósticos del tiempo de la oficina meteorológica de San Francisco, que traían conjeturas tales como "probabilidades de lluvia: 7 a 3". Un día llamó por teléfono para preguntar en cuál de las teorías de probabilidades se basaban para llegar a esas cifras. Con un suspiro, el meteorologista le contestó: "Señor mío: aquí en la oficina hay 10 empleados; si siete de ellos opinan que va a llover y los demás dicen que están locos, son 7 contra 3, ¿no?"

—H. C.

UN AMIGO nuestro se molesta mucho cuando cualquier persona extraña acaricia la cabecita a sus hijos gemelos y pregunta: "¿Son mellizos?" Cree, sin embargo, haber encontrado la respuesta perfecta: "No, señora; es que tengo dos esposas".

—P. E.

¡Ah, las estadísticas!

"Si se ponen en fila . . ."

Por Stephen Leacock

Condensado de "Literary Lapses"



Como iban sentados enfrente de mí en el vagón del tren, yo podía oír todo lo que hablaban. Eran, evidentemente, desconocidos que habían trabado una conversación casual. Pero ambos tenían el aspecto de hombres que se consideraban a sí mismos grandes cerebros, pues se veía claramente que cada uno hablaba bajo la impresión de que era un pensador maduro.

Uno de ellos había dejado sobre las rodillas un libro que estaba leyendo.

—Acabo de leer unas estadísticas realmente interesantes —dijo al otro pensador.

—¡Ah, las estadísticas! ¡Cosa maravillosa las estadísticas; sí señor! Yo también soy muy aficionado a ellas —repuso su compañero de asiento.

—He visto, por ejemplo —prosiguió el primero— que una gota de agua está llena de pequeñas... de pequeñas... no me acuerdo cómo se llaman... pequeñas... cosas, y que cada centímetro cúbico contiene... contiene... a ver si me acuerdo...

—¿Un millón? —apuntó su interlocutor para ayudar.

—Sí, un millón... o quizá mil millones... pero, en todo caso, una enormidad.

—¿Es posible? —dijo el otro—. Realmente, ¿sabe usted?, en el mundo hay cosas asombrosas. Por ejemplo, el carbón...

—¡Ah! el carbón; sí, veamos el carbón —dijo su amigo, arrellanándose en el asiento con el aire de un gozador del intelecto próximo a darse gusto.

—¿Sabe usted que cada tonelada de carbón consumida por una locomotora arrastra un tren de... de... se me ha olvidado la longitud exacta, pero pongamos por caso un tren de una longitud equis, con un peso de . . . equis toneladas, desde... ¡ay!, en este momento no re-

cuerdo la distancia exacta... lo arrastra desde...

—¿Desde aquí a la Luna? —sugirió su interlocutor.

—Sí, muy probablemente; de aquí a la Luna. ¿No es fantástico?

—Sin embargo, el cálculo más estupendo de todos, amigo mío, es el que se refiere a la distancia de la Tierra al Sol. Realmente, una bala de cañón, disparada hacia el Sol...

—Eso es, disparada hacia el Sol —asintió el otro con aprobación, como si lo estuviera viendo todos los días.

—...y viajando a razón de... de...

—¿De tres centavos por kilómetro? —indicó su compañero.

—No, no me entiende usted, me refiero a velocidad... pero avanzando a una tremenda velocidad, simplemente tremenda, señor mío, necesitaría cien millones... no, cien mil millones... creo... en una palabra, necesitaría un tiempo infinitamente largo para llegar a su destino...

Y al llegar ellos a este punto, no pude aguantarlos más y huí a refugiarme en el salón de fumar.



Asuntos domésticos

El finado filántropo Albert Lasker tenía una sirvienta muy adicta llamada Nancy. Un día en que la sirvienta estaba arreglando la ropa de su amo, le preguntó a la señora: "¿Cuánto tiempo hace que estamos casadas con el señor Lasker?"

— John Gunther, en *Taken at the Flood* (Editores: Harper)

El poeta y ensayista Sir Osbert Sitwell se encontraba cierto día en su biblioteca trabajando en la preparación de un libro. Por la puerta cerrada alcanzó a oír la conversación de dos domésticos:

—¿Está ocupado el señor?

—No. Sólo está escribiendo.

— Gerald Moore, en *Am I Too Loud?* (Editores: Macmillan)

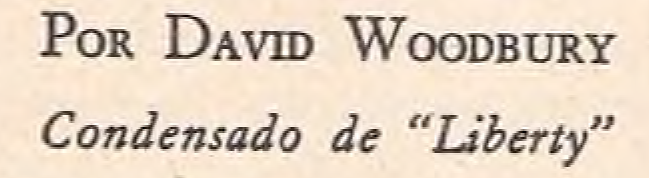
Cuando yo era joven, mi padre, Arthur Hays Sulzberger, editor del *Times* de Nueva York, me parecía tan atrayente que una vez le pregunté a mamá si era "de los que regalan joyas a las coristas". Teníamos una sirvienta que aparentemente compartía mi opinión sobre la gallardía de mi padre. Una noche mientras cenábamos llamaron por teléfono. Nora tomó la razón e informó a papá que lo solicitaba una señora que decía haber sido su condiscípula y preguntaba si era casado. Mirando a su esposa y cuatro hijos, papá le preguntó a Nora qué había contestado. Ella repuso: "Le dije que esa era una pregunta que tendría que contestar usted mismo".

— Ruth Golden, en *Times Talk*

¡Salven a mi hijo!

Los médicos habían perdido toda esperanza, pero el padre sabía que alguien, en algún lugar, podría evitar la muerte de su hijo. Momentos impresionantes y decisivos en la historia de la medicina.


Jim Havens


POR DAVID WOODBURY

Condensado de "Liberty"

JIM HAVENS estaba recostado sobre el sofá, contemplando el comedor donde comían sus padres, su hermano y hermanas. Su padre lo miró cariñosamente; sabía que aquel hijo sufría el tormento del hambre.

Jim no podía comer, porque padecía diabetes, insuficiencia química del páncreas que trastorna al organismo con el azúcar que no puede quemar. Era el mes de mayo de 1922; Jim tenía apenas la edad del siglo. El Dr. John Williams, médico de cabecera, había tratado diabéticos durante algún tiempo y ensayó todos los métodos conocidos hasta entonces por la medicina con la intención de curar o contener la enfermedad de Jim. Finalmente, tuvo que admitir que estaba derrotado. El padre de Jim, James Havens, jefe del departamento jurídico de la compañía Eastman Kodak, de Rochester (Nueva York), había buscado en todos los Estados Unidos informes sobre algún tratamiento prometedor, sin encontrar nada.

Durante ocho años, Jim se fue consumiendo lentamente por la dieta de hambre que entonces era el único recurso para prolongar la vi-

da de un diabético. Aun así, había aguantado más tiempo que la mayoría de los diabéticos jóvenes, que morían generalmente al cabo de uno o dos años de enfermedad.

A los 14 años, Jim Havens mostró grandes deseos de ser artista y parecía estar bien dotado para ello. Pero ya no le importaba ni el arte ni nada. Demasiado débil para sostener un libro siquiera, yacía inmóvil sobre el sofá de la estancia, agonizando silenciosa y lentamente. La familia, con afligida resignación, se turnaba para consolarlo cuando se retorcía por los dolores que le ocasionaban los nervios, afectados mortalmente, de sus brazos y piernas. Todos, excepto su padre, pensaban que pronto moriría. Para el señor Havens, los problemas eran algo que debe resolverse, no dificultades que han de aceptarse como tales. Rara vez pasaba día sin que hablara de la diabetes a sus amigos y conocidos, con la esperanza de aprender algo nuevo.

Un día, cuando Jim parecía estar próximo al fin, el gerente de la casa Kodak de Toronto, un escocés rollizo llamado George Snowball, entró en la oficina de Havens. Automáticamente, Havens le preguntó si conocía a alguien en el Canadá que estuviese experimentando algún remedio contra la diabetes.

Snowball movió la cabeza negativamente. Apenas sabía lo que era la diabetes. "Pero hablaré con un compañero del golf", prometió. "Está en la escuela de medicina. Quizá sepa algo".

El compañero de juego de Snowball era el Dr. John Macleod, jefe de la sección de fisiología de la Universidad de Toronto. La primera ocasión en que lo vio en el campo de golf, Snowball le dijo:

—John, ¿no tendrás algún colega que se dedique a investigar la diabetes?

—Venimos estudiando el problema desde hace años —contestó— pero hasta ahora no hemos podido resolverlo.

Mas George Snowball era perseverante. Con un tesón nacido de su ignorancia fue a la universidad y comenzó a hacer preguntas. Por fin supo que Frederick Banting y su ayudante Charles Best, investigadores del equipo del Dr. Macleod, habían ensayado con buenas perspectivas un medicamento contra la diabetes. Era un extracto de páncreas de perro al que dieron el nombre de "insulina".

Animado por la noticia, Snowball preguntó al Dr. Banting si podría ensayar el remedio con el hijo moribundo de un amigo suyo de los Estados Unidos. Pero Banting no quería comprometerse. Admitió que se habían aplicado a seres humanos algunas dosis de prueba, y que los primeros resultados indicaban que iban por el buen camino. Pero añadió que, para administrar un tratamiento nuevo, hay que estar muy seguro de sus consecuencias.

Sin embargo, Snowball telefoneó a Havens y le dio la noticia. Éste, a su vez, corrió al consultorio del Dr. Williams.

—¿Sabe usted algo de los trabajos de Banting y Best en Toronto?

Efectivamente, el médico conocía un trabajo sobre diabetes leído por el Dr. Macleod, en la Universidad de Yale, en 1921.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo?

—No quise hacerle concebir ilusiones falsas —replicó Williams—. ¿Qué habría sido de mí si ensayara todos los procedimientos que se inventan, antes de saber que está comprobada su eficacia?

—Hay algo llamado "insulina" —contestó Havens rápidamente—. Quizá salve a Jim. ¡Consígala!

A la tarde siguiente, Williams fue a ver a Jim. Había ido rápidamente a Toronto para convencer a Banting y a Best de que le dieran una pequeña cantidad del preciado líquido. No estaba muy seguro del remedio, y las modestas apreciaciones de los jóvenes investigadores tampoco lo alentaron mucho. La familia esperó silenciosamente mientras el médico descubría el brazo del enfermo para inyectarlo. A la mañana siguiente, Williams le aplicó otra pequeña dosis. Midió el azúcar de Jim. No había disminuido.

Snowball pasó a ver a James Havens a la siguiente semana y se asombró al oír lo que le dijo:

—Creo que no hay nada que hacer.

—¡Pero si esos muchachos han salvado varias vidas! —replicó Snowball.

De repente, Havens se puso de pie.



Alionín y candelaria

—¡George! —gritó—. ¡Trae aquí a uno de esos jóvenes!

Snowball buscó a Banting en Toronto y le rogó que fuera a Rochester. Al principio se negó Banting. Trabajaba todo su tiempo en normalizar el extracto de páncreas.

Pero Snowball recurrió a su sicología:

—El médico de la familia Havens ensayó su preparación —le dijo inocentemente— y no sirvió. Allá creen que no es más que otro fracaso.

Banting recogió el guante:

—Muy bien —contestó—. Iré. Pero tendrá que prestarme para el pasaje. He invertido todo mi dinero en este trabajo.

En casa de los Havens, Banting ordenó que le inyectaran al enfermo una dosis mayor de insulina. "Póngale un centímetro cúbico ca-

Grabado: Museo Metropolitano de Arte (1947)

da dos horas hasta que le haga efecto". Vigilado por la mirada perspicaz de Banting, Williams puso la primera inyección. Esperaron dos horas durante las cuales hablaron poco. Luego repitió la dosis.

Siguieron inyectándole hasta medianoche. Después, Williams fue a su casa y el canadiense aceptó acostarse un rato. Se levantó de madrugada. Cuando regresó Williams, encontró a Banting frente al fregadero de la cocina, agitando un tubo de ensayo y observando atentamente su contenido. "Creo que lo hemos conseguido", dijo. "Jim Havens ya no tiene azúcar".

Williams clavó la vista, atónito, en la solución azul clara del tubo. Era la primera prueba negativa de Jim en ocho años.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Banting a Jim.

El muchacho lo miró fijamente. ¿Por qué iba a sentirse de otra manera?

—Procura sentarte —dijo Banting.

Jim titubeó; luego, poco a poco, se fue irguiendo. "¡Sí puedo!" exclamó. "¡Me siento mejor!"

Era la sensación milagrosa que posteriormente habrían de experimentar millones de personas. Esa noche Jim comió verdaderamente. En el lapso de una semana el muchacho pudo comer como todo el mundo y recuperó su vigor. Dejaron de dolerle las piernas y se puso otra vez a dibujar.

Todavía faltaba mucho para que Jim se recuperase, y habría de soportar muchos dolores aún debido a que los médicos, en aquellos primeros ensayos, tenían que luchar con la escasez de insulina y con sus graves efectos secundarios. Pero al fin, antes de acabarse el año, el Dr. Williams pudo decir a Havens: "James, ¡hemos triunfado!"

Conocí a Jim Havens unos diez años después, cuando él y su esposa tomaban clases de pintura en el curso de verano que daba mi padre en la costa de Maine. Jim estaba delgado, pero era tan vivaz como un saltamontes. "Fue uno de mis mejores discípulos", dijo después mi padre. "Tenía facultades, con la inteligencia y la voluntad necesarias para aprovecharlas".

En los años siguientes, los médicos de todo el mundo supieron del caso de Jim y se maravillaron de que estuviese dominada su diabetes. Pero, además, aquel joven menudo se convertía rápidamente en una figura importante del mundo artístico. Con sus exquisitos grabados en madera trasmitió su recién descubierta alegría de vivir, difundiendo el encanto de todo lo que le rodeaba: los bosques, los pájaros, la nieve en los tejados, los trazos invisibles del viento en el cielo. Pronto sus obras iban a estar en el Museo Metropolitano de Nueva York, en la Biblioteca del Congreso de Washington y en las galerías de arte de todo el país.

Pero el ejercicio constante de sus buriles no era el único acto de gratitud de Jim. A instancias del Dr.



Pastos en llamas

Williams se convirtió en conejillo de Indias para perfeccionar el medicamento. Al principio, hubo que mantener en secreto el caso de Jim, ya que había poca insulina disponible. Las primeras partidas se enviaron por conducto de un amigo, mozo del coche cama de Toronto, o de un servicial camarero de un trasbordador del lago Ontario. El padre o las hermanas de Jim esperaban la llegada del tren o de la embarcación y llevaban rápidamente el paquete a casa. Jim se dejaba inyectar estoicamente el nuevo producto y soportaba todos los dolores o trastornos que pudiesen sobrevenirle, mientras los médicos observaban.

Después de algunos meses pudo adquirirse la insulina en los Estados Unidos, y Jim Havens recibió, por medio de su médico, una de las primeras que se fabricaron en ese país. Por aquel entonces se aplicaba ya la hormona a un número cada vez mayor de diabéticos. Con el tiempo, los hombres de ciencia producían una serie de insulinas obtenidas de la glándula pancreática de la oveja, más seguras, más baratas y adaptables a las variadas necesidades de los distintos enfermos.

Jim Havens murió de cáncer a la edad de 60 años. El gran regalo de 38 años de vida que le dio Banting* lo empleó para compartir con millares de personas su disfrute de la Naturaleza.

Uno de sus más fieles admiradores fue el Dr. Elliot Joslin, que llegó a ser la primera autoridad en diabetes en los Estados Unidos. Cuando murió Jim, escribió así a su viuda: "¡Qué admirable vida la de su esposo! No sabe usted cuánto ha servido su ejemplo para el bienestar de miles de diabéticos".

---

* Nombrado caballero en 1922, con el título de Sir Frederick Banting, obtuvo en 1923 el Premio Nobel junto con los doctores Macleod y Best, por haber descubierto la insulina.

Grabado: Museo Metropolitano de Arte (Donado por James Havens, 1950)

María Estuardo, última reina de Escocia

Rodeada, aun en vida, de un halo de leyenda, María Estuardo llevó una existencia agitada y romántica en que la acompañó siempre la tragedia.

POR DONALD CULROSS PEATTIE

MARÍA ESTUARDO, reina de Escocia y de las Islas, era mujer que, ya quitándose una media, ya calándose una armadura, hacía enloquecer a los hombres.

Nació en 1542 en el palacio de Linlithgow, cerca de Edimburgo, poco antes de morir su padre, Jacobo V de Escocia, y muy pronto supo de la realeza de su cuna: desde que, cuando niña, jugueteaba a la breve luz del sol y a las largas sombras de uno tras otro de varios castillos de Escocia. En efecto, siempre se vio rodeada por el temor de que la secuestrasen por su calidad de pieza peligrosa y futura reina en el ajedrez político y religioso en que se jugaba el trono.

Reinaba entonces en Inglaterra el panzudo y enjoyado Enrique VIII, que consideraba a María a la vez pupila y prisionera suya y quería casarla con Eduardo, su enclenque heredero. Los grandes señores protestantes de Escocia, por su parte, querían mantener a María en virtual cautiverio, ya que, por ser de linaje católico, no merecía su aprobación. Fue así como, ya desde su infancia, debió ser llevada en secreto y durante la noche de una residencia a otra que ofreciera más seguridad. Fue así también, en la fuga y el temor, como se originó la audacia que moldeó la vida de María Estuardo.

Sus grandes ojos negros, su exquisita blancura y su rubia cabelle-



"María, reina de Escocia", miniatura del siglo XIX por William Bone, basada en un retrato original del siglo XVI propiedad de Lord Salisbury.

ra, que habría de tornarse más oscura con el tiempo, hicieron de ella desde temprana edad una figura romántica. Tenía seis años cuando su madre, María de Guisa, astutamente decidió hacerla salir de la sombría y desalmada Escocia y enviarla a su propia patria, Francia. Allí, en medio de la elegancia y las diversiones de una corte famosa por su lujo y su alegría, la gracia y hermosura de la niña fueron en aumento. Entre sus compañeros de juego tenía al Delfín, un año menor que ella y, al cumplir María los quince, sus mayores casaron entre sí a los

Cuadro reproducido con el permiso de los síndicos de la Colección Wallace.

dos niños. Poco después el rey de Francia era muerto en un torneo, y María Estuardo hallose convertida en reina de Francia al subir al trono su joven esposo, Francisco II.

Pero unos tres años más tarde moría Francisco II, víctima probablemente de una infección mastoidea, y María quedaba viuda a los 18 años de edad. Su madre política, la poderosa Catalina de Médicis, deseaba verse libre de ella, y no le quedó a María otro recurso que volver a Escocia. Así pues, en 1561 embarcó para su tierra natal, donde le aguardaba un trono vacío y una legión de enemigos. Nunca se vieron en Escocia tantas riquezas como María llevó consigo: tapices franceses, alfombras turcas, monedas de oro, y cofres llenos de joyas exquisitas. Llevó asimismo una guardia personal de caballeros y soldados, muy reducida para protegerla de sus enemigos, mas demasiado numerosa para no suscitar la envidiosa enemistad de los escoceses al hallarla en su propio suelo.

Como bisnieta de Enrique VII de Inglaterra, la joven viuda también tenía derechos sobre ese trono, ocupado entonces por su prima, la resplandeciente y astuta Isabel I, que estallaba en tormentas de mal disimulados celos a la sola mención de la encantadora María Estuardo. Entre ambas reinas existió siempre una feroz rivalidad, y en cuanto una se enteraba de que alguien había visto recientemente a la otra, le preguntaba quién le parecía la más bella, quién era la que más admiraciones masculinas conquistaba por su sola persona. Desde luego, María habría salido triunfante en esas comparaciones . . . si fuera misión de la diplomacia el decir la verdad a una mujer.

Aquella mañana neblinosa de 1561 en que María llegó a Edimburgo, recibió una apresurada y no muy sincera bienvenida de varios de los lores escoceses. Su primera conversación con Juan Knox, el barbado y austero jefe de la Iglesia de Escocia, le hizo ver que el ser católica la hacía aborrecible a sus súbditos protestantes. Así se lo dijo Knox claramente, hasta con rudeza, y él fue probablemente el único hombre que le habló a María con tanta franqueza en toda su vida. La amarga verdad arrancó ardientes lágrimas a la joven reina, como también la hizo comprender que era una extraña en su propia patria. Jamás habría de desarmar la hostilidad del poderoso e implacable Knox.

Desde un principio, María atrajo a los hombres con su belleza, don tan peligroso para ella misma, como para los hombres que la rodeaban. Tiempo era, amigos y adversarios convinieron, en que soberana tan peligrosamente atractiva se casara de nuevo. Por el bien de la dinastía de los Estuardo, ella se mostró dispuesta a casar con Felipe II, a la sazón rey de España, ya que esto duplicaría su real calidad. Sin embargo, su prima Isabel a nada temía más que a la posibilidad de tener en la frontera norte de su reino

al poderoso monarca hispano.

Mañosamente, envió a Escocia a un joven apuesto, aunque de rostro algo femenino, llamado Enrique Estuardo, Lord Darnley. Era, según él mismo aseguraba, de cuna escocesa y tenía sangre lo bastante real para el caso, a más de ejercer cierto encanto sobre las mujeres. De modo que la joven y solitaria María se sintió cautivada por él, tal y como Isabel lo esperaba. Así pues, se casaron en el palacio de Holyrood, en Edimburgo. El hijo que tuviesen sería heredero indiscutible no sólo de la corona de Escocia, sino también de la inglesa. Sin embargo, Isabel conocía la debilidad de carácter de Lord Darnley y contaba con ella como un elemento a su favor.

Al estallar la primera rebelión de los lores protestantes contra María, la joven no vaciló en vestir la fría cota de malla bajo el terciopelo y las pieles. Cubriendo con un casco de acero sus blondas guedejas y colgándose una pistola a la cintura, montó a caballo para lanzarse al frente de sus tropas por los páramos azotados por la lluvia. Los sublevados se dispersaron rápidamente; algunos se entregaron, y Juan Knox huyó al condado de Ayrshire.

Pero Darnley, sin contentarse con los títulos y regalos que María le daba a manos llenas, se dejó arrastrar a una conspiración por la que debía conquistar superioridad sobre ella. El romántico hechizo que ejercía en la joven se desvaneció cierta noche en que, mientras él le tenía las manos, los lores en quienes ella había confiado obligaron a David Rizzio, su secretario y consejero, a levantarse de la misma mesa de la Reina, le arrastraron lejos de allí y le dieron 56 puñaladas. Al ver la sangre de Rizzio en el piso del palacio de Holyrood, la Reina comprendió por fin la verdadera personalidad de Darnley.

Entonces sólo pensó en vengarse. Estaba resuelta a quitarles la vida a todos los asesinos de Rizzio. Con tiernos halagos logró hacer que Darnley le revelase los detalles de la conspiración. Ya los conjurados tenían a ambos virtualmente prisioneros en el palacio; pero una noche, María y Darnley lograron escapar por un pasaje subterráneo, y al llegar a campo abierto él quiso huir a toda carrera, mientras la Reina, que estaba encinta, le pedía que avanzaran lenta y cautelosamente en sus impacientes cabalgaduras.

—¡Podemos tener otro hijo! —exclamó Darnley en la crueldad de su cobardía.

Apretando los dientes, María le respondió que siguiera solo y salvara su vida, y él así lo hizo, dejando a su esposa y su futuro heredero a merced de los enemigos de la Reina.

Un hombre que había defendido temerariamente la causa de María era el conde de Bothwell. Conocido como raptor de mujeres y niñas y como ladrón, era hombre corpulento, audaz, y duro hasta la brutalidad, pero leal a los Estuardo. Fue él quien en esta ocasión reunió un ejército para recobrar el palacio a nombre de su soberana.

Isabel estaba danzando después de la cena en su residencia de Greenwich, en Inglaterra, cuando un mensajero, despachado en triunfal misión por María, se abrió paso entre los bailarines y murmuró al oído de la Reina la noticia de que su prima había dado nacimiento a un futuro rey. Isabel ordenó que cesara la música y, presa de furia y decepción, se retiró a su cámara: Isabel nunca podría tener un hijo, y ella lo sabía.

Un día de diciembre de 1566, era bautizado en el castillo escocés de Stirling, en medio del esplendor y del fausto, el principito que habría de ser un día Jacobo VI de Escocia y Jacobo I de Inglaterra. Su madrina, la reina Isabel, no se dignó asistir, y el propio padre, aunque se hallaba en el castillo, se encerró, mohíno, en sus habitaciones. Pues ya Bothwell ocupaba tan inconfundiblemente el lugar de favorito, que fue él quien recibió a los invitados a la ceremonia, mientras María, tan resplandeciente como los centenares de bujías que iluminaban la escena, se mostraba, en esos difíciles momentos, serena y sonriente, como la victoriosa madre del heredero de dos coronas.

En lo íntimo, empero, se sentía terriblemente desdichada, y esa noche hubo quienes la oyeron sollozar en su lecho:

—¡Ojalá me muriese!

Loca de amor por Bothwell, su mayor deseo a la sazón era sacudirse a Darnley.

Cuando Darnley enfermó de viruela y se trasladó a casa de su padre, María le siguió como lo habría hecho toda fiel esposa. Al mejorar su estado le hizo llevar a una apacible casita en un suburbio de Edimburgo llamado Kirk o' Field (Iglesia de los Campos), casita elegida por el propio Bothwell y donde ella continuó cuidando de él.

Cierta noche, sin embargo, mientras María se encontraba de vuelta en el palacio de Holyrood, atronadores estallidos sacudieron la ciudad. La casita de Kirk o' Field quedó completamente destruída. Cosa extraña: en el jardín se hallaron los cadáveres de Darnley y su paje, no deshechos por las explosiones sino estrangulados.

En el acto las sospechas recayeron sobre Bothwell e incluso Isabel apremió a María a que descubriese y castigase hasta el último de los asesinos de Darnley. A pesar de ello nunca se practicó seriamente investigación alguna, y tres meses más tarde Bothwell y María Estuardo se casaron.

Esta vez todas las cortes europeas se mostraron indignadas: las protestantes porque Bothwell no tenía gota de sangre real y las católicas porque era protestante, sin contar con que le tenían por un posible asesino. Las cosas llegaron a su punto culminante en la batalla de Carbery Hill, cerca de Edimburgo, donde los vengadores de Darnley se unieron a los enemigos de María para combatir a las tropas de ésta. En un principio había igualdad numérica entre los dos bandos, pero a me-

dida que avanzaba la mañana disminuían los defensores de la Reina. Allí mismo se llegó a un armisticio, por el cual María se comprometió a entregarse prisionera.

Bothwell, que había escuchado en silencio las negociaciones, se despidió de su esposa con un beso y se alejó a galope sin ser perseguido. En la costa de Orkney tomó una pequeña embarcación y huyó a Noruega. A la postre fue detenido en Dinamarca y encerrado en prisión, donde murió siete años más tarde, encadenado y demente.

Igual que en su infancia, María empezó a ser trasladada de una a otra prisión, sin que se doblegaran sus femeninas dotes, pues en el castillo de Lochleven uno de los carceleros se enamoró de ella perdidamente. Con su ayuda la Reina logró escapar. Los amigos de ésta acudieron a agruparse en torno a su bandera, pero no fueron suficientes. Al fin, vencida por sus enemigos, María pasaba a Inglaterra el 16 de mayo de 1568.

Aunque Isabel le había prometido siempre darle asilo seguro en su reino, en el momento mismo en que María cruzó la frontera se cerró sobre ella la trampa preparada por su prima. Durante los 19 años que le quedarían de existencia iba a vivir prisionera, tratada en ocasiones con guante blanco, otras con los más viles rigores, pero nunca fuera de la vista de los espías de sus enemigos.

Se le inició luego proceso como sospechosa de complicidad en la muerte de Darnley, y la principal prueba de cargo consistió en las famosas Cartas del Cofre. Se encontró un cofrecillo de plata, aparentemente dejado por Bothwell en su huída, con cartas que se decían escritas por la mano de María Estuardo, de las que resultaba que había tenido conocimiento previo del plan criminal. Empero, todo pudo haber sido una red de falsedades inventadas para perder a la Reina; no se le permitió replicar en forma a las acusaciones; no se le otorgó defensor, ni un plazo para preparar su alegato de descargo. De haberse autorizado la presencia de testigos, afirmaba ella, muchos habrían podido demostrar que las cartas eran falsas.

Declarada inocente por falta de pruebas suficientes, María no fue puesta en libertad, sin embargo. Isabel le concedió aún largos años en que cometer algún error fatal.

En efecto, desesperada por su largo cautiverio, María conspiró con muchas personas para lograr su libertad. Toda su correspondencia era leída por los espías de Isabel y más de un complot llegaba a oídos de ésta antes que a los de María. Por fin, en Fotheringay, en 1586, se siguió a María, reina de Escocia, un nuevo proceso, esta vez por conspiración contra la Reina y el Estado de Inglaterra. El resultado del juicio se daba por descontado: María fue condenada a muerte.

El día de su ejecución, al año siguiente, María se vistió con el cuidado y la pompa de siempre. Llevaba sobre las enaguas rojas un vestido de raso negro, de amplias man-

gas y larga cola. Su tocado era de blanquísimo linón, con largo velo, y al cuello lucía una cadena con un agnusdéi. Mientras era conducida al patíbulo, entonaba con fuerza cánticos en latín para ahogar las oraciones de carácter protestante que pronunciaba el Deán de Peterborough. Cuando María puso en el tajo la cabeza, otrora tan hermosa, el verdugo estaba tan nervioso que debió dar tres golpes para decapitarla. Así murió, a los 44 años, María Estuardo, última reina de Escocia.

Isabel había vencido a su prima. Aunque, ¿la había derrotado en realidad? Era hijo de María Estuardo el Jacobo I que estaba destinado a ser soberano de Escocia y a la vez de Inglaterra y constituir así el actual Reino Unido. Y esta reina, cuyo paso por la tierra estuvo rodeado de leyenda, sigue siendo en la actualidad más legendaria que nunca. Para los escoceses, y para muchísimos poetas desde Ronsard hasta Schiller y los de nuestros días, representa la encarnación de la belleza y del espíritu romántico.



Horas hábiles. Tal vez uno de nuestros grandes problemas consiste en que Dios creó el mundo en seis días y nosotros lo queremos regir por la semana de cinco. (P. L.) ... Los sindicatos tratan de crear más empleos reduciendo las horas de trabajo, pero un amigo que se propuso trabajar menos cada vez me dice que no logró crear ninguno, sino perder el que tenía. (B. V.) ... Cuando la civilización haya llegado a su cenit quizá trabajemos la semana de cero horas. (A. G.)

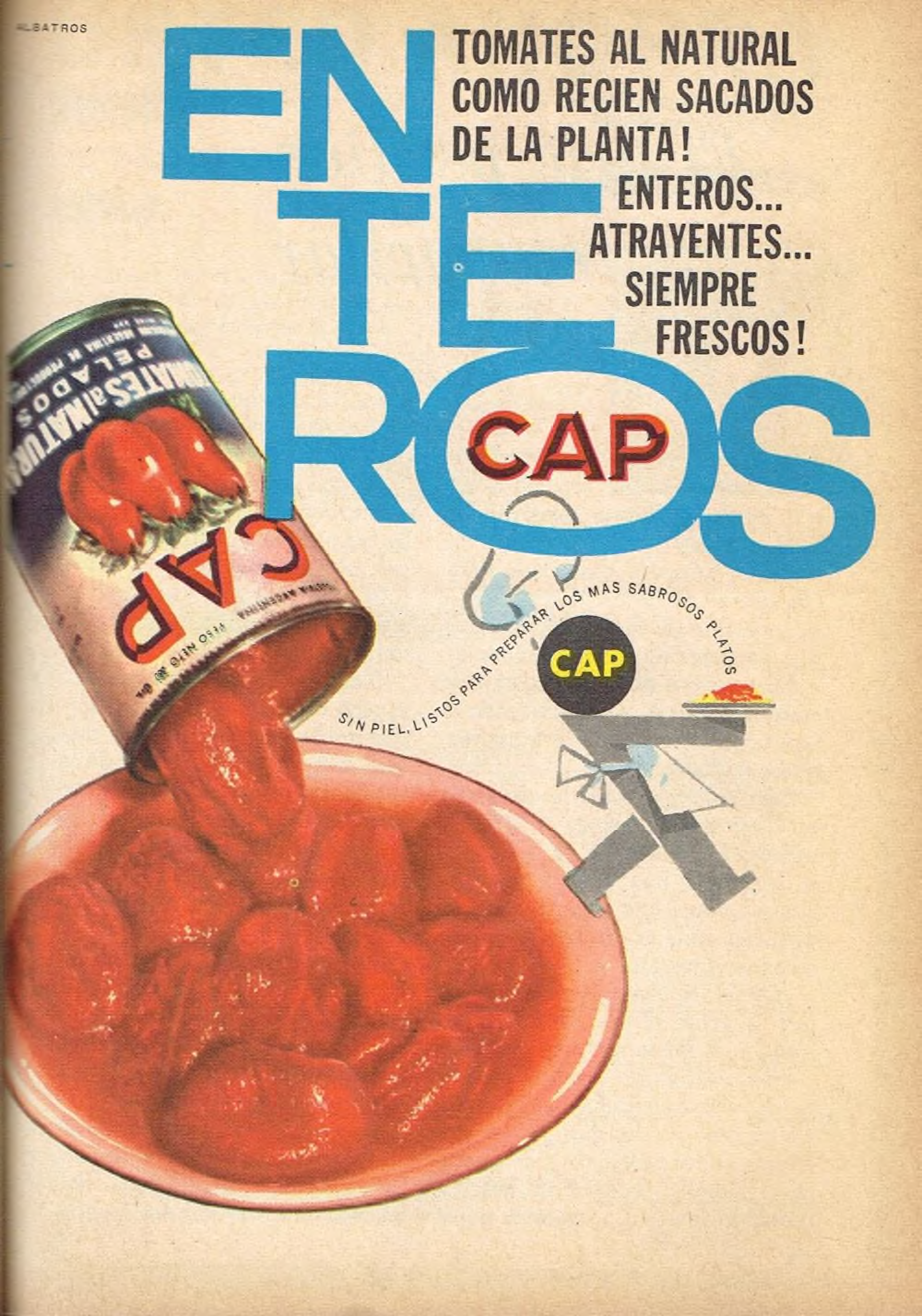
Así es Hollywood

EN LA versión cinematográfica de la opereta *The Music Man* se emplearon 200 instrumentos de viento en el número titulado "Setenta y seis trombones". —L. L.

LA MODISTA Helen Rose confeccionó 25 vistosísimos trajes para que los usase la actriz Gina Lollobrígida en una película que habría de llevar por título *Desnuda por el mundo.* —E. S.

PARA PODER llevar a la pantalla el libro *The Rat Race,* que se califica de "historia íntima de dos personas", se necesitó un total de 1093 individuos. —L. L.

MIENTRAS se filmaba *El Álamo,* se sirvieron más comidas que las consumidas por los dos bandos opuestos durante el histórico sitio de la plaza. Los actores y operarios devoraron 349.000 huevos y bebieron 510.000 tazas de café. —A. R.


ENTEROS
TOMATES AL NATURAL
COMO RECIEN SACADOS
DE LA PLANTA!
ENTEROS...
ATRAYENTES...
SIEMPRE
FRESCOS!
CAP
TOMATES al NATURAL
PELADOS
CAP
SIN PIEL, LISTOS PARA PREPARAR LOS MAS SABROSOS PLATOS
CAP

El arte perdido de recapacitar



POR DON HEROLD

SE REPRESENTÓ allá por el año 1920 y tantos, una obra teatral titulada *Deseos Reprimidos*, cuya moraleja resulta un tanto extraña en la actualidad, pues sostenía que el mejor modo de resolver el problema de los deseos reprimidos era continuar reprimiéndolos.

En nuestros días, este consejo se. considera de lo más anticuado y hasta puritano: pero yo a veces tengo mis dudas...

Hoy, ya casi nadie se toma la molestia de reflexionar ni, mucho menos, de recapacitar. Si a alguien se le antoja una cosa, la compra aunque tenga que pagarla con una pequeña suma en efectivo y un centenar de entregas.

¿Quién recuerda los tiempos en que la gente recapacitaba bien las cosas, y al fin se abstenía de ellas?

Hoy, cuando un joven se enamora de una muchacha, se casa con ella al cabo de dos días y a los tres años resulta padre de tres criaturas... aunque todavía continúe estudiando y sea su progenitor quien paga los gastos del nuevo hogar.

Si nos molestan las decentes, acostumbradas convenciones sociales, vamos por allí cubiertos de mugre, nos dejamos crecer la barba y subsistimos sin más que un vocabulario de cuatro docenas de palabras vulgares.

Claro que, probablemente, había mucho de malsano en la anticuada costumbre de reprimir los deseos. Millones de personas se iban a la tumba sin haber sabido lo que era divertirse. Se suponía que bastaba con querer una cosa para que fuera pecaminosa. Así, multitud de gente se pasaba la vida sin hacer cosa alguna.

En eso llegó Freud con sus adeptos y nos aseguraron que la causa de nuestros males era esa represión de los deseos y que, a menos que siguiéramos nuestros impulsos, acabaríamos en el manicomio.

Bien visto, tal aserción no anda muy descaminada. La tendencia, en la naturaleza, es que toda idea se manifieste en acción. Lo de que "el

¡ALEGRÍA... FELICIDAD Y GRAN ECONOMÍA!

Lleve a su hogar **la música que nos encanta a todos.** SELECCIONES le ofrece la más completa colección de música popular con ventajas de positiva economía.



Para los lectores de

SELECCIONES del Reader's Digest

DIEZ sensacionales discos de alta fidelidad y larga duración por **$ 3.325**

¡VALOR REAL $ 5.000.- USTED AHORRA $ 1.675.-!

y usted puede pagar, si gusta, en 5 cómodas mensualidades.



consciente es una fuerza motriz" constituye la bien definida ley de una saludable conducta mental. Los jóvenes de nuestra época lo interpretan en este sentido: "haz lo que te plazca". Y así lo hacen. Pero yo no estoy seguro de que sea necesario seguir invariablemente nuestros impulsos.

Personalmente, he llevado una vida llena de inhibiciones y, no obstante, estoy sano y robusto al cabo de incontables décadas... lo que prueba que la represión de los deseos no siempre es mortal. En realidad, la represión de *algunos* de ellos (como el de responder groseramente a las insolencias de un guardia del orden público, o el dedicarme a la holgazanería en alguna costa tropical) fue lo que me sirvió para asegurarme cierta independencia y formarme la norma necesaria para satisfacer los deseos que realmente quería ver cumplidos. Reconocer que a veces nuestros deseos se contraponen y que a la larga algunos no valen la pena, es el principio de la sabiduría.

Propongo, pues, que probemos de nuevo a reprimir nuestros deseos. Cuanto más viejo soy, más aumentan los que quisiera ver reprimidos... en otras personas. Por ejemplo:

Quisiera que las gordas reprimieran su deseo de mostrar las carnes vistiendo calzones cortos o pantalones a la torera.

Por razones de buen gusto y de orden público, desearía que la gente reprimiera algunos de sus más terrenos impulsos, por lo menos de cuando en cuando. En esta órbita incluyo los deseos de los menores de edad de contraer compromisos nupciales prematuramente; el prurito de escritores y dramaturgos de emplear, cada día con más frecuencia, palabras obscenas; y el deseo de autores de anuncios comerciales de hacerme pensar como algún maníaco sexual durante las 24 horas del día.

También se debía reprimir a Brigitte Bardot... pero no en estos momentos, sino, digamos, dentro de 25 años.

Ojalá que los actores modernos reprimieran el impulso de rascarse y de escarbarse los dientes en escena. Soy partidario de que se reprima a quienes van al cine a masticar maíz tostado; a los que, a la mesa, apagan el cigarrillo en el puré de patatas, y a esos que, con un sonoro catarro, andan por todas partes y me tosen en la cara.

También quisiera que el automovilista que viene detrás de mí reprimiera sus deseos de tocar la bocina de su coche, precisamente una millonésima de segundo después de que se enciende la luz verde del semáforo; y, sobre todo, quisiera que se abstuviese de una vez por todas de ceder al impulso de ir pegado a mi auto por toda la carretera.

Me agradaría que, en general, la mayoría de la gente se abstuviera de dar tan frecuente expresión a sus sentimientos. Esto va por los borrachos afectos a formar cuarte-

tos, por los pintores de abstracciones, los cantantes populares... y las muchachas que lanzan chillidos de emoción al escucharlos; por los automovilistas adolescentes que cruzan a toda máquina el camino; y, finalmente, por los que, en su afán de expresar sus deseos, se dedican a multiplicarse sin tino ni medida.

Soy partidario de la represión de esos paisajistas que decoran las carreteras con botellas vacías; de los borrachines bravucones que, en el curso de la tertulia, le dicen a uno: "No le caigo bien, ¿verdad?" y de los aficionados a la siquiatría que me preguntan: "¿Qué oculta usted?" Y me agradaría reprimir a ciertos prohombres como Nikita Kruschef. Me gustaría que éste reprimiera sus deseos de suprimirme a mí.



Espíritu deportivo

SOBRE LA puerta de la oficina del entrenador de deportes de la Universidad Hardin-Simmons hay un letrero que dice: "La finalidad en los deportes no es sólo ganar; pero es mejor vencer que quedar en segundo lugar".

— AP



Miremos y aprendamos. Se ha inventado un auxiliar para instruir rápida, casi mágicamente. Y, si llega a popularizarse esta novedad, es posible que deje para el montón de desperdicios todos los aparatos electrónicos. El nuevo artificio se llama Leal Instructor Beneficioso, Rápido, Organizado. No tiene alambres ni circuitos eléctricos que se estropeen. Cualquiera puede valerse de él, aun los niños. Cabe cómodamente en las manos y se puede usar con facilidad sentado en una silla de brazos frente al hogar. Sus fabricantes lo dan a conocer simplemente por sus iniciales: LIBRO.

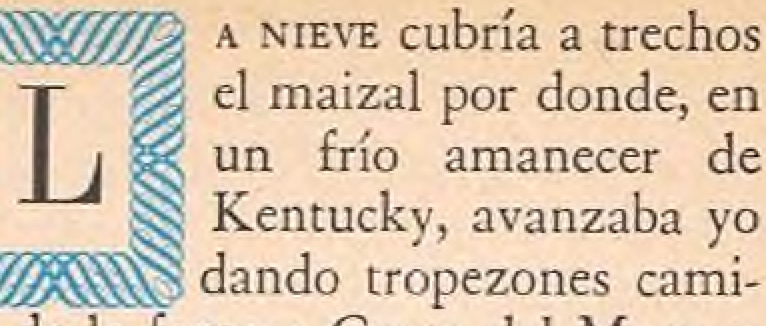
¿Cómo funciona este invento revolucionario, increíblemente sencillo? En esencia, el LIBRO está formado por numerosas hojas de papel, que pueden sumar varios centenares cuando contiene muchos datos. Cada hoja tiene un número consecutivo de la anterior y se mantiene en su lugar gracias a un ingenioso sistema llamado "encuadernación". El que de él se sirve encuentra allí una serie de informes expresados en símbolos que va recogiendo por la vía visual y registrando automáticamente en el cerebro. Cuando ya se ha asimilado una página, se vuelve ésta con un simple movimiento del dedo y al dorso se encuentran más datos. En conjunto, el Leal Instructor Beneficioso, Rápido, Organizado, parece tener muchas ventajas, y ninguna desventaja. Le auguramos un venturoso porvenir.

— Extracto de un artículo de R. J. Heathorn, en *Punch* de Inglaterra

Sepultado vivo

Por William Burke Miller

Durante dos angustiosas semanas se prolongó la lucha por salvar a Floyd Collins de una muerte segura en la cueva en que quedó atrapado, y William Burke Miller, cuyos reportajes sobre el trágico suceso le ganaron el Premio Pulitzer, describe aquí su participación en el drama.



La nieve cubría a trechos el maizal por donde, en un frío amanecer de Kentucky, avanzaba yo dando tropezones camino de la famosa Gruta del Mamut, distante 11 kilómetros. Era el 2 de febrero de 1925, y yo, un pelirrojo, delgaducho y novato reportero del *Courier-Journal* de Louisville, había ido a comprobar el rumor de que un hombre llamado Floyd Collins se hallaba atrapado en una caverna subterránea.

Crujían los resecos tallos del maizal bajo la helada ráfaga del viento cuando llegué al borde de profundo barranco en el cual, bajo un rocoso resalto, se abría la entrada de una cueva de arena. Un hilillo de agua se escurría cueva adentro. A corta distancia, entre los hombres agrupados en torno de una fogata, esta-

ba Homer Collins, cubierto de lodo y tiritando de frío. Momentos antes había vuelto de la cueva, en la que penetró para tratar nuevamente de salvar a su hermano.

—Muy mal lo veo —murmuró, sacudiendo la cabeza, en repuesta a las miradas interrogativas de los demás.

Luego se dirigió a mí para explicarme cómo le había sobrevenido a Floyd, que contaba 35 años de edad, aquella desgracia.

Las grutas habían ejercido siempre extraña fascinación sobre Floyd Collins. Años atrás, yendo en persecución de una marmota, había descubierto la caverna conocida con el nombre de la Gruta de Cristal, que se convirtió más tarde en lucrativa atracción de turismo. Hacía apenas tres días, el 30 de enero, había emprendido en la finca de los Estes la exploración de la arenosa cueva por ver si también ésta conducía a alguna otra gruta.

En la mañana siguiente a esto, al ver que Collins no había vuelto, Jewell Estes, de 17 años de edad, se internó a gatas en la entrada de la cueva y lo llamó a gritos. Le respondió Collins del fondo del socavón: estaba allí atrapado, más o menos desde las 10 de la mañana del día anterior. Jewell corrió inmediatamente a pedir socorro.

El primero en internarse en la cueva en busca de Floyd Collins fue su hermano Homer. Reptando por el angosto, tortuoso, húmedo y oscuro socavón, llegó hasta Floyd, quien tenía el pie cogido en una grieta de la cual le impedía escapar el pedrejón que le oprimía una pierna. Floyd estaba embutido en aquella angosta galería subterránea como el corcho en el cuello de una botella, pero, según manifestó a Homer, a espaldas suyas se abría "la gruta más hermosa que he visto".

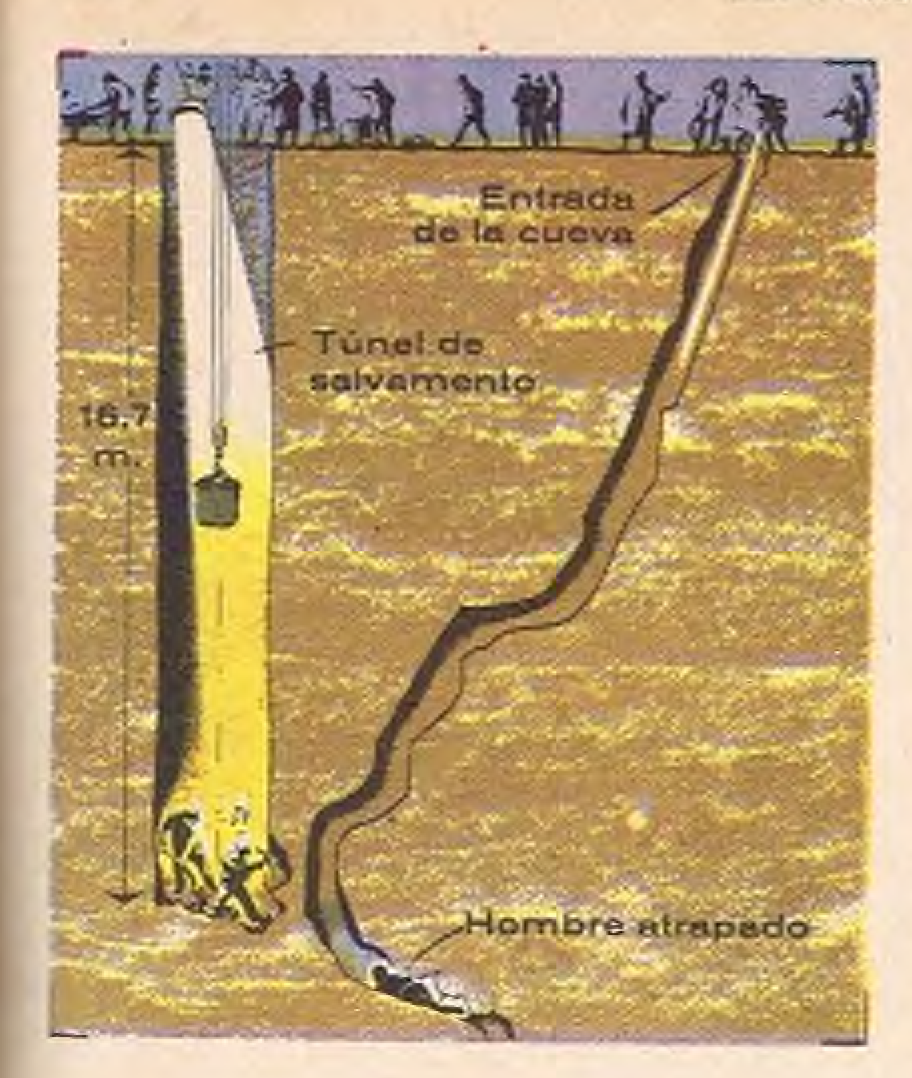
Dos días con sus noches llevaba Homer de hacer repetidos viajes al interior de la cueva a fin de proporcionar a Floyd alimentos, así como sacos de arpillera con que se resguardase de la humedad. De tal modo le acosé a preguntas, que Homer acabó por proponerme que me internase en la cueva y me impusiera yo mismo de la situación.

De la boca de la cueva se desprendía resbaloso y pendiente pasadizo. Avanzando a rastras, quedé a poco envuelto en la oscuridad más completa. Durante lo que me pareció un siglo, adelanté trabajosamente por un fango pegajoso. A pesar de ser delgaducho, tenía que contener la respiración al deslizarme por los sitios más estrechos del pasadizo. Presa de espantosa soledad, grité:

—¡Floyd! ¡Hola, Floyd!

La única respuesta fue mi propia voz devuelta por el eco.

Llegué al fin hasta una pendiente más inclinada aún. Resbalando en la oscuridad di de cabeza contra una masa húmeda... la sentí rebullirse... ¡Era Floyd Collins! Yacía de lado, con el brazo izquierdo debajo del cuerpo y el derecho oprimido contra el costado por una piedra saliente. Levanté la arpillera que le cubría la cara.



—Tápeme... tápeme... el agua ... —dijo quejumbrosamente.

Caí en la cuenta de que el agua había estado goteando de continuo sobre su cara, como también que ello es un verdadero suplicio. Intenté deslizarme por encima de Floyd.

—Me lastima, me lastima horriblemente —masculló entonces.

Como ningún auxilio podía prestarle en esas circunstancias, le dirigí unas palabras de consuelo y tomé el penoso camino de vuelta hacia la salida de la cueva.

En viéndome fuera, ningún deseo me quedó de volver. Lo tenebroso y húmedo de aquel antro y el desamparo en que se hallaba Floyd Collins me hacían estremecer de horror. Sin embargo, reconfortado con el alimento y el calor de la hoguera y henchido de creciente compasión por aquel desdichado, renació en mí el ánimo, y a la caída de la tarde, accedí a emprender otro descenso a la cueva. Esta vez me acompañaron Homer y el bombero Robert Bardon. Llevábamos alimentos y un aparejo con el cual nos prometíamos librar a Floyd.

Aunque la distancia desde la superficie, en línea recta, era sólo de unos 18 metros, las vueltas y revueltas del pasadizo la alargaban buen trecho. Mis dos acompañantes y las linternas eléctricas de que íbamos provistos hicieron que este segundo descenso fuese menos medroso que el anterior. A la luz de las linternas distinguí por primera vez el rostro de Floyd Collins, que se veía demacrado por el dolor. Floyd me pareció terriblemente agotado. Dijo que había visto en sueños ángeles que, jinetes en blancos caballos, le traían emparedados de pollo.

En cuanto se reanimó un poco después de haberle dado de comer, le pusimos, aunque no sin gran dificultad, el aparejo y empezamos a halar. Lo angosto del pasadizo y lo resbaloso del suelo nos privaba de un buen punto de apoyo. No conseguimos mover a Floyd Collins.

Al otro día, 3 de febrero, su aflictiva situación había conmovido al mundo entero. Docenas de periodistas acudían a lo que acabó por conocerse con el nombre de la Caverna de Arena. La Cruz Roja mandó enfermeras, material de urgencia, tiendas y catres de campaña para quienes se prestasen a coadyuvar al salvamento. De todas partes recibíanse telegramas con recomendaciones y frases alentadoras, a más

de donativos que sumaron miles de dólares. La Kentucky Rock Asphalt Co. despachó a toda prisa equipo y personal idóneo; un centenar de peones del Ferrocarril de Louisville y Nashville llegaron a fin de ayudar a los trabajos de excavación. Una señora de Chicago llevó en avión dos cirujanos para que, en caso necesario, amputasen a Collins el pie que le tenía aprisionado. Se tendieron hasta el campamento líneas telegráficas y telefónicas, y el mundo vivía en ansiosa expectativa de noticias sobre aquella lucha mortal.

H. T. Carmichael, superintendente de la Kentucky Rock Asphalt, asumió la dirección de las tareas de salvamento y procedió a ensanchar la entrada de la cueva, con la esperanza de dar acceso a ella a trabajadores y material. Mientras tanto yo me ocupé en tender, hasta el lugar donde se hallaba Floyd, una hilera de bombillas eléctricas que rasgaban ásperamente la lobreguez del legamoso túnel. A la luz de aquéllas, di de comer nuevamente a Floyd, cuya cabeza sostenía sobre mis rodillas, y le hablé de los miles y miles de oraciones que por él veníanse diciendo.

—Es un gran alivio saber que hay tantas personas que ruegan por mí —murmuró—. Dígales que lo agradezco de corazón. No me da miedo la muerte. Creo en Dios y en la otra vida. Pero tengo fe en que saldré vivo de aquí.

A todo esto, 13 hombres tendidos boca arriba habían formado cadena desde la boca de la cueva hasta el sitio en donde Floyd y yo nos hallábamos. Pasándolos de mano en mano, hicieron llegar hasta mí un gato y una palanqueta con el propósito de levantar el pedrejón que aprisionaba la pierna de Floyd y hacerla rodar sobre el resalto que había a espaldas de éste. Floyd consiguió deslizar al costado de su cuerpo la palanqueta, cuya uña encajó debajo del pedrejón. Varios tarugos se pasaron también de mano en mano. Puse uno contra el extremo libre de la palanqueta, arrimé el gato al tarugo, acuñé otros tarugos en el trecho que mediaba entre la pared y el gato. En seguida empecé a hacer funcionar éste, poco a poco, con gran tiento. La palanqueta se torcía a medida que la tensión aumentaba.

—Me parece que va levantándose... —dijo Floyd con voz ronca.

En ese mismo momento uno de los tarugos se desprendió de su sitio.

Al cabo de nuevas e infructuosas tentativas para desalojar el pedrejón estaba yo aterido y exhausto.

—Amigo —me aconsejó Floyd— váyase allá fuera para que tome un respiro y entre en calor. Luego vuelva a probar de nuevo. La próxima vez todo saldrá bien.

Entumecido y desalentado, seguí a los demás hacia la salida. En tanto que un nuevo grupo se disponía a entrar en la cueva, me acomodaron a mí en un coche que me llevó a la vecina Cave City en donde me esperaba un baño turco seguido de breve descanso. Por el camino nos alcanzó otro coche en que viajaban personas que nos dieron noticias

"Miss U.S. 1", la primera lancha de propulsión en el mundo que ha superado la marca de 322 kph, está equipada con bujías Champion.

¡Velocidad: 322 kph, otro récord mundial establecido con las bujías plateadas Champion! Dondequiera que la potencia y funcionamiento sean vitales – en tierra, mar o aire – las bujías Champion son las preferidas por abrumadora mayoría. ¿Por qué conformarse con algo inferior en su auto? Exija siempre bujías Champion.



CHAMPION SPARK PLUG COMPANY: INGLATERRA • E.U.A. • CANADÁ • AUSTRALIA • IRLANDA • FRANCIA • MÉXICO • BRASIL

desconsoladoras. A poco de haber salido yo de la cueva, un derrumbe obstruyó el pasadizo que llevaba al lugar en donde yacía Floyd Collins.

Al día siguiente, cuando regresaba yo a la cueva, por el terroso y quebrado camino de Cave City avanzaba interminable caravana de peatones y vehículos. Las autoridades tuvieron que despachar tropas de la guardia nacional para contener a la hormigueante muchedumbre. Lee Collins, el padre de Floyd, vagaba de un lado a otro, por entre charcos y fango, preguntando cuáles eran las últimas noticias acerca de su hijo.

Según suele acontecer durante sucesos que conmueven hondamente, al lado de la emoción generosa asomaba el interés egoísta. Mientras los voluntarios trabajaban sin darse reposo y en condiciones penosas, los vendedores pregonaban bocadillos y vistas de la Gruta de Cristal. Hasta hubo tres mujeres que trataron de hacerse pasar entre los periodistas por la prometida de Floyd Collins.

Sobrevino, además, el desacuerdo entre los habitantes de la comarca y los "intrusos" acerca de la mejor manera de llevar a cabo el salvamento. Carmichael, que continuaba dirigiendo el trabajo, propuso taladrar un pozo de mina desde la superficie. En tanto se adelantaban los preparativos para ello, el minero Everett Maddox y yo descendimos a la cueva, por ver si sería dable despejar el pasadizo obstruido por el derrumbe. Maddox opinó que el intentarlo podría causar un nuevo

derrumbe, que acaso sepultara a Floyd. Llamamos a Floyd a gritos. No respondió. Volví yo a llamarle. Del lado opuesto de la barrera de lodo y arenisca llegó apagadamente su respuesta.

—Vengan por mí... ya me solté...

Maddox y yo cambiamos una mirada. ¿Sería posible que aquel hombre, que había sufrido ya padecimientos casi superiores a las fuerzas humanas, se hubiese libertado del pedrejón que lo aprisionaba sólo para quedar luego atrapado por el derrumbe? Me resistía a creerlo.

—En una grieta, un poco arriba de la cabeza de usted, dejé una botella de leche —le grité a Floyd—. Vea si puede alcanzarla, ahora que se ha libertado.

No respondió.

—¡Floyd! ¿Alcanzó esa botella? —grité con ansiedad.

—No ... no puedo ... —repuso al fin.

—Entonces ... no ha conseguido usted soltarse, ¿verdad?

—No ... no he podido —respondió al cabo de prolongado silencio. Era evidente que, temeroso de que lo abandonásemos, fingió haber logrado soltarse, en la creencia de que, al saberlo, redoblaríamos nuestros esfuerzos.

Con sombría tenacidad los voluntarios principiaron a excavar encima de la cueva. Como el empleo de dinamita o de maquinaria pesada expondría a nuevo derrumbe, se utilizaba únicamente el pico y la pala.

La comenzada excavación del po-

zo originó brotes de optimismo. En ciudades y aldeas hubo rogativas por Floyd Collins. En Washington, el presidente Coolidge manifestó interés y la esperanza de que Collins escapase con vida.

En el teatro del drama, al lado de obreros diestros en tales faenas, escolares inexpertos cavaban afanosamente el pozo que iba penetrando con desesperante lentitud hacia el punto donde un hombre estaba enterrado vivo. Tropezaban con capas roquizas que les era preciso romper a golpes de acotillo para izarlas a la superficie. Vencido este obstáculo, hallaron capas de tierra y roca que tenían la consistencia de arenas movedizas y que cegaban la excavación a medida que los cavadores la ahondaban. El 10 de febrero comenzó a llover, y el pozo se convirtió en un cenagal. Un ingeniero electricista, que llevó a cabo observaciones con un micrófono y un amplificador radiofónico, manifestó que Floyd Collins vivía aún. Éste llevaba siete días sin probar alimento.

En tanto continuaban excavando día y noche, disminuían más y más las esperanzas. Alcanzaba el pozo cerca de 17 metros de profundidad cuando Carmichael mandó que se suspendiese la perforación y se cavara un túnel que penetraría lateralmente hacia el lugar en donde yacía Floyd. El 16 de febrero, a la una de la tarde, desembocó el túnel en la "hermosísima" gruta mencionada por el desdichado Collins. Súbito silencio reinó entre los allí presentes al cesar bruscamente el golpeteo de los zapapicos y el chirrido del malacate. Ed Brennan, minero que había trabajado sin cesar en la excavación, se deslizó en la gruta. Instantes después, al volver de allí, dijo tristemente esta sola palabra:

—Muerto.

El médico forense reunió un jurado en el cenagoso fondo del túnel. Uno a uno se deslizaron los miembros del jurado por la angosta galería subterránea para identificar a Floyd Collins y atestiguar su fallecimiento. Se acordó darle por sepultura el lugar mismo en que yacía. Everett Maddox se introdujo a rastras por el angosto pasadizo para acercarse al cadáver y asearle suavemente la desfigurada faz. Después cerraron la entrada de la cueva.

Las exequias se efectuaron en un montículo que dominaba la entrada de la arenosa cueva trocada en tumba. Haciendo púlpito de un tocón, el reverendo Roy Biser pronunció la oración fúnebre, en la que dijo: "Grutas y cavernas tuvieron siempre para Floyd Collins atracción semejante a la que tienen para otros las flores o las aves. Duerme ahora Floyd en paz en su sepulcro de piedra. Hasta donde alcanza nuestra memoria, ningún suceso había inspirado en la hermandad de los hombres tantas plegarias por uno de nuestros semejantes".

Enlodadas las ropas, tiznado y sin afeitar el rostro, los que habíamos luchado por salvar a Floyd Collins, permanecíamos de pie, con la cabeza descubierta al frío viento invernal, y entonamos un himno religio-

so, en tanto que los teléfonos de la prensa, instalados en la ladera de cercana colina, repiqueteaban enigmáticamente sin que nadie acudiese a la llamada.

Andando el tiempo el cadáver de Floyd Collins fue trasladado a la Gruta de Cristal, la hermosa caverna descubierta por él cuando perseguía una marmota. Allí reposa hoy en un ataúd de plata. Pese a haber fracasado, no fueron en vano los formidables esfuerzos hechos para salvarle. "Floyd Collins padeció indecibles torturas, cuya sola idea hiela el corazón más valeroso", comentó el *Courier-Journal*. "Pero los manantiales de humana compasión que su suerte hizo brotar son patrimonio de todos nosotros".



Uno para el otro

A UN maquinista del ferrocarril le dijeron que Lord Halifax iba a viajar en ese tren, y que hallaría en el político y diplomático británico una persona sencilla, modesta y tratable. A eso repuso el empleado ferroviario: "Él descubrirá en mí exactamente las mismas cualidades".

— Joseph Needham, en *History is on Our Side* (Editores: Allen & Unwin)



Atención, por favor

EL CARDINALE, restaurante de la Riviera francesa, pone la siguiente advertencia en sus cuentas: "El Cardinale, que ya lo considera a usted un amigo, siente verdadero pesar en tener que presentarle la cuenta pero se ve obligado a hacerlo por la difícil situación actual". — L. L.

EN UN viaje al África, un turista vio clavado a un árbol de la selva, al que se habían hecho escalones, el siguiente letrero: "En caso de verse atacado por un rinoceronte, se recomienda subir dos metros y medio. Si por casualidad lo embiste un elefante, cuatro metros sería una altura más prudente".

— *Globe*, de Boston

LOS CANTANTES de la Ópera Metropolitana de Nueva York se vieron tan atacados de resfriados, gripe y otras infecciones análogas que, ya desesperado, el gerente de la Ópera, Rudolf Bing, mandó colocar un aviso indicando las precauciones que deberían tomarse. La última de la lista decía: "Limítense a besarse sólo cuando la tentación sea irresistible".

— Martin Bernheimer, en *Bravo*



HÉRCULES, el Magnífico

De cómo un dogo patizambo llegó a ser eminente figura en la vida universitaria

Por J. Hyatt Downing

Fue Hércules, mi patizambo y cariarrugado amigo, quien llevó lo más pesado de la carga aquella luminosa tarde de setiembre en que él y yo trepamos trabajosamente por la empinada pendiente que va de la estación del ferrocarril a la pequeña ciudad de Vermillion y a la Universidad de la Dakota del Sur, pues caí en la cuenta de que me bastaba colgarme de la traílla y alzar mis enormes pies para que él me remolcase cuesta arriba.

Llegamos a la cima, Hércules se sentó y se volvió a mirarme, no sin amargura, según me pareció, en tanto que manaba abundante baba del rojo colgajo de su lengua. Pero pensé que estaría algo orgulloso de mí, ya que con mis abombados pantalones, mis zapatos romos y mi suéter de cuello alto, resultaba la viva imagen del estudiante univer-

sitario de entonces. Hércules, por su parte, no necesitaba de atavío alguno para llamar la atención. Con su constitución de barco de guerra, era tan perfectamente feo que se diría hermoso, y más que andar parecía balancearse hacia adelante.

Nos habíamos conocido cosa de un año y medio antes, cuando él era un cachorro de cuatro meses de edad y yo contaba 18 años. Yo llevaba ya algún tiempo en Wyoming trabajando como peón ferroviario, y un barbero me había ofrecido uno de los *bulldogs* nacidos en la última camada de su perra. Apartado de sus hermanos, con la cabeza inclinada hacia un lado y las orejas echadas hacia adelante, se veía un cachorrillo de color leonado. Al momento el solitario animalito se lanzó sobre mí, gruñendo con fingida furia y mordisqueándome el pantalón con todas sus incipientes fuerzas. Lo tomé en brazos y el perrillo se puso a lamerme la cara, loco de alegría. Mi elección estaba hecha.

Esa noche, en el vagón de literas en que vivía yo con los otros obreros del ferrocarril, el viejo Jim Boyd echó una mirada a mi amiguito y exclamó:

—¡Caramba! ¡Si es el mismo Hércules en persona! ¡Hércules, el Invencible! Ven aquí, precioso.

—¿Hércules? ¿Quién es ese? —pregunté—.

—¿No has oído hablar nunca de Hércules, el luchador más formidable que haya existido jamás? —repuso el viejo Boyd, con expresión de incredulidad—. Dentro de un año, este cachorrillo tendrá la estampa misma del invencible, ya verás.

Cuando Hércules y yo partimos, pocas semanas después, con rumbo a mi casa en la Dakota del Sur, el viejo nos acompañó hasta el tren. Ya en el andén, se arrodilló y echó el brazo al cuello de mi compañero.

—Cuida bien a tu amo, Hércules —le dijo—. Está mucho más tierno que tú.

Dediqué el año siguiente a estudiar afanosamente para poder ingresar en la Universidad de Dakota del Sur. Y así llegó el día en que Hércules y yo entramos juntos en ella. Él, por cierto, se vio en la necesidad de presentar sus credenciales casi inmediatamente. Al pasar por delante de una majestuosa casona de viejo estilo inglés, vimos un perro perdiguero que se hallaba plantado en la galería, con la nariz levantada, en actitud de aristocrático desdén. Algún toque en el aspecto, excesivamente robusto, de mi acompañante debió haber enfurecido al linajudo perdiguero, pues se lanzó gruñendo gradas abajo y, apoyando las patas delanteras en los lomos de Hércules, nos arrojó, a éste y a mí, fuera de la acera. Hércules dejó escapar un ronco y profundo gruñido, pero el aristócrata prefirió pasar por alto esta advertencia. Hércules, pues, alargó el hocico, asió por el pescuezo al perdiguero y lo sacudió como un trapo. Lo soltó en seguida y me condujo de vuelta hasta la acera.

El perdiguero se levantó, nos contempló por largo rato con aire de azorada incredulidad, y se volvió después en busca de la protección que la galería le deparaba. De ahí en adelante el patricio animal, cuando pasábamos frente a él, no se volvía a mirarnos siquiera.

Aunque incapaz de plegarse a la autoridad ni a las autoridades, Hércules parecía percatarse de la altiva eminencia de mis catedráticos. Cuando se lo presentaba a ellos, por ejemplo, solía mostrar cierta afectación que no había observado en él con anterioridad: dejaba caer la enorme cabeza cuadrada, alzaba una pata delantera y se la pasaba por la cara, en un ademán de humildad que los profesores juzgaban encantador. Por mi parte, sabía que era un ademán espurio; aquel bribón patizambo jamás supo lo que era la humildad.

Hércules se negaba a aprender gracia alguna, mas, cierta noche, mientras cenábamos en la residencia de estudiantes, acerté a bajar la vista y descubrí a mi cachorro erguido como una estaca sobre sus cuartos traseros y con las manos dobladas sobre el pecho en actitud de súplica. Le arrojé un trozo de pastel, que Hércules atrapó en el aire diestramente; se lo zampó y fue luego a detenerse junto al siguiente comensal. Aquella gracia se convirtió en pan de cada día. Sin embargo, cierta vez uno de mis condiscípulos le lanzó un pepinillo. El *bulldog* lo echó fuera como un proyectil, y jamás volvió a ponerse

junto a la silla de aquel muchacho.

En el jardín delantero de nuestra residencia se alzaba un añoso álamo, de una de cuyas ramas pendía una cuerda a la que estaba atado un saco de serrín. Si se propinaba al saco un golpe fuerte, se columpiaba para elevarse en formidable arco. Chato, el perrillo que vivía también en la universidad y se contaba entre los amigos de Hércules, era muy dado a colgarse del saco con los dientes cuando bajaba en su movimiento de péndulo. Impulsado al mismo tiempo por alguno de los muchachos, Chato se elevaba por todo lo alto; con las patas abiertas, rozaba a su paso las ramas del árbol. Era aquél un número circense que Chato, el muy engreído, se complacía en ejecutar entre salvas de aplausos.

Chato repetía el número una tarde en que Hércules, sentado en la vereda cercana, observaba todos los movimientos de su amigo... a la vez que se esforzaba cuanto podía por disimular la envidia que lo devoraba. Cuando nos llamaron a comer, el *bulldog* se quedó en el jardín. Por el gran ventanal del comedor pudimos observar lo que ocurrió en seguida. Al pasar por allí, uno de los muchachos había dado a la cuerda un descuidado empujón, y Hércules, al ver descender el saco hacia él, se dispuso a ejecutar él mismo la suerte. Cuando pensó llegado el momento oportuno, se lanzó hacia arriba en un salto tremendo. ¡Pobre Hércules! Pasó a cosa de un metro del blanco, por lo

menos, y dio de bruces en el suelo.

Fue en aquel momento, en el momento de su más ridícula derrota, cuando mostró uno de esos rasgos que hacían de él, de tan inimitable manera, lo que era: Hércules, el Invencible. Se puso de pie, se sacudió y miró a su alrededor. Satisfecho de no haber sido observado, volvió grupas y, con rumbosa compostura, trepó hasta el pórtico, se subió a un cómodo sillón y allí se acomodó. Tuve impulsos de aplaudir, tan inalterable me pareció su *savoir-faire*. Por fortuna, supe reprimir mi admiración. ¡Es tan fácil destruir las ilusiones en esta vida!

El fútbol americano excitaba a Hércules en forma tremenda. Me figuro que, para él, se trataba de una batalla campal en que podía participar quien quisiera. Asistía el can una tarde a las pruebas que nos hacían para admitirnos en el equipo de la universidad; en aquel momento corríamos todos por el campo tras el balón. Yo era un simple novato, a quien apenas tocaba atrapar la pelota de cuando en cuando y, a veces, aguantar la carga. En un instante dado en que conseguí hacerme de la pelota y avanzar con ella, esquivando a mis perseguidores como si me fuera en ello la vida, descubrí de pronto, con el rabillo del ojo, a Hércules, que se abría paso hacia mí sobre sus cortas y activas patas. Al mismo tiempo me daba alcance uno de mis contrarios y, mientras me veía lanzado por los aires, pude oír un lamento desgarrador como de un alma presa del más espantoso terror. Hércules tenía el hocico henchido con los fondillos de los pantalones de mi perseguidor... y, probablemente también, con buena parte de sus posaderas.

Me apresuré a librar al otro de las fauces del *bulldog* mientras todos los presentes aullaban de gusto, salvo el entrenador, el agredido, que se restregaba cuidadosamente las asentaderas, y yo. Cuando esa misma noche el entrenador abandonaba el campo, se detuvo para acariciar a Hércules y comentó, pensativo: "¿Sabes que si fuera bípedo lo inscribiría en el equipo?"

Pero Hércules no fue bien recibido por todos en la universidad; al menos, de primera intención. El decano de la Facultad de Ciencias, el físico Akeley, le opuso siempre resistencia. Una tarde halló a Hércules en el laboratorio y, montando en cólera, lo cogió por el cuello y lo arrojó por la ventana.

Días después, Hércules y yo vimos venir hacia nosotros al profesor Akeley por uno de los paseos de la universidad. Cuando el físico se hallaba a unos 15 metros de nosotros, mi perro hizo alto, se estuvo mirando largamente a su enemigo y en seguida se apartó de la acera estudiadamente. A distancia en que se juzgó a salvo, se sentó y le dio las espaldas con aire de absoluto desdén.

Al llegar a mi lado, el decano observó con una leve sonrisa:

—¿Pretenderá insultarme, Downing? ¿Qué le parece a usted?

—Así me lo temo, señor decano —répuse yo.

—¿Sería conveniente que le pidiera yo excusas?

—No haga usted tal cosa, se lo ruego. Hércules ya está bastante engreído.

—Es extraordinario —comentó el profesor tristemente, y siguió su camino hacia la Facultad de Ciencias.

Cierta mañana de aquel invierno, cuando me disponía a sentarme en mi sitio en clase de alemán, quedé atónito al oír que el profesor Smith decía: "Buenos días, Hércules. Pasa y toma asiento". Volviéndome, vi a Hércules que a la sazón atravesaba el umbral. Su mirada encontró la mía, y mi amigo se detuvo por un momento, dudando; mas en el acto, tranquilizado, se encaramó a mi lado en un banco vacío. En lo sucesivo, asistió a las clases de alemán con toda regularidad, y entre él y el profesor Smith nació un mutuo sentimiento de profunda simpatía.

Esta simpatía se hizo en efecto tan cordial que, cuando salí de la facultad para volver a casa por las vacaciones de verano, el profesor me preguntó si no querría dejarle a Hércules. La esposa del profesor había muerto aquel invierno y el anciano, que se hallaba muy solo, consideraba a Hércules como el mejor oyente que había tenido jamás, según me dijo. Estaba escribiendo un libro, y mi compañero podría quedarse a su lado durante las veladas y escucharle mientras el profesor diera lectura a lo que hubiese escrito durante el día. El libro hizo rápidos progresos y, según las noticias que recibí, el profesor y Hércules pasaron un gran verano.

Hacia el mes de setiembre regresé a Vermillion, y me pareció que Hércules, veterano ya en las lides universitarias, y consciente de ello por añadidura, se mostraba ligeramente harto de mí y de las usanzas del centro docente. Con todo, cuando se enteró de que me había yo ganado un puesto en el equipo de fútbol de la universidad, en su actitud se notó un cambio muy sutil. A partir de entonces, todos los días en que mis compañeros y yo nos ejercitábamos en el juego, Hércules solía esperarme a la salida, ansiosa pero cortésmente, y volvíamos a casa andando, uno junto al otro, como cumple a amigables iguales.

Por aquel tiempo mi amigo adquirió también la especial costumbre de ir de uno a otro de los edificios que albergaban a los alumnos en demanda de golosinas, y de frecuentar la barbería de la aldea. Carl Norgren, mi compañero de cuarto, comentaba:

—Ya sé por qué se ha aficionado a la barbería. Le encantan los cuentos verdes.

Durante el verano que siguió a mi segundo año de estudios, en las vacaciones, hallé trabajo como vendedor ambulante de utensilios de cocina. Dado que Hércules no podría acompañarme, Carl se lo llevó consigo para ponerlo en contacto durante tres meses con la vida de una granja. Cuando ambos regre-

saron a la facultad, ya en el mes de setiembre, Hércules venía cojeando. "Se le metió por delante a una segadora", me contó Carl, "y poco faltó para que perdiera una pata. ¡Pero lo hubieras visto cuando el veterinario llegó a curarle la herida! El médico quería darle un anestésico a nuestro buen amigo, pero yo le aseguré que Hércules aguantaría la curación en sus cinco sentidos. ¡Y Hércules ni siquiera chistó! El veterinario decía que nunca había visto paciente con tantas agallas".

Hércules continuó ganándose leales adeptos durante aquel año y el siguiente, sin más que conducirse como quien era. Llegó al fin el día de la entrega de títulos. En esa ocasión, los que terminábamos el último año de estudios teníamos que alinearnos en los jardines y, a una señal, subir ordenadamente un corto tramo de escaleras hasta la puerta de la capilla. Aquí habíamos de esperar hasta que el profesor Grabill, decano de la Facultad de Música, tocase un sonoro acorde en el piano, con lo que los solemnes estudiantes del curso final debíamos entrar marcialmente para ocupar nuestros sitios sobre el estrado y encararnos al público ya reunido allí.

Al escucharse el formidable acorde, se abrieron las puertas de la capilla . . . y entró Hércules. Cruzó la espaciosa plataforma, avanzando con aquellos seguros y cadenciosos movimientos tan propios de él, y cuando alcanzó la silla colocada al extremo de la fila delantera, saltó a ella y tomó asiento con la dignidad de un antiguo senador romano.

Para entonces, claro, la solemnidad de la ceremonia de graduación había degenerado en caos. Confuso y abochornado, dando trompicones, subí al estrado, cogí a Hércules, salí a la carrera y lo dejé caer en el clemente césped.

Terminada la función, el profesor Smith, poniéndome la mano en el hombro, me dijo: "Jamás conoceremos a nadie que pueda compararse a Hércules, hijo mío. ¡Es magnífico!"

Al abandonar la universidad conseguí trabajo de reportero en un diario de la ciudad de Siux (Iowa). En tal profesión Hércules no podría hallar cabida, así que lo dejé en manos de la señora Perkins, el ama de llaves de nuestra residencia universitaria, que lo quería lo mismo que yo. "Durante el verano", me escribía la señora, "Hércules se pasa todo el tiempo en mi compañía. No me quita la vista de encima . . . o quizá comprenda que usted ya no volverá nunca y pensará que también yo podría dejarlo".

Este otoño recibí la última carta de la señora Perkins. "Al entrar en la salita", me decía, "hallé a Hércules dormido sobre el sofá. No quise molestarlo y salí despacito en busca de algunas provisiones para la comida. Cuando volví a casa, observé que aún conservaba la misma postura y, al tocarlo, comprendí que se había marchado para siempre".

Y tuve entonces la certeza de que Hércules había pertenecido a todos los que lo trataron alguna vez.

"El Estado benefactor constituye una solemne ficción según la cual todo el mundo trata de vivir a expensas de los demás"

La utopía del Estado benefactor

POR HENRY HAZLITT
Condensado de "Newsweek"



LA IDEA de un plan económico-social impuesto por el gobierno atrae actualmente a muchos intelectuales y políticos. Mas éstos olvidan que cada ciudadano, de acuerdo con sus particulares aptitudes, está constantemente planeando para el futuro en lo tocante a su trabajo, su negocio, sus ocios, sus gastos, sus ahorros, la compra de una casa o de un automóvil o la instrucción de sus hijos. Estos millones de planes individuales se coordinan mediante el admirable mecanismo de la competencia y del mercado libre.

Por tanto, jamás se ha tratado de si se debe o no planear, sino de *quién* debe encargarse de hacerlo, y a favor de *quién*. En otras palabras, la cuestión estriba en que si cada ciudadano debe estar en libertad de hacer sus propios planes, o si a todos se les debe forzar a trabajar o a consumir según algún plan maestro trazado para guía de todos por un grupo de supuestos superhombres.

Si bien casi todos los planes que actualmente se proponen en los Estados Unidos tienen por objeto acelerar el crecimiento económico de la nación, existen también otros que, inspirados por J. K. Galbraith, asesor del presidente Kennedy en asuntos económicos, pretenden controlar los gastos de los ciudadanos individualmente. De acuerdo con la teoría de Galbraith, los consumidores, en su mayor parte, no saben cómo gastarse las sumas que ganan; tienen un gusto pésimo y derrochan su dinero en trivialidades y baratijas.

La conclusión lógica es que no se

debe dar a los consumidores lo que ellos quieren, sino lo que los burócratas, en su enorme sabiduría, suponen que les conviene. Y la manera de poner en práctica esta teoría es quitar a la gente todo el dinero ganado, salvo el que le haga falta para atender estrictamente a sus necesidades, y entregárselo a los funcionarios públicos para que lo gasten de la manera que en opinión de ellos pueda beneficiar más a aquella gente.

Las mercaderías y los servicios en los cuales la gente invierte voluntariamente sus ganancias constituyen, según el vocabulario de Galbraith, el "sector privado" de la economía, mientras que las mercaderías y servicios proporcionados por el gobierno, gracias a los ingresos arrebatados a los ciudadanos en forma de impuestos, constituyen el "sector público". Esto es un cabal triunfo semántico, pues se presta a la palabra "privado" el sentido de interesado y exclusivista, a la vez que con la voz "público" se quiere dar a entender lo democrático, lo compartido, lo animado de espíritu cívico.

Mas lo que Galbraith llama "sector privado" de la economía es en realidad el voluntario, mientras que el "público" es en realidad el sector *coactivo*. Y como quiera que éste crece a expensas del sector voluntario, llegamos a la esencia misma del Estado benefactor.

En el Estado benefactor nadie paga por la educación de sus hijos, pero lo hace por la educación de los hijos de todos los demás; nadie paga sus cuentas médicas, pero sí las del prójimo; nadie ayuda a sus ancianos padres, mas todos ayudan a los ancianos padres de los demás; nadie ahorra para su vejez o para el caso de quedar sin trabajo o de enfermar, sino que cada cual contribuye a hacer frente a la desocupación, enfermedad o ancianidad ajenas. El Estado benefactor, como lo dijo hace más de un siglo, con asombrosa clarividencia, el economista francés Claude Frédéric Bastiat, constituye una solemne ficción según la cual todo el mundo trata de vivir a expensas de los demás.

Tal Estado no sólo es una ficción, sino que está destinado al fracaso. Con seguridad que el fracaso sobreviene siempre que el esfuerzo no va seguido de la recompensa. Cuando a aquellos individuos que ganan más que el promedio de sus semejantes se les despoja de sus "excedentes" por la vía de los impuestos, y cuando aquéllos que ganan menos que el promedio se percatan de que la diferencia se les cubre gratuitamente, por fuerza declina la producción, pues los aptos y emprendedores pierden todo interés en producir más que el común de los ciudadanos, mientras que los perezosos e inexpertos pierden todo incentivo por mejorar su propia condición.

El progreso es la suma de pequeños triunfos individuales. —B. C.



La carrera de Nasser contra el tiempo

Aplicando su peculiar estilo de "socialismo árabe", el presidente de Egipto está empeñado en edificar una nación capaz de alimentar a un pueblo que, a pesar de su indigencia, se multiplica con celeridad.

Por Robert Littell

Multitudes por todas partes . . . En las orillas de cenagosos canales, filas de mujeres vestidas de negro lavan sus platos de cobre. A lo largo de los caminos de sirga, cuadrillas de hombres tostados por el sol remolcan botes por medio de cuerdas cruzadas al pecho. En los campos de algodón ejércitos de niños de seis, siete y ocho años de edad limpian de gusanos las matas de algodón. Y por doquier, en las tortuosas aldeas de casas de adobe, como en las calles de El Cairo, donde pululan como hormigas las muchedumbres, se ven criaturas en pañales, aún demasiado tiernas para espantarse las moscas que se les pegan en ojos y boca.

Hombres, mujeres, niños por doquier ... Y todos los años, hombres, mujeres y niños se multiplican. Cada año hay necesidad de alimentar 750.000 bocas más; cada 42 segundos nace un nuevo niño egipcio a quien, con el tiempo, habrá que dar algún trabajo o una parcela que cultivar.

Hacia el norte, a través de la soledad sin lluvia de Egipto, se retuerce la angosta y verde franja del Nilo, cual el tallo de alguna endeble planta. Al aproximarse al mar, esa franja verde se ensancha, convirtiéndose en el Delta: un triángulo de unos dos millones de hectáreas completamente planas, cruzadas por 16.000 kilómetros de canales: las arterias que imparten vida a esa tierra. En el Delta y en el estrecho valle del Nilo viven y trabajan casi todos los 28 millones de habitantes de Egipto, oprimidos entre la muerte y la desolación sobre un espacio que constituye apenas el tres por ciento de la superficie total del país. Éste es uno de los rincones más densamente poblados del mundo.

En la actualidad los egipcios se multiplican a un ritmo equivalente al 1,5 del correspondiente al de la humanidad considerada globalmente, y ese ritmo mismo va en aumento. Dentro de 10 años habrá de ocho a nueve millones más de seres humanos hacinados en el valle y el delta del Nilo. A menos que se tomen medidas heroicas, y ello sin pérdida de tiempo, la tierra egipcia no podrá atender las necesidades más esenciales de la población.

Tras de derrocar el corrompido régimen del rey Faruk, los oficiales del ejército encabezados por Gamal Abdel Nasser iniciaron un programa encaminado a dar a los egipcios "dignidad" no sólo política sino también económica, y a construir una nueva nación capaz de alimentar a todos los nuevos ciudadanos. Primero nacionalizaron el canal de Suez; luego hicieron otro tanto con los bancos, con la totalidad de las importaciones y con la mayoría de las industrias. Las propiedades de los latifundistas fueron reducidas a 40 hectáreas cada una. Grandes extensiones de tierra fueron adaptadas para usos agrícolas. El proyecto más audaz y trascendental fue la iniciación de la alta presa de Asuán, la que constituye, virtualmente, un dique contra la ascendente marea de la población.

Esta enorme presa, costeada principalmente por la Unión Soviética y cuya construcción está siendo dirigida por 500 peritos soviéticos, constituirá una montaña artificial a través del Nilo en un punto situado a 650 kilómetros al sur de El Cairo. Desde allí, y en dirección al Sudán, se extenderá, a lo largo de unos 600 kilómetros, un gigantesco depósito de agua que habrá de ser con mucho el lago artificial más grande del globo. Allí podrá ser acumulada, aun en épocas de sequía, una reserva de aguas del Nilo suficiente para varias estaciones. Según los planes existentes, con la



con ANTISEPTICO en sus RAYAS ROJAS!

Signal no sólo limpia muy bien los dientes... higieniza toda la boca, dejándola realmente fresca!

SIGNAL es la moderna crema dental de acción completa porque ofrece su exclusividad: las rayas rojas con Hexaclorofenol, activo antiséptico que explora los espacios interdentales y la superficie de toda la boca, ayudando a eliminar el mal aliento de origen bucal.

Signal CREMA DENTAL
CON ANTISEPTICO EN SUS RAYAS ROJAS

BOCA BIEN LIMPIA... ALIENTO MAS FRESCO... CON Signal



Hasta hace unos pocos años, ni siquiera existían.
Hoy día, estos seis productos están transformándole la vida.

El año pasado, la Compañía 3M gastó el 22% de sus ganancias en investigación científica. Es decir, proporcionalmente lo mismo que para ese fin ha destinado en cada uno de sus 60 años de existencia.

La Compañía 3M confía que en la investigación científica está la llave del mañana —la llave que abrirá la puerta hacia condiciones de vida más agradables, trabajo más fácil, y negocios más productivos para las empresas y los habitantes de todas las regiones del mundo.

Hasta ahora, esta investigación científica ha dado por resultado la creación de más de 27.000 productos que se venden en todo el mundo por intermedio de más de 30.000 empleados. He aquí apenas unos cuantos ejemplos de estos notables productos.

1. UNA CINTA MAGNETICA que reproduce programas de televisión para su deleite. La Cinta de Video Marca "SCOTCH".

2. UNA MAQUINA DE OFICINA que saca copias limpias y secas en sólo 4 segundos, eléctricamente. La Máquina Copiadora "THERMO-FAX".

3. UN PRODUCTO QUIMICO ESPECIAL que protege las telas contra las manchas de aceite y de agua. El Repelente de Manchas "SCOTCHGARD".

4. LOS ADHESIVOS MARCA "3M", que pegan con mayor facilidad, rapidez y durabilidad. El que se ilustra es el Adhesivo Estructural "SCOTCHWELD".

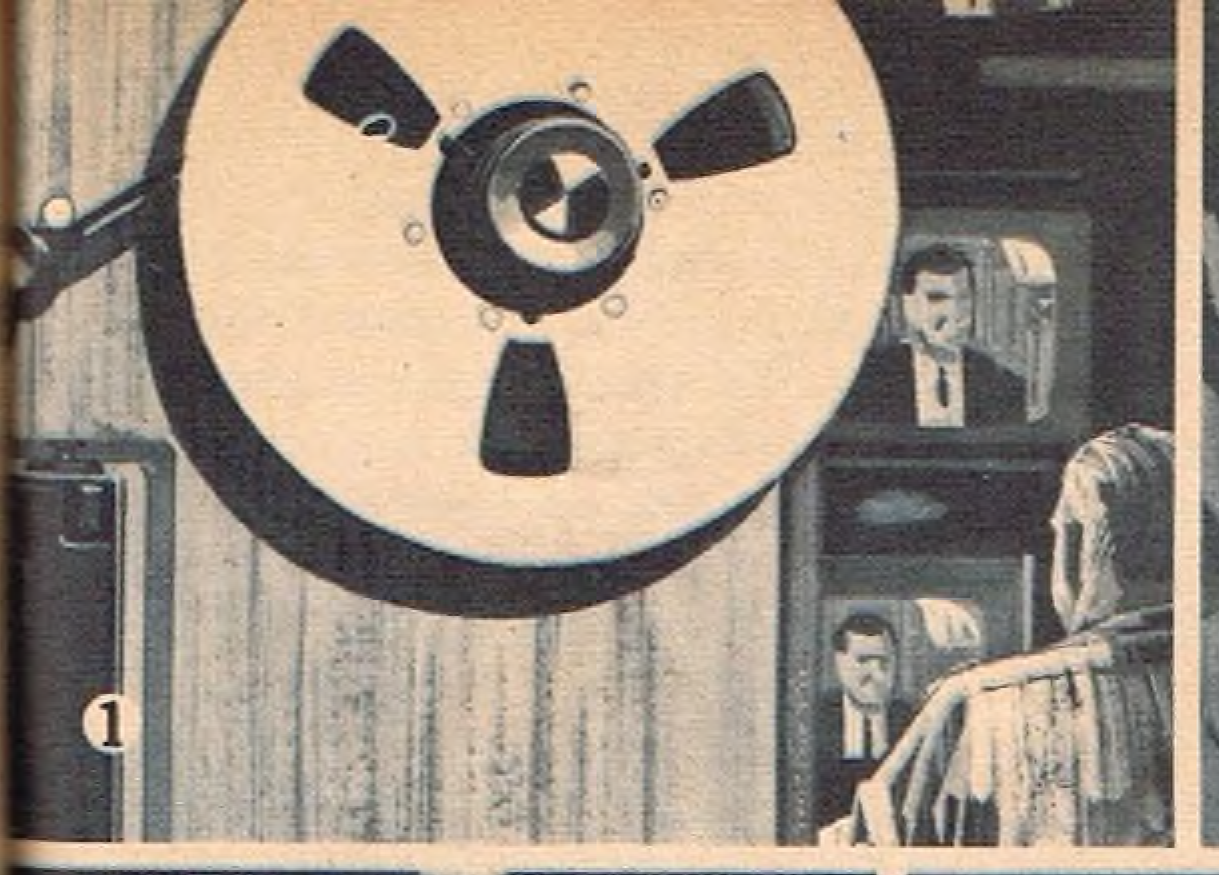
5. LA PRIMERA CINTA TRANSPARENTE DE CELULOSA—La mundialmente famosa Cinta Marca "SCOTCH". Sella, mantiene en su sitio y remienda casi todo lo imaginable.

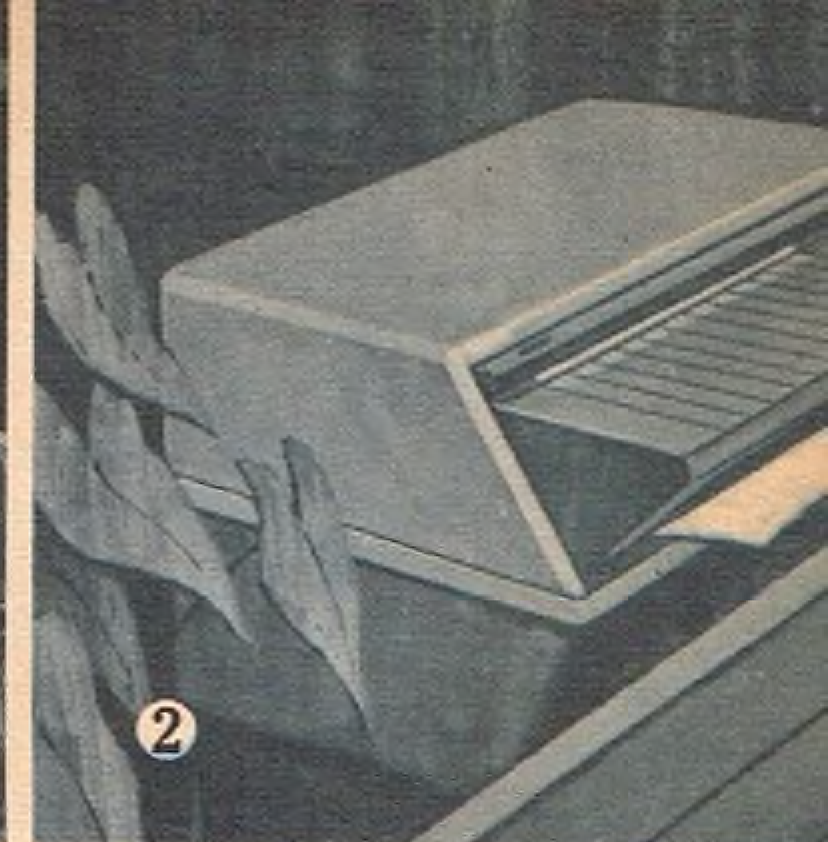
6. UN PROYECTOR DE PRESENTACION que usa diapositivas que usted mismo puede hacer en 4 segundos. El Retro-Proyector "THERMO-FAX".

¡GRATIS! 10 folletos ilustrados en que se describen otros de los 27.000 productos de la Compañía 3M y se explica cómo pueden ayudarle. Estos folletos tratan sobre Adhesivos, Abrasivos, Cintas Industriales, Cintas Magnéticas, Cintas de Uso Doméstico, Productos Eléctricos, Productos para Copiar, Productos para Imprimir, Productos Químicos y Productos Reflectores.

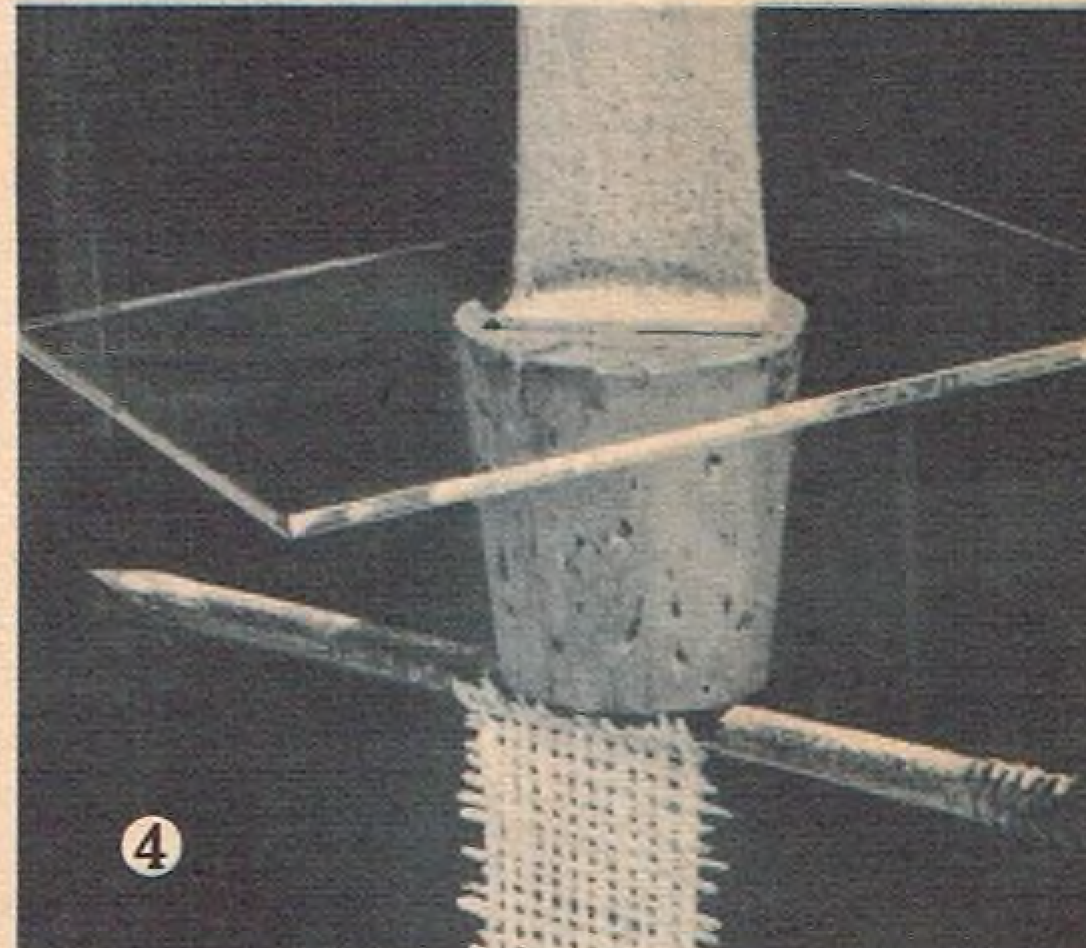
Escriba a:
FADMA S. A. C. I., Tucumán 117-1er piso. Buenos Aires, Argentina.

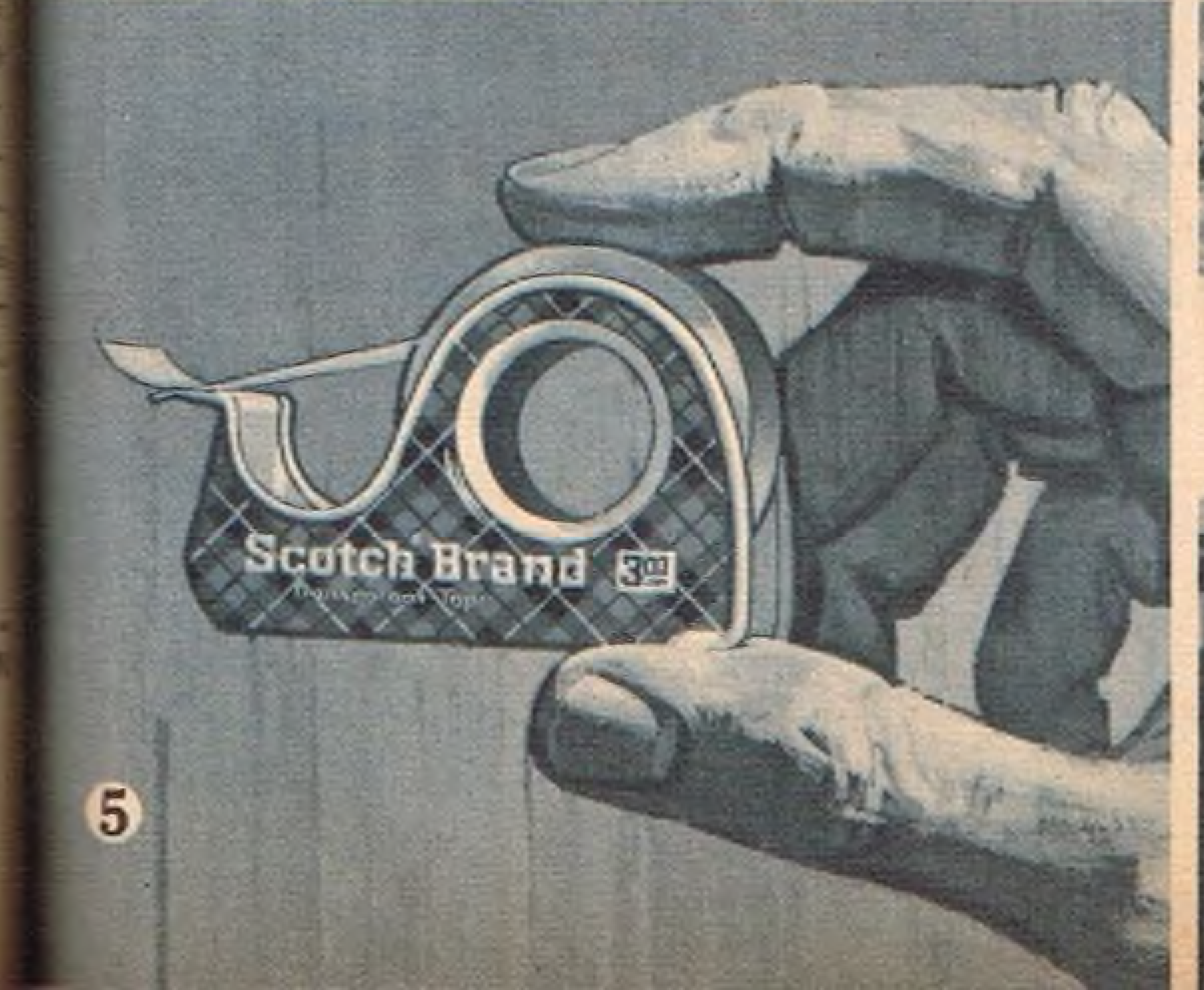
HAY COMPANIAS 3M EN: ALEMANIA • ARGENTINA • AUSTRALIA • AUSTRIA • BRASIL • CANADA • COLOMBIA • DINAMARCA • ESPANA • ESTADOS UNIDOS • FRANCIA • HOLANDA • HONG KONG • INGLATERRA • ITALIA • JAPON • MEXICO • NORUEGA • PUERTO RICO • RHODESIA DEL SUR • SUDAFRICA • SUECIA • SUIZA


1


2


3


4


Scotch Brand
3M
5


6

presa se habrá de sextuplicar la producción de energía eléctrica de Egipto y se agregarán 800.000 hectáreas de tierras de regadío a los 2,4 millones hoy en cultivo.

También se están aplicando soluciones menos sensacionales. Con la colaboración técnica y financiera de los Estados Unidos, 6000 familias han encontrado nuevos hogares en ocho aldeas recientemente construidas en tierras arrancadas a lo que fuera un lago en Abis, cerca de Alejandría. Hacia el interior del país, a lo largo de una cadena de oasis en el desierto occidental, ingenieros egipcios están perforando pozos a fin de determinar las posibilidades de hallar depósitos subterráneos de agua para volver a la vida una región llamada actualmente "El Nuevo Valle" que, según viejas crónicas, alimentaba a ocho millones de almas allá por el año 1800 antes de Jesucristo.

Para evitar que Egipto se ahogue bajo la marea de su propio pueblo también hay necesidad de construir el dique de la industrialización. En este campo se han logrado ya obras importantes. Desde la revolución se ha doblado el valor de la producción industrial y hoy, por primera vez en la historia de Egipto, aquél sobrepasa el de la agricultura.

Nasser sabe muy bien que "mientras no se haya establecido una sólida base industrial, el abismo que separa la capacidad de una nación desarrollada de aquella de una subdesarrollada, seguirá ahondándose". Sin embargo, el precio que rusos y chinos han tenido que pagar en padecimientos humanos por la prelación concedida por aquéllos a la industria pesada, ha convencido a Nasser de que no puede hacerse esperar a la gente por tanto tiempo para satisfacer necesidades elementales.

Aunque en la actualidad Egipto construye barcos de carga y produce 250.000 toneladas de acero al año en las nuevas fundiciones de Heluán, su mayor interés radica en la fabricación de bienes de consumo. En una flamante fábrica de porcelana y alfarería pude apreciar cantidades de azulejos para cocina, bacías, tinas de baño y equipos sanitarios. Otra fábrica que visité produce anualmente 60.000 bicicletas que se venden a precios razonables. El gerente me indicó que el mercado interno para este artículo es casi ilimitado. "Porque en Egipto", agregó, "nadie tiene que pedalear cuesta arriba".

Hasta las fábricas de guerra del gobierno dedican parte del tiempo a la manufactura de bienes de consumo. Además de los acostumbrados armamentos de defensa, fabrican cocinas de gas, máquinas de coser y de picar carne. "Hoy", suele jactarse Nasser, "fabricamos desde la aguja más pequeña hasta cohetes espaciales".

Sin embargo, es raro que los artículos más avanzados y complicados se fabriquen por completo en Egipto. Se arman allí con piezas adquiridas en el extranjero, generalmente a precios muy elevados.

Los elementos que integran los televisores armados en Dar El Salaam son suministrados por la Radio Corporation of America, de los Estados Unidos; las piezas del automóvil Fiat egipcio proceden de Turín; las bicicletas que tuve ocasión de admirar son fabricadas mediante una licencia concedida por Checoslovaquia y necesitan de ciertos aceros especiales importados de Alemania Occidental.

La industrialización egipcia adolece de muchas fallas. El despilfarro y la ineficacia son factores inevitables de todo programa gubernamental acelerado. Sólo la iniciativa privada puede producir bienes de consumo de manera eficiente y económica; sin embargo, en Egipto los capitales privados se han visto confiscados o bien han sido invertidos, por temor, en empresas que tienen escasas probabilidades de ser nacionalizadas. Nasser se jacta de que "en manos de los comerciantes privados sólo se ha dejado el negociar con bagatelas". Finalmente, ¿qué objeto puede tener el establecer más y más industrias si más de las dos terceras partes de los consumidores, es decir, los 20 millones de habitantes que viven del producto de la tierra y cuyos ingresos anuales son inferiores a cien dólares, no pueden comprar los artículos elaborados por esas nuevas industrias?

Aun en el caso de que, gracias a la presa de Asuán, sea posible contar, dentro de cinco años, con 800.000 hectáreas adicionales de tierras de regadío; a pesar de que todos los programas de mejoramiento del suelo aumentasen esa cifra en 200.000 hectáreas más; e incluso si la industria lograse crear un millón de empleos nuevos . . . todas estas realizaciones quedarían anuladas por las presiones del aumento de la población.

Hace tres años le preguntaron al presidente Nasser si pensaba combatir estas presiones mediante la introducción de medidas para controlar la natalidad. "No", contestó entonces. "Si más bien dirigimos nuestros esfuerzos a desarrollar la región que habitamos, pronto encontraremos la solución a nuestro problema".

En el mes de mayo del año pasado, con uno de esos bruscos virajes en él característicos, Nasser modificó sustancialmente este criterio. El ingreso nacional había venido aumentando a razón del ocho por ciento al año, declaró entonces, mas el tres por ciento de aumento de la población podría alcanzar igual nivel en el curso de pocos años. Puesto que semejante situación "se traduciría en miseria", Nasser consideraba que "el Estado tenía el deber de instruir al pueblo en los métodos de control de la natalidad".

Los médicos y los visitadores del servicio social respiraron con alivio: ya no sólo podrían debatir este problema "sin temor de ser escuchados", sino que podrían ponerse activamente a la obra. Sabían muy bien cuán difícil sería alterar costumbres y creencias arraigadas de

LEA EN SELECCIONES DE JUNIO:

El hombre que no se dio por vencido.

El odio que le rodeaba mordía en su alma y nublaba su entendimiento. ¿No sería mejor responder al odio con el odio, rebelarse y pelear? La dura prueba que afronta un estudiante de color en el mundo hostil de sus condiscípulos.

Siete reglas para conseguir empleo.

Los empleos no se presentan de improviso: hay que buscarlos... Pero ¿sabe usted qué trabajo prefiere, cuáles son sus habilidades? ¿Conoce a fondo su propia capacidad? He aquí cómo conseguir el empleo adecuado a sus conocimientos y a su personalidad.

Vuelo a lo desconocido.

¿Sabía usted que ocho años antes de que Lindbergh cruzara el Atlántico sin escalas, ya otros dos pilotos habían realizado tal proeza? Lea el fascinante relato de esta histórica y audaz aventura, llevada a cabo en tiempos en que aún era imposible predecir a qué turbulencias, vientos o tormentas habría que enfrentarse durante un vuelo.

¡Cuidado con las medicinas que toma!

Los medicamentos modernos pueden ser tan perjudiciales como provechosos, según el uso que de ellos se haga. "No por eso recelemos emplearlos", dice en este artículo un eminente médico, "pero sí conviene saber cómo y cuándo deben tomarse."

ESPERE ÉSTOS Y MUCHOS OTROS ARTÍCULOS FASCINANTES, TODOS ELLOS ESCOGIDOS ENTRE LOS DE MAYOR INTERÉS Y ACTUALIDAD.

¡NO SE PIERDA SELECCIONES DE JUNIO!

siglos atrás. Para el *fellah* egipcio, como es el caso entre los campesinos de todas partes y sobre todo entre los musulmanes, constituye motivo de orgullo el crecido número de su prole, aunque no la pueda alimentar debidamente. Y sería todavía más pobre sin el trabajo de los hábiles dedos de los niños, quienes a partir de los cinco años de edad voltean diestramente en busca de gusanos o racimos de huevos, las hojas de las plantas de algodón cultivadas por su padre y más tarde colaboran con eficacia en la recolección de éste.

De hecho, los hijos del *fellah* se hallan a menudo en mejores condiciones que éste para trabajar. Egipto padece de muchas endemias que debilitan a la población, entre las cuales la más insidiosa es la bilharziasis, provocada por un parásito minúsculo, el esquistosoma, que infesta a los miles de millones de caracoles hallados en las vías fluviales. El esquistosoma penetra en el cuerpo del hombre a través de la piel y de las mucosas; cuando los huevos del parásito, contenidos en el excremento humano, maduran en el agua, las larvas se aferran a los hospitalarios caracoles, y así se repite el funesto ciclo. Tal repetición es interminable ya que para el campesino egipcio y su familia los ríos y canales son, a la vez, fuente de agua potable, lavadero, piscina para chapotear y excusado público. La bilharziasis, aunque no es una enfermedad de carácter fatal, sí agota paulatinamente, y del 70 al 80 por

ciento de la población rural del país la padece.

De condición física casi siempre menos que mediana, el *fellah* egipcio se muestra asimismo moralmente apático para con lo que le viene de El Cairo. Es posible que experimente cierto entusiasmo por Nasser como líder, pero, ¿estará tan bien dispuesto a obedecer a la "Sociedad Cooperativa Socialista Democrática", que Nasser encabeza, cuando ésta le ordene tener menos hijos, y que recele del agua que le da la vida... y que le trae también la enfermedad y una muerte lenta?

¿Y constituirá el "socialismo árabe" de Nasser el mejor medio para elevar a Egipto y librarlo de la sombra de las pirámides? Los rusos, por su parte, insistirán en afirmar que el socialismo de Nasser no es tal, ya que éste ha declarado que no cree en la lucha de clases y sí en que la iniciativa privada puede desempeñar un provechoso papel.

Pero Nasser es hombre impulsivo. Cuando a poco de su flamante creación, la República Árabe Unida se desintegró y Siria tomó el camino, para ella difícil, de la independencia, se apoderó de El Cairo algo parecido al pánico. Nasser pensó entonces que los grandes intereses comerciales, los capitalistas y los millonarios, es decir, las mismas personas que habían tramado el golpe en Siria, seguramente intentarían una maniobra igual en Egipto. Así pues, la campaña para la redistribución de la riqueza egipcia

se vio acelerada súbitamente.

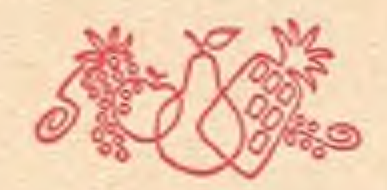
De la noche a la mañana o poco menos, bienes particulares, por valor de mil millones de dólares, fueron confiscados y congelados. La policía clausuró gran número de oficinas y comercios, entre éstos últimos la tienda Cicurel, la más grande de El Cairo. En nocturnas irrupciones en residencias privadas la policía llegó a apoderarse incluso de dinero en efectivo, alfombras y alhajas. El ministro del Interior, Zaharia Mohieddine, declaró que todo ello se hizo "para proteger las conquistas de la revolución social en contra de cualquier complot reaccionario o conspiración imperialista". Varias docenas de personas fueron detenidas. El temor cundió entonces entre los "enemigos", muchos de los cuales habían sido considerados, aun por el régimen, como "buenos capitalistas" por haber invertido sus utilidades en empresas egipcias. Y el complot, si es que alguna vez existió realmente, jamás llegó a tomar forma.

No obstante, el abismo que existe entre el Egipto socialista y la Rusia socialista parece ahondarse cada vez más. En la Unión Soviética, nadie se atrevería a decir en público, como lo hiciera hace poco cierto miembro femenino del Congreso Egipcio de Fuerzas Populares, que se ha privado de sus derechos a los trabajadores de la nación. Si bien Nasser ha nacionalizado los bancos, permite el funcionamiento de la bolsa de valores de El Cairo. Si, por una parte, aquél adquiere en la Unión Soviética 40 MIGS (aviones de combate), por la otra mantiene encarcelados a los comunistas egipcios. (Los comunistas sólo son peligrosos, dice Nasser, cuando reciben órdenes del extranjero.) En otra ocasión ordenó que regresaran de Moscú varios estudiantes egipcios debido a que los soviéticos estaban tratando de adoctrinarlos.

La aguja oscila hacia uno y otro lado. En general, y aunque Nasser se mantiene fiel a su política de neutralidad, esa aguja se inclina con mayor frecuencia en dirección al Occidente que hacia el Kremlin. Actualmente varios peritos estadounidenses asesoran a los egipcios en materia de recursos marinos; cierta empresa norteamericana obtuvo el contrato para la construcción de la nueva central de energía eléctrica de El Cairo; otra compañía norteamericana se encargará de edificar las instalaciones para la fabricación de productos farmacéuticos; especialistas italianos tienen a su cargo la perforación de 25 de los pozos de agua del Nuevo Valle, y egipcios peritos en petróleo siguen cursos de capacitación en los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda. Unos representantes de Alemania Occidental vendieron a Egipto un dique seco flotante y han sido encargados de la construcción de varios hoteles. La mayoría de los contratos del gobierno egipcio comprendidos dentro del plan quinquenal para acelerar la industrialización han sido adjudicados al Occidente, con Ale-

mania Occidental en primer término.

Muchos observadores occidentales opinan que debe seguirse ofreciendo a Egipto ayuda técnica, préstamos, provisiones excedentes y donativos. Aunque al Occidente le disgusten muchos de los aspectos del "socialismo árabe" de Nasser, lo cierto es que éste y sus colegas, algunos de los cuales no sólo son gente idónea sino también resuelta y consagrada a su causa, están luchando por alcanzar una meta de interés también para otros. Porque si los planes y proyectos de Nasser no le permiten ganar la carrera contra el ritmo de natalidad de su país, podrían prevalecer la desesperanza y el fanatismo, y es posible que otros hombres más violentos que él vinieran a ocupar su lugar.



Dieta real. Enrique VIII de Inglaterra, que reinó en el siglo XVI, contribuyó también con su óbolo al actual programa de exploración ultraterrestre. La empresa AiResearch Co., de Los Ángeles, pidió a la Torre de Londres algunos detalles sobre las armaduras del monarca a fin de conocer ciertos secretos de los antiguos armeros y saber si podían aprovecharse para los trajes de presión de los astronautas. Para cubrir totalmente el cuerpo se necesitaba una armadura que pesara 42 kilos, pero sus articulaciones se disponían de tal forma que permitían toda clase de movimientos.

Enrique VIII puede enseñar a los científicos del siglo XX algo sobre el arte de proteger el cuerpo, pero la corte de los Tudor hubiera podido aprender mucho de los astronautas modernos sobre el modo de conservarse sanos y ágiles. La primera armadura del rey medía 81 centímetros de cintura; la última, 132. — *The National Observer*

Válvulas de escape

En uno de sus libros, John Steinbeck relata una conversación que tuvo con cierto tendero de una apartada comarca. Preguntaba el escritor por qué los norteamericanos ya no discuten acaloradamente sobre asuntos públicos. ¿Acaso no necesitan una válvula de escape para su pugnacidad natural?

—La mejor que tenemos —dijo el comerciante— son los rusos. A nadie le parece mal que se oponga uno a los soviéticos. Si alguien se pelea con su mujer, se desquita con los rusos. Sí, señor: esos rusos tienen una carga bien pesada que llevar.

—Tal vez —observó Steinbeck— a todos nos hacen falta rusos. Aun en Rusia los necesitan. Quizá allá los llamen norteamericanos.

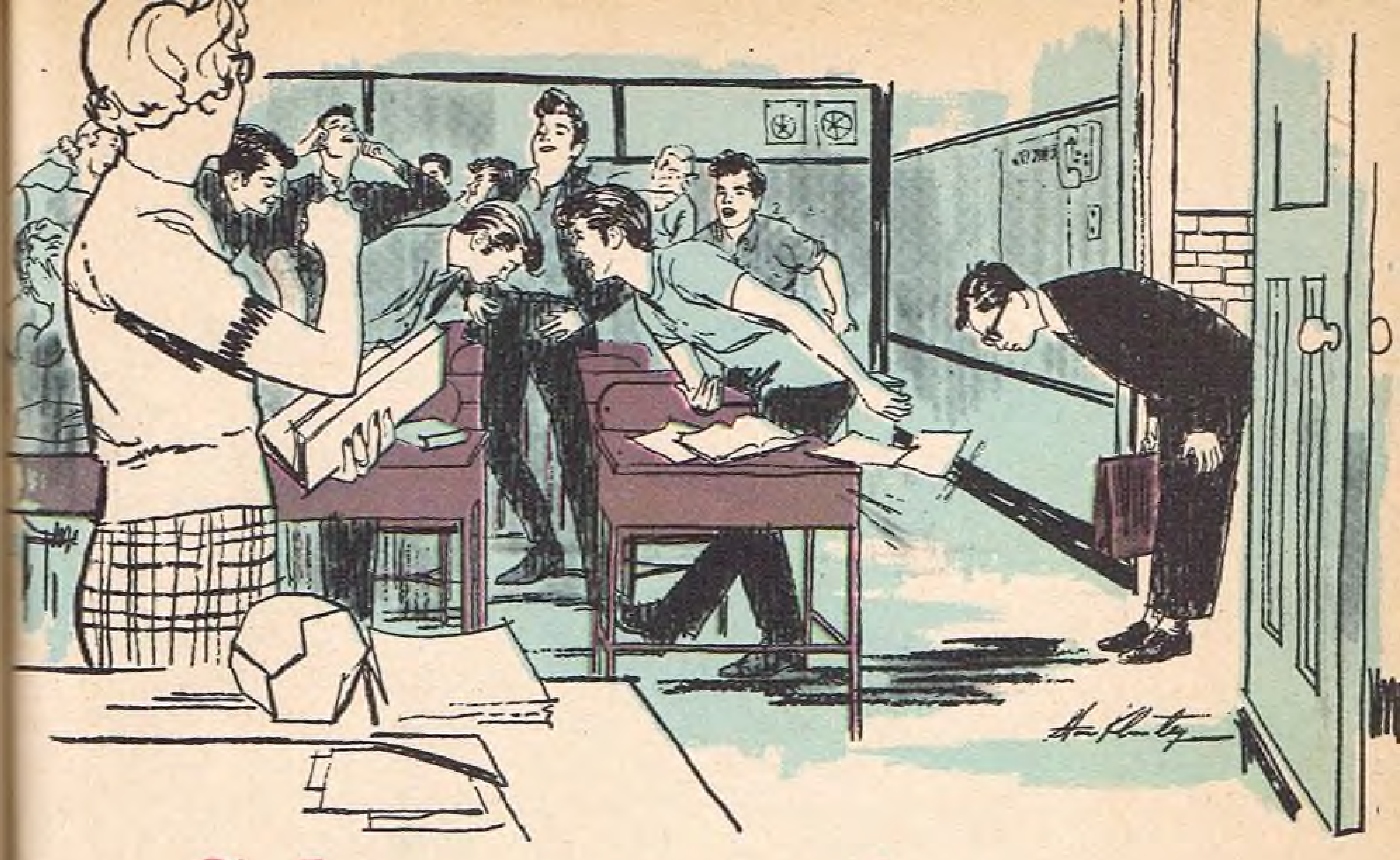
— Editado por Viking

72-230



ANIS BOLS
ES EL VERDADERO ANIS

ANIS: Planta umbelífera. Ya Pitágoras aconsejaba su uso como estimulante estomacal. Hoy, aromatiza manjares y confituras. Mediante la destilación de las semillas de anís se hace el **auténtico anís.**



Saburo encuentra su patria

Una lección que no estaba prevista en el programa escolar

POR CORDELIA BAIRD GROSS

Los prejuicios raciales continúan dividiendo a los pueblos, y es rara la ocasión en que, al buscar la paja en el ojo ajeno, observamos la viga en el propio. Por mi parte, doy gracias a Dios por haberme brindado uno de esos breves momentos de luminosa revelación.

En 1950 era yo profesora en una escuela secundaria de Nueva York y me había tocado hacerme cargo de un grupo de muchachos difíciles de manejar, revoltosos e insolentes, que usaban del aula para dar escape a sus perversas energías, e incluso para engendrarlas.

Debido a error de la secretaría, o simplemente al exceso de alumnos, en ocasiones llegaba a mi clase algún estudiante de magnífico historial en cuanto a conducta y aprovechamiento. Cierto día se presentó en mi aula Saburo Yamasaki, uno de tales alumnos. Pequeño y del-

gado, lo único llamativo que había en él era su abultada cartera negra, más las gruesas gafas que llevaba. Me hizo una grave reverencia, y no había pasado un segundo cuando ya todos los muchachos estaban haciéndose burlonas inclinaciones uno al otro.

Mientras yo me daba prisa a anotar en mi registro los datos de Saburo, aquel ejército de ventrílocuos aficionados se dedicó a exhalar extraños gruñidos y hacer ruidos groseros. Cuando alcé la vista airada para imponerles silencio, comenzaron a levantarse la piel sobre las sienes para dar a sus ojos un aspecto oriental. Por fortuna, Saburo se hallaba de espaldas a ellos y no advirtió la burla, pero al pensar en lo que podría suceder durante el resto de la hora de clase, yo no las tenía todas conmigo.

Como no tenía pupitres desocupados, a fin de hacer lugar para Saburo y levantar a la vez una especie de baluarte, pedí a Dino que se sentara con Gregorio, cuyo especial saludo a los recién llegados consistía en la pesada broma de ponerles una cerilla en el zapato y encenderla. Al tiempo que Saburo se instalaba discretamente en el sitio asignado, sus vecinos más próximos fingiéronse presa de horrendas convulsiones epilépticas.

Yo me apresuré a iniciar la lección, que consistía en un sencillo ejercicio oral de gramática por cada alumno. En tanto proseguíamos la clase, los muchachos volvían más a menudo las miradas a Saburo que a sus condiscípulos llamados por mí al estrado y muy pocas de esas miradas eran amistosas.

La cartera de Saburo desapareció de debajo de su pupitre y vi que Gregorio le daba un feroz puntapié. Era una vieja treta que deleitaba a todos. Con la esperanza de poner freno a la creciente hostilidad contra Saburo, decidí pedirle que nos hablara de sí mismo.

Vacilante, pero erguido, se dirigió al frente del salón. Dino esparció un puñado de tachuelas sobre el banco que Saburo acababa de abandonar, y yo me hice mentalmente el propósito de levantar el asiento plegadizo antes de que aquél volviera a ocuparlo.

—Honorable profesora, honorables condiscípulos —comenzó Saburo, en el inglés más correcto y preciso jamás oído en esa aula— yo he nacido en esta ciudad, pero a causa de mi rostro (que como ven no es igual al de ustedes) nadie creía que fuese norteamericano. Cuando comencé a ir a la escuela, los niños me arrojaban piedras y me llamaban "japonés". Yo me sentía muy desdichado.

Los demás escuchaban, aunque un poco de mala gana.

—Mi madre murió y mi padre me envió por algún tiempo a casa de mis abuelos, a quienes yo no conocía y que vivían en el Japón. Antes de que pudiera regresar a los Estados Unidos estalló la guerra terrible. Los abuelos me mandaron a la escuela de la aldea, donde los niños me arrojaban piedras y me

llamaban "yanqui". Yo me sentía muy desdichado.

La vocecilla aguda de Saburo tenía un sereno tono impersonal, y mientras hablaba el muchacho sonreía ligeramente, como un anciano que recuerda las locuras de la juventud.

—La guerra continuaba y las cosas se agravaron para mí. En casa de mi abuelo oía decir siempre que los Estados Unidos perdían una batalla tras otra, y me sentía muy triste. En la escuela, ninguno de mis compañeros quería tomar la colación conmigo y ni siquiera hacerme una burla o robarme algo. Se limitaban a gritarme una mala palabra que significa "el pelirrojo", aunque tengo pelo negro. Comencé a hacer novillos. Me ocultaba en el bosque, donde rezaba. A veces lloraba. Pensé en matarme. Estaba convencido de que en ninguna parte me querían.

Saburo hizo pausa por un instante, y yo vi que Dino recogía sus tachuelas sin hacer ruido. Aquél prosiguió:

—Cierta mañana en que mi tío, la única persona que se mostraba bondadosa conmigo, se dirigió en bicicleta a su trabajo en Hiroshima, como era su diaria costumbre, yo fui a ocultarme de nuevo en el bosque. Estando allí oí una tremenda explosión y vi una enorme llamarada, seguidas por un silencio aterrador. Fue algo parecido a un gran alud de nieve que cayese por todas partes. Pensé que había llegado el fin del mundo.

La voz aflautada de Saburo se le quebró y éste volvió los ojos nublados hacia la sala. Se recobró en seguida y concluyó:

—Lo recordaré toda mi vida. Mi tío no volvió nunca a casa, pero pocos días después terminó la guerra. Ahora he regresado a mi patria. También a ésta la encuentro cambiada, pero más bella que nunca. Ahora nadie me arroja piedras y todos, a pesar de mi cara, me consideran su compatriota.

Durante unos segundos no hubo un susurro, un movimiento. Luego Gregorio se puso de pie tímidamente y, con toda seriedad, hizo a Saburo una pequeña reverencia. Entonces todos los muchachos se levantaron a su vez y se pusieron a aplaudir con suavidad, casi con ternura, mientras Saburo volvía a su banco. Él les sonrió y sentándose, buscó bajo el pupitre su cartera, que estaba de nuevo en su sitio, aguardándole.



Cuestión de faldas

Las faldas que se usan ahora son tan cortas, que los hombres que antes se sentaban en los cafés al aire libre a ver pasar las muchachas, ahora se pasean para verlas sentadas en los cafés. —E. P.

Para trasformar nuestra personalidad

POR WILFERD PETERSON

Condensado de "This Week Magazine"

Tan sólo el hombre, entre todas las criaturas de la Tierra, puede modificar su modo de ser. Únicamente él es arquitecto de su destino.

William James ha dicho que la revolución más asombrosa operada entre los de su generación fue el descubrimiento de que los seres humanos, modificando en lo más íntimo su actitud mental, pueden alterar el aspecto externo de su vida.

La historia y la literatura están llenas de ejemplos del milagro de este cambio interior. ¿Conocéis la fábula persa de aquel joven príncipe corcovado que logró hacerse erguido y esbelto con sólo permanecer de pie cada día ante una estatua suya que le representaba en posición erecta?

El cambio exige sustituir por otros los viejos hábitos. El carácter y el futuro toman la forma que les dan nuestros pensamientos y nuestros actos.

El cambio puede facilitarse mediante el trato con personas capaces de trasportarnos a las estrellas.

Al cambio puede estimularnos el elegir nuestros propios ascendientes espirituales entre los grandes hombres de todos los tiempos. Podemos así practicar el humanitarismo de Lincoln, la abnegación de Schweitzer, la clarividencia de Franklin.

El cambio puede lograrse modificando el medio en que vivimos. Renunciemos a las cosas ruines en demanda de lo excelso. Rodeémonos de lo mejor en literatura, en música, en arte.

El cambio puede alcanzarse, más que por nada, gracias al poder de la oración, porque con Dios todas las cosas son posibles.

Vieja Lavanda



Fulton

La Loción Vieja Lavand
de Fulton subraya co
su fragancia trascender
te, el más fino estil
de vida.

LOCION - JABON - TALCO
TAZA JABON DE AFEITAR.

FAIRHURST

Carta a un joven médico

Por Agnes Dooley

*Condensado de "Promises to Keep"**

El Dr. Tom Dooley murió cuando tenía en preparación el libro del cual formaba parte esta carta. El único capítulo que terminó constituye apropiado epílogo a la labor a que consagró su vida.

Aldea de Muong Sing
Reino de Laos

Mi querido Bart:

Es más de medianoche. Estoy en mi casa de Muong Sing, en los cerros del Himalaya, en la región norte de Laos. Las linternas de queroseno colgadas del techo lanzan sobre mi cabeza un zumbido sibilante, y en el valle sopla el viento, que azota palmas y franchipanes. Cualquiera diría que las lluvias que trae el monzón acabarán por inundarlo todo en este pobre pedazo del planeta. Estamos en la época en que la estrepitosa violencia de los temporales del trópico sube de punto. Grillos, ranas, bestias salvajes pueblan el aire de gritos y chillidos. No, no es tranquila la noche en estas tierras altas de Laos.

Pero me siento tranquilo al escribirte. Me parece que acabásemos de encontrarnos a la salida del salón de actos de la escuela de medicina. Deja, pues, que te diga, dándote un apretón de manos: "Te felicito, Bart. Te felicito por haberte graduado en la escuela de medicina. Te felicito por ser médico". Y deja, también, que al felicitarte te diga algo acerca de lo cual podrás reflexionar durante tu año de práctica como médico interno.

Grandes cosas te ofrece la carrera de médico. Doy por sentado que preferirás ejercer la medicina general. Aunque hay campo para los especialistas, de lo que más necesita hoy este atribulado mundo es de médicos rurales. Ahora bien, como médico general: ¿dónde ejercerás tu profesión? Mal distribuidos andan actualmente los médicos. Por

*Del libro "The Life of Doctor Thomas A. Dooley" © 1962

lo que hace a los Estados Unidos, casi no habrá lugar en que no los haya. Gracias a las clínicas de las asociaciones de ex-combatientes, a los servicios médicos colectivos en las industrias, los de los sindicatos obreros y todos los demás, pocas personas habrá en los Estados Unidos que no dispongan de asistencia facultativa sin más que un pequeño esfuerzo.

En este valle de Laos, antes que se fundase aquí nuestro hospital "Médico",* lo único que había en materia de asistencia a los enfermos era la magia negra, la necromancia, los ensalmos, la hechicería, las figurillas simbólicas de arcilla y el betel. Los aldeanos estaban enviciados en el empleo de la sangre de mono, las telarañas, los colmillos de tigre y los sortilegios. Tú, Bart, estás al tanto de lo que revelan las estadísticas mundiales. El Congo: 13 millones de habitantes y ni un médico congolés. Vietnam del Sur: 11 millones de habitantes y unos 180 médicos. Camboya: cinco millones de habitantes y siete médicos. Aquí en Laos: tres millones de habitantes y sólo un médico laosiano. No menos desconsoladoras son las estadísticas de otras naciones.

Aunque a veces se asegura que es la nuestra una época indiferente, dudo que pertenezcas tú al número de los que dicen: "Bueno ¿y a mí, qué? No es asunto mío". Tú y yo, Bart, somos herederos de épocas pasadas. Hemos nacido y nos hemos criado en un ambiente de libertad. Nosotros disfrutamos de justicia, de leyes, de igualdad. Mas nos hemos olvidado de otro aspecto de nuestra herencia. Hemos recibido un legado de odios engendrados en épocas anteriores a la nuestra por hombres desaprensivos. Un legado de los abusos, la degradación y la inhumanidad en que incurrieron hombres cegados por los prejuicios y la ignorancia. Quienes como tú y yo hemos contado con las oportunidades para adquirir una educación, que a muchos otros les faltaron, debemos ver en ello una incitación para poner a prueba nuestro valer. El responder a ella constituye una prerrogativa a la vez que una responsabilidad.

En mi sentir, lo singular de tal provocación, enderezada a los médicos jóvenes, exige de nosotros que dediquemos parte de nuestra vida a ejercer la medicina en tierras extrañas. Digo "parte" y no toda la vida. No se espera esto último de nosotros. Pero sí podemos dedicar a ello un año o dos. Contribuiría a nuestra madurez de hombres y nuestra formación como médicos.

Llegan ahora tus años de médico interno, acaso de médico residente; luego... ven por un tiempo a estas naciones que están en su período de desarrollo. Trae contigo, desde luego, tu equipo de médico, tu armamento clínico; mas, ante todo, tu fervor humano. Trae contigo tu entusiasmo, tu empuje, tu energía juvenil, la voluntad de dedicarte a

*Véase *La noche que incendiaron la montaña*, en SELECCIONES de setiembre de 1960.

aliviar las dolencias de los enfermos. Trae también tu fe en lo bueno y en lo justo. Trae, asimismo, una jovial disposición de ánimo; falta ha de hacerte cuando veas que el techo se llena de goteras, o que tu paciente se traga de un tirón todas tus píldoras, o que los curanderos cubren de boñiga tus asépticas compresas.

Que te anime, Bart, un espíritu intrépido. Pasa temporadas en lugares como este valle de Muong Sing. Prodiga tu bondad y humana simpatía a esa gente que tan escasas muestras de estos sentimientos han recibido de los hombres del mundo occidental. Verás cuánto contribuye a hermanar a los hombres un médico que tenga corazón.

Probable será que al leer esto te digas: "Pero, Tom: ¿qué saldré yo ganando con eso? Tú sabes que todos somos un poquito egoístas". Será mucho lo que ganes, Bart. Dedicar parte de tu vida a la práctica de la medicina en lugares como éste hará que lleves al ulterior ejercicio de la profesión un caudal de conocimientos mayor que el que adquirirías dentro de los estrechos límites de un mismo país y de unas mismas costumbres. Abarcarán tus conocimientos los más dilatados horizontes de un mundo en el que reine la paz.

El médico tiene conciencia de la fundamental semejanza de todos los seres humanos; y hoy el mundo reclama que se haga mayor hincapié en la hermandad de los hombres. Ésta ha de ser la fuerza que una entre sí a los hombres. Los jóvenes de los países occidentales debemos proyectar hacia el futuro para beneficio de nuestros semejantes nuestra herencia de libertades, de esas libertades que nos han permitido resistir a las enfermedades y también a las tiranías. Quienes disfrutamos de tal herencia hemos de ayudar a quienes carezcan de ella.

El queroseno se agota en las linternas y la llama vacila. Suspendo esta carta, que continuaré mañana.

Se nos ha ido un día desde que empecé a escribirte. Hoy de mañana vinieron a la clínica 78 pacientes. Había de todo: desde un caso agudo de paludismo hasta el del buen hombre que se presentó con su asno para que le curásemos la matadura del costado. Había niños con diarrea, otros con inflamación de los ojos, uno que traía la cabeza llena de piojos. Mis enfermeros sanitarios practicaron algunas extracciones de muelas y dientes. Los niños alborotaban lo mismo que lo hacen en nuestro país. Como allí, las viejas protestaban por tener que hacer cola. Algunos de los varones ya entrados en años querían que les diésemos "píldoras rejuvenecedoras", igual que... En fin, que no hay diferencias fundamentales entre la gente de un país y la de otro. Los seis años que he vivido entre diversos pueblos me convencen de que los puntos de semejanza entre ellos exceden invariablemente de aquellos en que difieren. Toda vida hu-

mana es un bien infinitamente precioso por sí misma. Aquí y dondequiera.

En resumen, Bart: creo que debes hacer de tu profesión y de tus sentimientos un vínculo que una a los hombres. La bondad y la dulzura, medios que ha de emplear diariamente el médico, pueden ser armas poderosas contra la ira que divide al mundo. Trae tu inteligencia y el fervor de tu corazón a lugares remotos, como este valle mío. Grande, muy grande será la recompensa que llevarás contigo a tu regreso.

Así pues, a mis felicitaciones por haberte graduado acompañan mis votos por que goces la dicha que se experimenta al servir a los que nada poseen.

Con mis más sinceros deseos por tu bien, tu amigo de siempre,

Tom



POR LA época en que la reina Victoria celebraba los cincuenta años de su reinado, los jueces de la Corte Suprema se reunieron a redactar su discurso de fidelidad a la Soberana. Se propuso comenzar la alocución con las palabras tradicionales: "Conscientes de nuestros defectos".

—¿No sería más honrado —apuntó uno de los magistrados— decir: "Conscientes de nuestros mutuos defectos"?

— Sir Frank Medlicott, miembro del Parlamento inglés

Tiernas despedidas

"MI PRIMER empleo", cuenta Kyle Crichton en *Total Recoil,* "fue el de buscar cuentas nuevas para un banco. Como estaba mal pagado, un día pedí aumento de sueldo. El presidente me preguntó si me sentiría muy disgustado si me lo negara. Al contestarle que sí, me despidió, pues, me dijo, no quería caras tristes en la oficina".

— Editores: Doubleday

SIENDO Harold Ross director de la revista *New Yorker*, llamó un día al jefe de redacción y lo despidió sumariamente. El periodista destituido se quedó de una pieza. ¿Acaso no había estado aumentando la circulación? preguntó. ¿No estaba la revista ganando buenas utilidades? ¿No había aumentado su prestigio durante el tiempo en que él estuvo al frente? ¿Es que el jefe de redacción había cometido algún gazapo monumental que justificara su destitución? No, repuso Ross. Todo había estado progresando normalmente; las operaciones editoriales se conducían al alto nivel de siempre; el redactor no había cometido error alguno. "Pero", concluyó Ross, "¡lo malo es que no es usted un genio!"

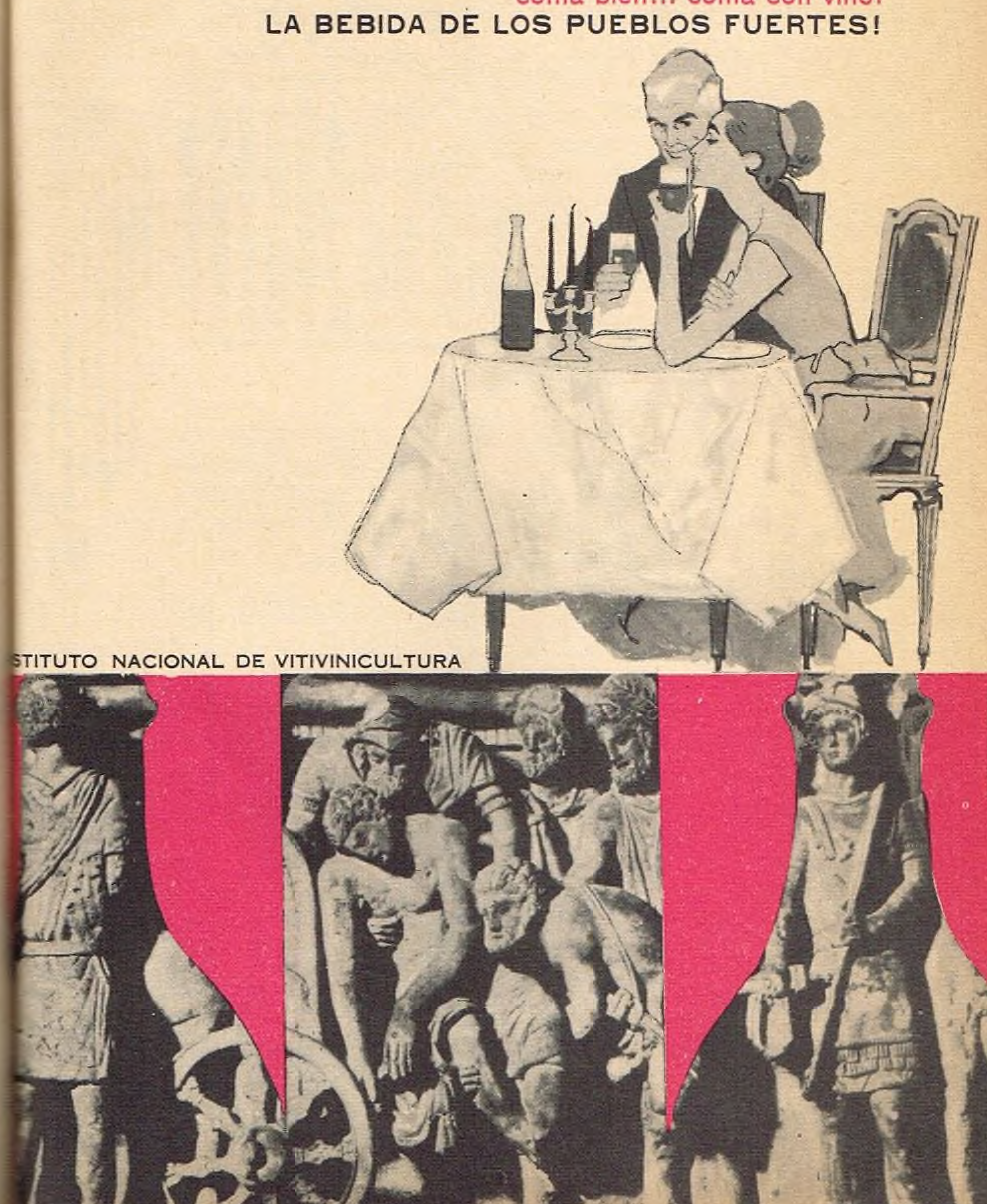
— R. L. T.

CON VINO ES VIDA!

presencia, fue presencia de sol en la mesa de los pueblos que amanecieron con el mundo. Sembró fuerzas, forjó al hombre y se hizo canto feliz en la victoria. Se vertió en la boda y ludó la llegada del hijo. Corrió el tiempo. Se sucedieron los siglos. El vino que desbor- el vaso de bronce y llenó la bota de cuero, rutila ahora en las copas su promesa de vida y re- cijo. Con él se estimula el paladar y el espíritu se anima revitalizado.

coma bien... coma con vino!

LA BEBIDA DE LOS PUEBLOS FUERTES!



STITUTO NACIONAL DE VITIVINICULTURA

El hijo ajeno



Condensado del libro* de
JOSEF BERGER



He aquí la historia de un endiablado y encantador chiquillo puertorriqueño que, de una barriada pobre, fue a parar a la casa de un respetable matrimonio neoyorquino para robarles el corazón y alegrar su vida, complicándoles sus ordenadas costumbres de una manera inconcebible. Josef Berger narra tan peregrina aventura en un libro verdaderamente seductor.

NUNCA supe por qué tocaría el timbre de nuestra casa la primera vez. Ni él tampoco... según me enteré después. El caso es que yo apreté el botón que abre la puerta de la calle y me asomé por el vano de la escalera.

—¿Quién es?

—Soy yo... Pepe —me respondió una vocecilla algo ronca.

—¿Quién es Pepe?

—Pues yo... Pe... No importa, ya me verá.

Y sin pedir permiso subió corriendo los dos tramos de escalones y se me plantó delante, en el descansillo de entrada a nuestro apartamento de dos pisos... Era un chico desarrapado con camiseta de manga corta (más agujeros que camiseta), pantaloncitos cortos y zapatos de suelas desprendidas y batientes. Mas no había nada patético en aquella polvorilla. Desde el copete airoso y rebelde de pelos castaños hasta los pies, demasiado grandes para su estatura, todo era vivacidad e inquietud. Le hice entrar y le pregunté qué deseaba.

—Nada —me respondió—. Solamente quería entrar.

Examinó los muebles de nuestro cómodo apartamento fijándose en todos los detalles y al fin exclamó:

—No sabía que esto iba a ser así. ¡Qué bonita casa!

Todo esto lo había dicho en un inglés que se ajustaba muy poco a las reglas de la gramática. Sus padres, puertorriqueños, solamente hablaban español y Pepe había aprendido el inglés en las calles de los barrios bajos de Brooklyn... que no es la mejor escuela para

*Poppo, © 1962 por Josef Berger. Editores: Simon and Schuster, Inc., 630 Fifth Ave., Nueva York 20, N. Y. Precio del ejemplar en inglés: $3,75.

aprender el idioma, ni otras cosas.

—Me alegro que te guste —le respondí—. ¿Quieres algo de comer?

Pepe se encogió de hombros. Aunque sólo contaba seis años (y no los representaba aún) tenía su orgullo.

—¿Quieres un poco de jugo de naranja?

—*Okay*.

—¿Y un emparedado de jamón?

—*Okay*.

—¿Y un plátano?

—*Okay*.

A todo decía *Okay*. Cuando hubo comido tanto cuanto me pareció prudente, nos sentamos. Si bien correspondía a mis esfuerzos de hacerlo hablar, al parecer no deseaba otra cosa que estarse allí, sentado en un "lugar bonito"... deseo que encontré agradable, pero no del todo conveniente. Como escritor sin empleo fijo, hago casi todo mi trabajo en casa, mientras que Dottie, mi esposa, está empleada en la oficina de una revista. Le expliqué a Pepe que tendría que ponerme a trabajar.

—*Okay*, trabaje.

—¿Y tú qué harás entre tanto?

—¿Yo? Nada. Yo no tenía nada que hacer antes.

Le dije que necesitaba estar solo para trabajar; sería mejor que volviera en otra ocasión. La explicación le satisfizo y se marchó.

Después supe que vivía a muy corta distancia. Al final de nuestra arbolada calle en la sección de Brooklyn Heights, quedan aún dos casas de vecindad como testigos de la miseria que había imperado antes en el barrio. En una de ellas vivía la familia de Pepe: siete personas amontonadas en una sola habitación, que compartían además con las ratas y las cucarachas.

Al día siguiente volvió Pepe a visitarnos. Eso fue en el verano de 1958 y, de allí en adelante, no dejó de presentarse en casa al menos una vez por semana durante tres años. El chico era un borbollón de ideas nuevas y preguntas incontestables expresadas en un lenguaje atroz. Solía embriagarse de entusiasmo y alegría y (ya de por sí ágil como un mono), en tales casos daba volteretas y cabriolas sin poder tener quietos los pies. Con cada visita se iba ganando mi afecto.

Pocos meses después de iniciada nuestra amistad, Pepe me reveló su plan. Era muy sencillo: simplemente quería que lo adoptásemos; luego se mudaría a nuestro apartamento y todos viviríamos muy felices...

Una y otra vez me vi obligado a decirle que eso no era posible.

—No es preciso que te adoptemos. Yo soy tu amigo, tú eres mi amigo y con eso basta.

Pepe me escuchaba respetuosamente, pero no daba su brazo a torcer. Se le había metido en el magín que su plan no se cumplía porque no lo aceptábamos... todavía.

La entrada en un mundo nuevo

Cuando penetré un poco en las intimidades de la familia y me enteré de sus cuitas, comprendí por qué Pepe necesitaba convertir en reali-

dad su sueño de una vida nueva. No mucho antes de haberlo conocido, la escasez de dinero y las constantes riñas conyugales acabaron por separar a sus padres. María, la madre, se había llevado consigo a sus cinco chiquillos a otra casa de vecindad, todavía más sórdida, en el sur de Brooklyn.

Era una mujer muy bien parecida y no tardó en casarse otra vez. Pero el nuevo esposo pronto se vio en apuros para mantener cinco niños y la abandonó después de haberle dejado otra nena. La madre, como no podía estirar el dinero que recibía de la beneficencia (y no tenía más entradas) para darles de comer a seis criaturas, resolvió mandarle tres a Julio, su progenitor, y así fue como Pepe vino a hospedarse con su padre, y su madrastra de 19 años, en la vivienda de dos habitaciones que ocupaban en la calle Front del distrito fabril que se extiende a la sombra del puente de Brooklyn y que es uno de los barrios más lúgubres de la ciudad. No es extraño, pues, que Pepe quisiera instalarse en un domicilio tan agradable como el nuestro.

A Dottie le caía en gracia esa curiosa amistad que iba creciendo entre aquel chiquillo y el cincuentón de su marido. En realidad, le daba pábulo. Habíamos perdido nuestro único hijo en la infancia. Aunque tenemos una hija casada a quien adoramos y una nietecita de seis años, Dottie se lamenta aún de que yo no disfrute la compañía de un hijo varón.

En el verano de 1961 llevamos a Pepe a pasar una semana de vacaciones en casa de unos amigos en la playa de Shelter Island. Como preparativo para la excursión, mi mujer y el chico se pasaron las horas examinando el catálogo de un almacén de ventas por correo y escogiendo ropas para equipar a Pepe de pies a cabeza, ropas de una clase que él no había usado nunca en su vida... no tanto por lo costosas como por lo nuevas.

La víspera del día fijado para el viaje se presentó en nuestro apartamento, como se le habíamos mandado, para someterse a una limpieza final. Es imposible describir el olor que despide un chico de los barrios más bajos de Nueva York. No es el olor de la mugre común y corriente, sino más bien el olor de un sistema de vida. A Pepe lo habían bañado antes de venir, y vestía un trajecito limpio de los suyos, pero el tufillo no se le había ido. Lo desvestí, le puse su ropa en una bolsa de papel y comencé a bañarlo de nuevo. Tras una jabonadura y una buena friega, salió de la bañera un chiquillo hermoso, de cutis terso, muy bien formado... y sin el tufo.

Esa noche dormimos todos en casa. A Pepe lo acomodamos en "la habitación de Melanie", la pequeña alcoba que ocupa nuestra nietecita cuando viene a visitarnos a fin de semana. Fue esa la primera vez que se puso pijama y la primera que dormía en una cama para él solo.

Pero tantas novedades no fueron nada comparadas con las maravi-

llas que le aguardaban al día siguiente, cuando, después de tres tediosas horas de tren, subimos a bordo del trasbordador que nos llevaría a Shelter Island. Una alocada exaltación se apoderó de él al zarpar el vapor . . . la emoción del niño que, sediento de belleza, sale por primera vez de los barrios inmundos de la ciudad y se encuentra rodeado de cosas que le encantan. Pepe estaba fuera de sí: el azul profundo del agua, las gaviotas que revoloteaban escoltando el barco, el "aire nuevo" . . . todo le sugería comentarios, que hacía a voz en cuello. Cuando llegamos a la isla y bajamos a tierra, hizo una pausa para examinar la bahía y las costas distantes bordeadas de árboles, abrió los brazos, dio media docena de saltos y gritó:

—¡Qué bonito es esto . . . qué bonito!

Para Pepe, Shelter Island era el mundo de sus sueños hecho realidad, un mundo donde no hace falta entretenerse jugando con la basura tirada en las aceras, con cajas de cartón o muelles de colchones viejos; donde no se anda con los zapatos rotos ni hay que conformarse con café aguado y pan sin mantequilla para el desayuno, y con arroz y frijoles para la comida. Aquí podía uno subirse a los árboles frutales, correr por los prados, recoger moras silvestres, navegar en lanchas de motor, aprender a nadar y satisfacer a sus anchas la innata manía de tirar piedras en las playas desiertas.

El chico se entregó a toda clase de diversiones nuevas, todo le gustaba, a todos quería y comía como un lobo. En realidad, entró de lleno en este nuevo mundo de maravillas como si Dios mismo le hubiese abierto la puerta diciéndole: "Pepe, aquí lo tienes, lo hice para ti: entra y diviértete".

Teníamos muchos amigos veraneando en Shelter Island. Pepe los conoció a todos y, sin excepción, se conquistó su cariño. Uno de ellos, que trabajaba en Nueva York en cuestiones de sicología infantil, quedó tan prendado de Pepe que propuso hacer una colecta entre todos para constituir un fondo y darle educación. Para mí aquello fue la confirmación de algo que yo creí siempre: que el chico, además de su simpatía, poseía una personalidad excepcional.

Decidimos dar el paso

Yo ESPERABA que la vuelta a la ciudad sería muy dura para Pepe, mas no había pensado que también lo iba a ser para mí. El día siguiente de nuestro regreso a Brooklyn Heights, Dottie tuvo que volver al trabajo. Me pareció que quedaba demasiado espacio vacío e inútil en nuestra casa; sentí impulsos de salir, tomé un taxi y me fui volando a la calle Front.

¿Por qué razón un hombre hecho y derecho como yo permitía que le trastornaran el seso las fantasías de un mocoso? "Joe, quiero que seas mi papá . . . Joe, mi papá no gana lo suficiente . . . quiere vol-

Enriquezca su menú con esta deliciosa sopa

Knorr-Suiza
Sopa
Crema de Espárragos
con puntas de espárragos
4-6 platos
Peso neto 75 gr.
Industria Argentina

Un chef suizo la creó para usted...

Un chef suizo "creó" esta deliciosa sopa, combinando con arte todos sus ingredientes. Tan sólo falta su "toque" personal para lucirse con esta Sopa Crema de Espárragos con puntas de espárragos, "creada" para el deleite de la buena mesa.



Knorr-Suiza

la óptima calidad que todos prefieren

"Hecha" bajo licencia y control de la S.A. de Productos Alimenticios KNORR (Thayngen/Suiza).

verse a Puerto Rico y dejarme a mí contigo". Así expresaba el chiquillo, que ya contaba nueve años, los más ardientes deseos de su corazón, y con ellos ponía angustia en los nuestros: Dottie y yo pasábamos de los cincuenta . . . demasiado viejos para pensar siquiera en adoptar a nadie. Pepe, a pesar de toda su apariencia infantil, había sobrepasado ya los principales años de formación y durante ellos tuvo que vivir en un medio que en todos aspectos no podía ser más diferente del nuestro. Y, si quería algo que su padre no pudiera darle, allí estaba su madre, a quien adoraba. No había, pues, razón de que yo necesitara del niño, ni él de mí.



Pero ¿quién era yo para pensar así? Habían pasado tres días desde nuestro regreso de Shelter Island y en todo este tiempo no había visto siquiera a Pepe. Casi anochecía cuando sonó el timbre. Era él.

—Joe, ¿podemos subir?

Había traído consigo a su hermanito menor, Francisco, y venía tan inquieto y retozón como siempre, brincando y haciendo toda clase de travesuras.

Me alegré de que, al menos, no hubiese reaccionado mal: me dio a entender que había vuelto a su antigua vida de la calle Front con toda la alegría de su espíritu abierto. Pero Francisco lo descubrió:

—Pepe estuvo llorando ayer todo el día porque quería venir aquí y papá no lo dejó.

Entonces miré a Pepe. Estaba algo corrido:

—Sí, papá no quería que yo viniera a molestarte, Joe. No sabe que vinimos hoy.

Yo le dije que, aunque mucho deseaba verlo, no estaba bien que desobedeciera a su padre, y me los llevé a los dos en un taxi a la calle Front. Mientras volvía a mi casa, incomodé al chofer silbando una tonada durante todo el camino.

Cuando regresó Dottie del trabajo le relaté la visita de Pepe.

—Pobre chiquillo —dije—; si hubiera algún modo de . . .

—Si tanto quieres a Pepe —me interrumpió— ¿por qué razón no lo traemos aquí?

—¿Quieres decir que lo adoptemos?

—No lo sé. Todavía no hemos hablado de ello.

—Pero, tú sabes el riesgo que corremos si lo hacemos sin tener el amparo de la ley. Suponte que Julio y María quisieran llevárselo otra vez. Para entonces ya nos habríamos metido en muchas honduras.

—¿Y no crees que ya estamos muy metidos, Joe?

Tenía razón. Ya estábamos corriendo el riesgo que me temía. Durante un período de tres años me había ido encariñando cada vez más con la criatura.

Discutimos a fondo la situación y pocos días después hablé con Julio y María por separado. Les hice ver claramente que queríamos mucho a Pepe y que deseábamos traerlo a vivir con nosotros; que no pretendíamos adquirir ningún derecho sobre él y que legalmente seguiría siendo de ellos; pero que, si Pepe lo quería y el plan salía bien, algún día hablaríamos de adoptarlo por hijo. Ambos consintieron agradecidos; ambos querían de todo corazón que, al menos uno de sus hijos, gozara de las ventajas que ellos no podían proporcionarle.

Y así fue como Pepe, como se había propuesto desde siempre, vino a vivir con nosotros. Que su plan saliera bien o mal era una cuestión que no se vería inmediatamente, sino con el tiempo.

Notas del diario de un nuevo padre

Mañana vendrá Pepe a vivir con nosotros. En nuestra vida matrimonial, a Dottie y a mí no nos han faltado aventuras. Ésta nos llega quizá un poco tarde, pero estamos dispuestos a arrostrarla. Y Pepe también; él siempre lo ha estado. Pero hoy tenía algunas preguntas que hacernos.

—Cuando venga a vivir aquí ¿cuál será mi nombre?

—El mismo de siempre.

—No. Yo quiero llamarme Josef Berger.

—Quizá más tarde te llames Josef Berger, hijo, si así lo quieres. Entre tanto, tu nombre está muy bien.

—No, no está bien para aquí; es nombre hispano.

Nunca he podido convencer a Pepe de que los "hispanos", como él llama siempre a los puertorriqueños, son tan norteamericanos como cualquier otro ciudadano de los Estados Unidos. Tenemos que hacer todo lo posible para que comprenda que no tiene por qué avergonzarse de su origen; es preciso que

no se alce entre nosotros semejante prejuicio.



HEMOS comenzado bien. Anteayer fui a la calle Front a buscar a Pepe. Ya había empaquetado sus cosas y estaba listo. Los únicos bienes materiales que posee son sus ropas (en su mayoría compradas por nosotros) y una bicicleta que le regalé hace algunas semanas.

Aunque no ha montado mucho en su bicicleta, lo que le falta de práctica lo suple con atrevimiento. Cabalga en ella como el "Llanero Solitario" de las películas: agarra el manillar con ambas manos, da un gran salto en el aire y cae con el trasero sobre el sillín. Es un ejercicio que le pone los pelos de punta a cualquier padre novel. Pero tendré que acostumbrarme... así es como Pepe hace todo.

Es un consumado imitador. Remeda a la perfección las dudosas gracias de los actores más detestables de la televisión: el último ídolo adolescente con ribetes de delincuente juvenil, el cantante plañidero y lánguido, el viejo verde de mirada lasciva; sabe silbar, hasta reventarle a uno los oídos, con los dedos o sin ellos, en "diez estilos diferentes".

Ayer, su primer día en nuestra casa, me oyó hablar con un amigo por teléfono. "Lo tendremos aquí", le decía yo, "un año, tal vez menos, sin comprometernos; después lo adoptaremos, probablemente".

Como hasta entonces solamente le había dicho a Pepe que "vendría a vivir con nosotros", no comprendió lo que dije acerca de "adopción" cuando hablaba por teléfono, y por tanto entendió que solamente lo tendríamos en casa un año o quizá menos. Cuando colgué el auricular entró en la habitación con una cara de tristeza inconsolable. Se paró en la puerta, corrió hacia mí, saltó so-

bre mis rodillas y, arrimando a la mía su carita compungida, me dijo:

—Joe, cuando le pregunté a papá cuánto tiempo me iba a dejar contigo, él me contestó: *para siempre*. ¿Sabes lo que quiere decir eso, Joe?

Yo sabía el significado de esas palabras en español y se las había oído decir a su padre; había notado asimismo la sorpresa y el dolor que le habían causado al niño en aquel momento. Y sabía, cuando Pepe las repetía ahora, que se le habían grabado en la mente como el ácido graba la lámina de metal. Por mucho que deseara venirse con nosotros, ese "*para siempre*", tan repentino, tan definitivo, no era lo que él hubiera querido oír de labios de su padre.

Le expliqué entonces que había entendido mal mi conversación telefónica; lo que había querido decir era que esperaba probar en un año o menos que nuestro arreglo sería permanente . . . eso era lo que Dottie y yo queríamos.

—Pero no somos nosotros los únicos que pueden decidir eso. Antes de que termine el año tu padre podría cambiar de opinión, o quizá tu madre se arrepienta.

—No, yo sé que no lo harán.

—Bueno, quizá no. Pero hay otra persona que podría volverse atrás y ésa tu bien sabes quién es.

—¿Quién, yo? Oh, no. Yo me quedo *para siempre*, Joe.

Pepe, estudiante

Esta mañana llevé a Pepe a la escuela: su primer día. Nuestra Escuela Pública Nº 8 es una de las mejores de la ciudad.

Pero el chico se resistía:

—Joe, tengo miedo —me decía.

Yo sabía que su temor se debía a que él esperaba encontrar allí un ambiente hostil para los puertorriqueños. La escuela queda a 10 minutos de casa, y a la velocidad de una por minuto me iba poniendo distintas objeciones. Cuando ya casi llegábamos se paró en seco y me anunció terminantemente que no entraría. Quise convencerle riéndome de sus aprensiones, mas al ver que este procedimiento no daba resultados hice una breve alusión al policía encargado de aprehender a los chicos que hacen novillos. Este lenguaje sí lo entendía él; no fue preciso más.

Por la noche, después de la cena, le pregunté si le había gustado la escuela. "Muchísimo", fue su respuesta. Se había encontrado con varios niños puertorriqueños, entre ellos con Rafaelito, a quien conoció cuando era vecino nuestro. ¿Y la señora Israels, su nueva maestra? Según él era "muy buena", cosa que me sorprendió, pues en la breve conversación que tuve con ella esta mañana me pareció severa y poco dispuesta a aguantar tonterías. ¿Sería que a Pepe le convenía un poco el carácter de la señora Israels?

—Pero, Joe —prosiguió— ¿sabes una cosa? La señora Israels es judía.

—Hay muchos que son judíos ¿y eso qué?

—Pues . . . ¿no sabías que los ju-

díos mataron a Dios?

—¿Quién te contó eso?

—Enrique me lo contó. (Enrique era su padrastro, el segundo esposo de María.)

—Lo clavaron a un gran palo . . . ¿cómo se llama eso?

—Una cruz.

—Sí, eso es: y lo mataron. Y me parece que la señora Israels era una de la pandilla.

—Esas son tonterías. Tú no sabes lo que dices.

—Enrique me lo contó; te lo juro que Enrique me lo dijo.

—Enrique no lo sabe todo, no lo creas.

Traté entonces de relatarle el pasaje del Evangelio con palabras que estuvieran a su alcance y, cuando pensé que ya comenzaba a entender, me salió con este comentario desconsolador:

—*Okay*, debió ser otro el que mataron los judíos.

Una visita

Hoy hubo aumento en las pertenencias de Pepe. Llegó un paquete con más ropa pedida por Dottie y algunas baratijas para su habitación. Abrir envoltorios se ha convertido en uno de sus entretenimientos favoritos, y estoy seguro de que piensa que será operación de todos los días mientras viva con nosotros. No se da cuenta de que estamos satisfaciendo ya las necesidades más urgentes de un chico de nueve años que vive en nuestro medio económico. Cuando empiecen a llegar menos paquetes y sean menos frecuentes las visitas a las tiendas, supongo que llegará el día del ajuste de cuentas.

En el correo de hoy venía un reloj eléctrico para su cuarto. Una bombillita colocada detrás de la carátula hace que resplandezca en la oscuridad como una estrella. Dottie bajó las persianas de la alcoba y llamó a Pepe para que lo viera. El chico abrió tamaña boca y lanzó una exclamación que no me atrevo a consignar por escrito. Luego miró a Dottie de reojo y corrigió:

—He querido decir ¡Caramba!

Esta noche, a eso de las nueve, me llamó por teléfono Carmen, su hermanita mayor. Ella y Francisco, y también su madre, quieren hacerle una visita mañana por la tarde. El gusto con que recibió Pepe la noticia no fue del todo completo; por una parte, deseaba ver a sus hermanos, pero . . . mientras lo acostaba me preguntó:

—¿Qué haremos si mamá quiere llevarme otra vez a casa?

—En ese caso yo no podría hacer más que dejar que te lleve —le respondí.

El chico me echó los brazos al cuello:

—No, mamá no me llevará. Yo sé que no. Ella quiere que yo me quede aquí.

Hubiera querido adivinar los pensamientos que en esos momentos cruzaban por su mente. Solamente el tiempo, quizá, podrá apaciguar el conflicto en que se debate entre el amor a nosotros y la lealtad a los suyos. A pesar de la separación de

su familia, los lazos que lo unen con su hogar son fuertes todavía. Cuando María convino en dárnoslo ¿sabía ella la pena que se causaba a sí misma, a Carmen, a Francisco . . . y al mismo Pepe? Él quiere a estos dos hermanos y a su madre más que a nadie en el mundo, y yo no consentiría otra cosa. ¿Seremos capaces de remplazarle lo que va a perder cuando "Mamaíta" y Carmen y Francisco se vayan alejando de su vida llevados por el río invisible de los días?

Son las diez y media. Acabo de asomarme a la habitación de Pepe. Está dormido. En la mejilla, precisamente debajo del ojo izquierdo, tiene una huella que parece una lágrima seca.

Resultó que la madre de Pepe no nos visitó al fin. Solamente vinieron Carmen y Francisco. Dijeron que María estaba enferma . . . un malestar del estómago. Miré a Pepe. Estaba pálido y los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas. Entonces dije:

—Tal vez podrá venir la semana entrante —pero Pepe ya estaba hablando con sus hermanos y les decía:

—Tengo infinidad de cosas que enseñaros.

Carmen y Francisco se quedaron un par de horas. Hablaban en español como unas cotorras. Aunque yo solamente alcanzaba a pescar una que otra palabra, la visita que se hicieron estos chicos fue algo hermoso de presenciar. Se entendían

como si no se hubiesen separado ni un solo día. Sus relaciones son cordiales y afables. Carmen, de once años, expresa su afecto con una curiosa y divertida tolerancia maternal hacia las chiquilladas de Pepe; Francisco con juegos bruscos, luchas y pescozones. Ambos admiraron la habitación de su hermano, sus ropas, sus juguetes, pero no con mucha efusión. Ninguno mostró el más ligero síntoma de envidiar a Pepe o de resentimiento contra mí.

Dottie le regaló a Carmen una cartera nueva y dentro de ella puso algún dinero para María. Cuando se fueron, Pepe se quedó contento. En todo el día no volvió a nombrarlos, ni a su madre ni a sus hermanos.

Los problemas de adaptación

HA SURGIDO una desavenencia a causa de la asignación semanal de Pepe.

La semana pasada le di 50 centavos después de explicarle por décima vez para qué eran. No había acabado de recibirlos cuando salió a todo correr y se compró cinco helados verdes y azules de aspecto alarmante, ensartados como polos cada uno en un palito, y luego le regaló 25 centavos a Rafaelito. Le recordé que no volvería a recibir más dinero hasta el sábado entrante, pero no le hizo mella mi advertencia.

Hoy vio Pepe un juguete en el escaparate de una tienda; era uno de esos trebejos mecánicos de hojalata que apenas duran medio día, pero

que a él lo vuelven loco. El precio estaba marcado en 2,50 dólares. Me pidió que se lo comprara; yo no accedí.

—Pero, Joe, ese es el único juguete que yo quisiera en la vida...

—No; yo no te compro un trasto de esa clase. Pero, si realmente lo quieres, ya sabes cómo lo puedes obtener.

—*Okay*. Cómpramelo ahora y no tendrás que volver a darme dinero en muchas semanas, en años, si quieres.

Volví a repetirle todo lo que ya le había dicho acerca de su asignación semanal. Él me expuso sus teorías sobre el crédito y yo le insistí en el propósito educativo que me movía a restringirle el dinero. Como dependía de mí dárselo o no, tenía yo la fuerza de mi parte. La suya era tan débil que me conmovió, pero no cedí; y estoy seguro de que, allá en sus adentros, el chico agradecía mi firmeza. Ya sabe que hay algo que no puede derribar con la misma facilidad con que se tumba un castillo de naipes.

No obstante, el día terminó con un anuncio de Pepe que me puso furioso. Exactamente a las 9:30, hora de acostarse, salió con que aún no había hecho sus tareas de la es cuela. De la oportunidad con que lo dijo deduje que era un pretexto para no irse a la cama. Lo acosté a la fuerza y mañana lo sacaré del mismo modo a las 6:30 en vez de a las 7:00, para que tenga tiempo de hacer la tarea. Dudo que vuelva a intentar otra pillería de esa clase.

Pepe es un chiquillo rebosante de todas las cualidades que me gusta ver en un ser humano, pero me inquieta la multitud de problemas insolubles que va acumulando en mi vida.

Constantemente exige de mí tiempo y atención; no puede entretenerse solo más de cinco minutos. Ahora me doy cuenta de que vino aquí pensando que yo ocuparía no solamente el lugar de su padre, sino también el de toda la caterva de hermanos y hermanas, primos y amigos que ha conocido durante su vida. No alcanza a comprender cuál es la razón de que no me ponga enteramente a sus órdenes cuando trabajo en casa, estando allí como estoy.

Hoy, al volver de la escuela, no quiso salir a jugar afuera y cumplió su deseo exponiéndome toda clase de argumentos y prometiéndome que me dejaría trabajar; y así lo tuve encima hasta que llegó la hora de comer. Después de la comida continúan mis obligaciones para con él (el repaso de sus tareas, el baño y el cuento para que se duerma) hasta que se acaba el día.

Ya me he acostumbrado a este problema, pero hoy me llamó el director de una revista para encargarme un artículo con plazo perentorio de diez días. Si no consigo que Pepe se valga por sí mismo, y me deje trabajar libremente, me voy a ver en aprietos.

Pero, ¡tiene tanta picardía este chiquillo! ¡Y es tanta la dirección que necesita ahora!

Llegamos al momento de decidir

Dottie trabajó en la biblioteca hasta las once de la noche; cuando llegó a casa, Pepe no se había dormido aún. Estuvo cinco minutos en su habitación dándole las buenas noches y luego bajó muy preocupada.

—Ese chico tiene algo que lo desazona —me dijo—. ¿Sabes tú qué será?

Le conté que Carmen había llamado poco antes para anunciarnos que María y los chicos deseaban venir de visita mañana por la noche. Un amigo suyo llamado Johnny, que trabaja en un garaje y a quien los niños nombraban con frecuencia, iba a traerlos en automóvil. Yo creí que a Pepe le encantaría la noticia, pero no fue así; se inquietó mucho y no pudo dormirse.

—Ojalá no viniera su madre —dijo Dottie—; entre su familia y nosotros, el pobre no sabe con quién quedarse.

—Y a pesar de todo, se siente despechado —intervine yo—; no ha podido olvidar el gusto con que Julio nos lo entregó.

—Y, hablando de despechos, ¿qué piensas tú de lo que nosotros estamos haciendo con Pepe? Tú mismo me contaste que él quería cambiar su nombre por el de Josef Berger, hijo, y que tuviste que decirle: "más tarde, más tarde". A un chico tan vivo y sensible como Pepe le afectan esas cosas... Yo también quiero que se llame Josef Berger —terminó mi mujer, echándome los brazos al cuello.

—Y yo también; estamos de acuerdo —le respondí.

Esta noche le dije a María que deseábamos adoptar a Pepe legalmente.

Llegó a nuestra casa, como lo habíamos convenido, trayendo consigo a Carmen y a Francisco. Ya hacía casi un mes que no veía a su hijo y su visita fue, como siempre, entrañablemente afectuosa. Al verlos juntos sospeché que era él el preferido de la pollada. No hubo entre ellos demostraciones emotivas, sólo una calma y un cariño deliciosos. Ella lo peinaba (sabiendo que al cabo de dos minutos estaría desgreñado otra vez), le abotonaba el cuello de la camisa, lo acariciaba como una clueca que quisiera cubrirlo con sus alas. Los dos muchachos subieron después al cuarto de juegos y yo, sirviéndome de Carmen como intérprete, le expliqué a la madre nuestro proyecto.

María no vaciló en darme su respuesta. Eso era lo que ella había deseado siempre; lo que Julio me había dicho una vez, ella me lo repetía ahora.

—Ustedes pueden hacer mucho más por él que yo.

Conociendo a Pepe como ya lo conozco, sabiéndolo tan ingenioso, tan preguntón, tan voluntarioso y travieso, ya me imagino el constante brete en que pondría a Julio y a María. Mas ahora, según podían verlo, "el barrabás de Pepe" les de-

mostraba que bien puede abrirse paso en la vida, que ha encontrado a alguien que lo quiere tanto que está dispuesto a adoptarlo por hijo.

Dottie no sabe qué hacer para contarle a Pepe cuanto antes nuestra resolución, pero hemos convenido en callarnos mientras no estemos seguros de que no habrá dificultades para cumplir con los trámites legales. Debo confesar, ahora que hemos decidido dar este paso, que me muero de miedo.

Esto es definitivo

Esta mañana, después de una larga conversación con el abogado que se ha encargado de nuestro "caso", llamé a Dottie a su oficina para comunicarle lo que me dijo: que cree poder asegurarnos que la adopción se conseguirá en un plazo de cuatro meses, poco más o menos.

—Ya sabemos, pues, con seguridad que Pepe será nuestro —agregué—. Creo que ya podemos decírselo.

No me contestó inmediatamente y cuando volví a oír su voz percibí que se había atragantado.

—Díselo tan pronto como vuelva de la escuela.

—¿No te parece que sería preferible aguardar a que tú vengas esta tarde?

—No, no esperes. Bastante tendremos que hablar los tres... de aquí en adelante.

Se fue pasando el día; me sentí incapaz de seguir trabajando, aunque contento de no tener que esperar a Dottie para desembuchar mi secreto; pensé primero en llamar a la directora de la escuela y pedirle que dejara salir a Pepe antes, pero luego me pareció una tontería mi ocurrencia. Después del almuerzo me asaltó el temor de que no se viniera directamente a casa; así que salí a su encuentro un poco antes de las tres de la tarde.

Nos vinimos todo el camino hablando del asunto y le expliqué lo mejor que pude lo que significaba la adopción legal.

—Esto es permanente, para toda la vida —le dije—. Dentro de poco serás nuestro hijo... igual que si hubieras nacido en nuestra casa.

Aunque Pepe se exalta fácilmente y levanta la voz por cosas triviales, cuando tiene que habérselas con algo realmente importante en su vida, bueno o malo, habla bajo y con calma. Eso le estaba pasando ahora.

—¿Seré Josef Berger, hijo?

—Sí. Yo seré tu padre, tu verdadero padre, y Dottie tu madre. Y ambos estamos muy contentos por eso.

Habíamos llegado a una esquina, esperábamos la luz verde para cruzar. Nunca había permitido antes que lo cogiera de la mano al cruzar una calle. Ahora, apenas cambió la luz, me cogió la mano... y se olvidó de soltármela cuando ya estábamos en el otro lado.

"Ni por un millón de miles de dólares"

Me fastidia que todos mis amigos y conocidos, casi sin excepción, al enterarse de que adoptamos el

niño exclamen: "¡Han hecho ustedes algo muy encomiable!" Nosotros no hemos hecho nada bueno ni generoso en pro de un chico desamparado (que es lo que ellos quieren decir). Al contrario, por razones que no se me alcanzan, nosotros somos los especialmente favorecidos. Si nos hubiéramos propuesto buscar a "Pepe" de seguro no lo habríamos encontrado: es uno de esos bienes que se dan por añadidura en la vida.

Hoy tuve compromisos que atender en el centro. Por la tarde llamé a casa para saber si Pepe ya había vuelto de la escuela y saludarlo. Me contestó al teléfono Perla, la criada que hace la limpieza dos veces por semana. Aunque ya eran las cuatro, una hora después de cerrarse la escuela, Pepe no había llegado. A las 4:30 volví a llamar. Nada.

Cuando llegué a casa, poco después de las cinco, ya estaba allí. A pedacitos me fue contando que había sido el promotor de un motín en clase. Todo empezó porque le dijo a la niña que habían dejado encargada de la clase: "Tú no me gustas y no quiero que estés aquí". El relato que siguió fue un poco vago, pero yo deduje que había habido gresca y que lo habían dejado castigado.

—Estuve preocupado por ti —le dije.

—¿Cuando supiste que no había llegado, creíste que no iba a llegar jamás? —me preguntó lleno de interés y complacencia.

Aproveché su pregunta para ponerlo yo a prueba.

—Creí que te habías escapado.

—Eso no lo haría yo ni por un millón de miles de dólares. Ni por un millón de millones—. Luego se quedó pensando un momento y añadió con socarronería—: Y eso es mucho dinero.

El perrito de juguete

Pepe estaba hoy pensativo; me contó que una vez formó parte de una pandilla de desharrapados del sur de Brooklyn que se llamaban a sí mismos "los Suicidas".

—Yo era el más pequeño de la cuadrilla, los demás eran muchachos mayores... como hombres. Cuando lo reciben a uno le dan un puñetazo muy fuerte en el pecho para ver si uno es macho.

—¿Y tú eras muy macho?

—Naturalmente... sólo que lloré cuando me pegaron muy fuerte.

Como miembro de la pandilla —me contó— tenía que entrar en las peleas contra los Mau Maus, con quienes los Suicidas estaban en constante guerra.

—¿Los Suicidas son todos puertorriqueños y los Mau Maus son muchachos de raza negra, verdad?

—Sí, así es.

Hace apenas unos cuantos meses que Pepe estuvo metido en todos estos líos. Conociendo la tragedia de odio y rencor que ha ido tomando cuerpo entre muchos vecindarios puertorriqueños y negros de Nueva York, no deja de preocuparme esta fase de su vida.

Desde que está con nosotros, Julio y su nueva esposa lo han visitado una vez; María ha venido a verlo dos; Carmen y Francisco, cuatro.

Esta tarde le dijo Pepe a mi mujer:

—Dottie ¿recuerdas que me dijiste que ibas a poner una cama en mi cuarto de juego? ¿Cuándo la vas a poner? Cuando tengamos una cama allí, Carmen podría dormir en ella.

Después se me acercó Dottie muy intranquila.

—Parece que ha descubierto la manera de tener dos familias a un tiempo.

No le falta razón de estar inquieta. No podemos adoptar a Pepe junto con su familia, ni tampoco nos conviene adoptar medio niño. De lo que no se da cabal cuenta Dottie, por no haber estado en contacto directo con los padres como yo lo he estado, es de la excelente disposición de Julio y María para concedernos cualquier cosa, la que pidamos, si vamos a hacernos cargo de Pepe. Son gente sencilla, ni exigentes ni intrigantes; los únicos sentimientos que nos han demostrado son afecto y gratitud.

No obstante, en esta situación lo que importa son las ideas y los sentimientos que bullen dentro de ese diminuto torbellino humano que es Pepe.

Hoy salimos de compras, y en una tienda, mientras Dottie escogía unos cojines para extender por el suelo del cuarto de juegos, Pepe se detuvo frente a un escaparate lleno de perros de felpa; los había de sedosa piel y variados colores.

Dottie, recordando que el niño estaba acostumbrado a dormir con otros chicos, me ha mencionado su necesidad de abrazar algo o de tener alguien a quien arrimarse cuando se acuesta. Lo acompañó frente al escaparate de los perritos. A mí nunca se me hubiera ocurrido preguntarle si quería uno; la pregunta hubiera sido embarazosa para él. Pero Dottie se limitó a decirle:

—¿Cuál es el que más te gusta?

Sorprendido y feliz, Pepe señaló uno azul.

Esta noche, que fui a verlo cuando ya se había dormido, encontré a nuestro ex-pandillero, al antiguo miembro de la temible banda de los Suicidas, abrazado tiernamente al perrito de sedosa felpa azul.

Este sábado lluvioso lo dedicamos a convertir el desván en cuarto de juego. Pepe me ha ayudado, pintando un estante y una mesa; es un modo ideal de tenerlo ocupado, ya que no quieto.

Ni siquiera con un estupefaciente se quedaría quieto. Cuando Dottie se siente fatigada, como se ha sentido últimamente, le molesta la bulla que mete el chico. Hoy hemos tenido que recordarle varias veces que no somos sordos; inmediatamente baja la voz, pero a poco le va subiendo la presión y vuelve a las andadas pitando como una olla exprés. En una ocasión protestó en tono suplicante:

Para el hombre actual...

EL MUNDO DE LA CIENCIA

3 TOMOS

1.400 páginas
1.800 grabados en negro y color
30 láminas fuera de texto

...ante la vertiginosa evolución de la ciencia y de la técnica.

PARA USTED QUE ES:

Profesional **Industrial** **Científico** **Hombre de Negocios** **Intelectual** **Profesor** **Estudiante** **Persona que se interesa por las cosas...**

En fin... HOMBRE ACTUAL, que advierte -aquí y ahora- que la fantástica realidad que nos toca vivir crea e impone nuevas condiciones en todos los campos de la actividad humana...
SABE que la voz de orden es INFORMARSE, CAPACITARSE y apelar a las más autorizadas, modernas y universales fuentes de CONSULTA...
"EL MUNDO DE LA CIENCIA" le ofrece la más completa información sobre las fundamentales direcciones del avance científico y técnico.

Dirección general
JACQUES BERGIER
Secretario General del Instituto Francés de Documentación Científica y Técnica; Miembro de la Academia de Ciencias de Nueva York.
Con la colaboración de más de sesenta sabios de todo el mundo.

DEP. PUB. SALVAT



Es una edición
SALVAT

En COMODAS MENSUALIDADES usted puede adquirir ésta o cualquier otra obra del sello SALVAT en:

CORRIENTES 2777 - Tel. 89-4762
LAVALLE 371 - Tel. 31-9014
LIBRERIA FAUSTO
CORRIENTES 1311 - Tel. 40-1222

AGENTES EN TODA LA REPUBLICA

Envíe este cupón y recibirá un espléndido folleto ilustrado.

SALVAT EDITORES ARGENTINA, S.A.
CORRIENTES 2777
BUENOS AIRES

Sírvanse remitirme, sin compromiso, folleto y condiciones de adquisición de
EL MUNDO DE LA CIENCIA 13
Nombre ....
Profesión ....
Domicilio......................................
Localidad ....
Provincia.......................... F.C. ....

—Dottie, yo trato de callarme... pero no puedo.

Y yo trato de imaginar lo que debe de sentir un chico que ha vivido en una sola habitación con media docena de hermanitos gritones y, de pronto, se ve trasplantado a un apartamento de siete habitaciones en compañía de dos personas mayores, donde no haría falta que se desgañitara para hacerse oír.

Cuando Pepe dice "yo trato" ¿entenderemos todo lo que encierran esas dos palabras?

Nosotros también tratamos. Cada vez nos vamos complicando más en este asunto; las complicaciones nos han traído muchos gozos... y más disgustos de los que yo llegué a imaginar; es algo que crece, que se mueve, que cambia. Nada se ha arreglado definitivamente aún, y quizá nuestra dificultad más grave es el mismo hecho de que no haya pasado bastante tiempo todavía.

Y vivieron muy felices...

Pepe provocó hoy la peor de las crisis que se habían presentado hasta ahora. Nos habían invitado unos amigos a pasar la tarde en su casa y, cuando nos preparábamos para salir, llamó Carmen por teléfono: su madre deseaba saber si le sería posible llevarse a Pepe a dormir con ellos esa noche. Teníamos la esperanza de que no vinieran ese fin de semana, pero, no queriendo cerrarles las puertas del todo, le dije:

—Vuelve a llamar mañana y posiblemente podrás venir con tu mamá y con Francisco.

A mí me pareció que era un arreglo justo, pero no a Pepe. Aunque el chico no había dicho una palabra mientras escuchaba la conversación, cinco minutos después de haber colgado el teléfono, le acometió un deseo loco de ver a su madre... no mañana, sino ahora mismo. Me rogó que lo llevara a su casa, que nos fuéramos ya, en ese momento.

Le hice ver que no podía hacerlo, que había quedado en otra cosa con su familia.

—Podríamos cambiar el plan, Joe ... por favor.

—Tenemos una cita con los Mayers y hay que cumplirla.

—Entonces, vayan ustedes... sin mí.

Nunca lo había visto tan agitado. Volví a decirle que vería a su madre mañana. Mas para él no había mañana. Con los ojos brillantes de resentimiento me dijo:

—No voy a casa de los Mayers con ustedes. Yo quiero ver a mi madre.

¿Qué hacer? No volveríamos hasta muy tarde, así que era imposible dejarlo solo. Él se daba cuenta del apuro en que nos ponía y, al verlo sentado sin querer moverse, me pareció que pretendía castigarme. Esperé casi media hora sin que él se moviera.

Al fin le dije:

—¿Qué es lo que realmente quieres?

—Quiero estar con mamá.

—¿Por hoy... o para siempre?

Ahora era yo el retador. Pepe me había inducido a ello y había que



ver el camino que tomaba.

—Solamente por hoy —respondió— porque no voy a ir a casa de los Mayers.

—Bien, Pepe, supongamos que convengo en ello y te llevo ahora mismo a casa de tu madre . . . en ese caso meteré tu ropa en una maleta y le diré a ella que tu vuelta es definitiva. ¿Eso es lo que quieres?

—¿Y mis juguetes, y los mapas, y los cuadros de mi habitación de juego? —respondió dudoso.

Gracias a Dios, pensé, el chico se vuelve atrás cuando estaba a punto de cogerle la palabra. Pero me equivocaba, no había hecho más que provocar a un chico desesperado a jugar su última carta. Y la arrojó diciendo:

—Está bien, Joe, trae la maleta.

Dottie me sacó de apuros.

—Joe, me parece una tontería tomar una decisión que es innecesaria por ahora —y, volviéndose a Pepe, le habló con dulzura—. No es preciso que digas en este momento si quieres dejarnos o no; creo que tú mismo aún no lo sabes ¿no es así?

—Yo quiero quedarme aquí, claro . . . pero . . .

—No es preciso que lo digas ahora, mi vida. Aún no te hemos adoptado ni lo estamos haciendo en este momento. Todavía perteneces a tu madre y puedes volver a su lado cuando quieras sin que nosotros te lo podamos impedir.

—¿No tengo que pediros permiso?

—Eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte.

—Pero, si quiero quedarme aquí . . . ¿puedo quedarme?

—Todo el tiempo que quieras.

—¿Y no tengo que ir a casa de los Mayers si no quiero?

—No, pero puedes ir si quieres. Te han invitado.

—Muy bien. Veré a mamá mañana —y sin decir más, subió a vestirse.

El resto del día pasó sin novedad, y el siguiente, después de la vi-

sita de María, Pepe y yo fuimos a comer a un restaurante de la vecindad. Dottie había salido a visitar a una amiga enferma. Cuando volvimos a casa, el niño dio un tremendo salto, se me agarró del cuello y, dándome un estrujón que todavía me duele, gritó:

—¡Joe, te quiero, te quiero mucho y me voy a quedar contigo para siempre, toda la vida!

Le respondí, jadeando, que yo también lo quería mucho, deshice el abrazo estrangulador, lo puse en el suelo y seguí con su manecita fuertemente apretada entre la mía.

—Y tú, y yo . . . y Dottie, vamos a vivir todos muy felices, ¿verdad?

De pronto se soltó de mi mano, avanzó corriendo, trepó a una verja de hierro en cuyas puntas hubiera quedado empalado al primer mal paso y corrió por el borde del muro cantando a pleno pulmón:

"Salió el zorro saltando en la noche fría y le pidió a la luna que fuera su guía".

Problemas de fin de semana

El martes entrante es *Halloween*, víspera de Todos los Santos, noche de brujas y de espantos en que los chicos andan por las calles disfrazados, llenando bolsas de bombones y calderilla que les regalan los vecinos. Pepe no ha olvidado aún la excursión que hizo el año pasado con uno de sus primos, en la que recogieron la suma de tres dólares, y exige sus derechos de libre empresa también este año; naturalmente, lo dejaremos ir.

—Si te parece —le dijo Dottie— puedes conseguir una de esas bolsas de las Naciones Unidas en las que dice que el dinero de la colecta será para socorrer a los niños pobres de otros países. Sería una buena obra.

—¡Magnífica idea! —gritó Pepe—. Así la gente me dará más dinero creyendo que es para los niños pobres. Y todo será para mí —terminó riendo.

Por lo menos, el chico no disimulaba su intención. Si consideramos la influencia que ha tenido en él el ambiente de ignorancia y miseria en que ha vivido, veremos que no es posible remediarlo de un día para otro. La valentía del esfuerzo que hace, que debe ser tremendo, y la rapidez con que progresa, son pruebas del cariño que nos tiene.

Los fines de semana, sin embargo, son cada vez más problemáticos, porque es entonces cuando Pepe quiere ver a los suyos y esto hace más difícil su adaptación al nuevo medio. Deliberadamente hemos planeado tenerlo muy ocupado todo el día de hoy. Dottie ofreció pagarle 50 centavos por limpiar las tres ventanas de su habitación de juego —ya casi termina y está feliz— y otros 50 por fregar el piso del vestíbulo de abajo.

La idea de ganar dinero es nueva y estimulante para él; acometió el trabajo con febril entusiasmo, pero . . . en plena excitación de la mañana hizo una pausa para preguntarme si por la tarde lo llevaría a ver a su madre. Le dije que no, pues le había pedido a ella misma que no

llamara por teléfono este fin de semana por evitar que sintiera más nostalgia de su casa, y que ella me había prometido no hacerlo.

Decidí entonces darle una explicación, aunque acaso no la entendiera. Le dije que tenía que desechar el pensamiento de que pertenecía a dos familias; que él me había dicho muchas veces que quería ser miembro de la mía, y que esa era la razón por la cual yo no quería que saliera corriendo todas las semanas a ver a su madre, a Carmen y a Francisco, y el motivo de no querer tampoco que ellos vinieran a verlo con tanta frecuencia, pues tantas visitas harían que se acordara más de la falta de su casa y se pusiera triste, sin saber por cuál de las dos familias decidirse. Y agregué:

—Sin embargo, te prometo que irás a verlos muy pronto.

Desistió entonces de sus ruegos y se enfrascó en su trabajo como si buscara a propósito distraerse con él. Aparentemente habíamos ganado la batalla, cuando menos por este fin de semana.

Habla la señora Israels

—Te va a llegar una cartita en el correo —me dijo Pepe ayer al regresar de la escuela.

—¿De quién?

—De la señora Israels. Te va a decir que me porto mal en la escuela.

—¿Ella te dijo eso?

—No tuvo que decírmelo. Lo sé.

—¿Qué travesuras has estado haciendo?

—Hablo todo el tiempo —se encogió de hombros—. Ella te dirá. Me ha dicho que mañana tendrás que ir tú por allá.

Y allá estuve, a las tres de la tarde, según se me pedía en la esquela. Esperé en el vestíbulo; cinco minutos después salió la señora Israels. Es joven, buena moza, de facciones enérgicas y animadas. Fue desembuchando las palabras lentamente, una a una, como si las hubiera tenido congeladas. Comencé a sentirme como uno de sus discípulos culpables.

—Le mandé esa nota —me dijo— porque quiero informarle que la conducta de su hijo es intolerable. Es desobediente, distraído y me perturba a toda la clase. No trabaja y se ríe de todos los esfuerzos que hago por ayudarlo. Le prevengo a usted que, para poder seguir en mi clase, tendrá que demostrar un decidido propósito de enmendarse.

Eso fue todo. Con eso me despedía.

—Me gustaría hablar con usted —le dije—. ¿Podría concederme unos cuantos minutos, si no está muy ocupada?

Me miró sorprendida.

—Como guste —y me condujo a una salita en donde nos sentamos y hablamos por espacio de una hora, mientras Pepe aguardaba en la oficina de la rectoría.

La señora Israels es una mujer admirable. A pesar de su rigor y rectitud, tiene una gran sensibilidad y oculta sentimientos compasivos bajo su capa de sequedad. Al princi-





NUNCA LO HICIERON MEJOR LAS MANOS DEL HOMBRE

Legítimos PLANTILLADOS Grimoldi
12065. - Selección "Mandeville". De mamón marrón o negro
12031. - Selección "Mandeville". De mamón marrón o negro
Industria Argentina
Extenso surtido de medias



LA MARCA DEL MEDIO PUNTO
FLORIDA 252 y 834, SUIPACHA 375 y 121, RIVADAVIA 6782 y 11416, CABILDO 2162, CALLAO 52, BOEDO 832, SAN JUAN 2334 y SUC. DEL INTERIOR

pio, no obstante, estuvimos muy lejos de fundir el hielo de la entrevista. Cuando se puso a hacer la exposición detallada de sus acusaciones pensé que retrataba a Pepe bastante bien, pero, lo mismo que los rayos X, solamente descubría fracturas y cuerpos extraños, sin fijarse en lo bueno que había en su interior.

La interrumpí el tiempo suficiente para decirle:

—También tiene su cosas buenas ¿no le parece?

—Sí; es un chico cariñoso; quiere a sus compañeritos . . . especialmente a los peores.

Antes de que siguiera adelante le dije:

—¿Sabía usted que nosotros no somos sus verdaderos padres?

—Así me lo supuse. ¿Cuántos años tenía cuando lo adoptaron?

—No lo hemos adoptado todavía; apenas lleva tres meses con nosotros.

Al punto cambió de actitud. Me pareció profundamente conmovida. Continué diciéndole que, al llegar a nuestra casa, Pepe tuvo que hacer tremendos esfuerzos de adaptación y que, por mal que se portara en la escuela, en casa mostraba algo que yo tenía que calificar de ánimo heroico de corregirse.

—Me parece que usted está haciendo una gran obra —dijo recobrando el aplomo—; ojalá sea capaz de llevarla a cabo. Pero se expone a un gran sufrimiento. No me gusta ver sufrir a personas como usted. No sé si hago bien en hablarle así, después de todo sólo soy la maestra . . .

—Por favor, siga usted. Me está hablando de cosas que yo necesito oír.

—Este chiquillo, a no ser que haga usted milagros, le va a dar un disgusto. Es muy inteligente . . . y eso lo hace aún más peligroso si se le descarría a usted.

Sabias palabras, dignas de ser tomadas muy en serio. Hay que rebajarles algo su valor, sin embargo, porque existe algo que ella no sabe acerca de Pepe: su afecto por nosotros. Es un farsante, un hipócrita, pero el cariño no lo puede fingir. No obstante, la advertencia de su maestra es justa. El mismo niño que nos ama puede hacernos también desgraciados.

Cuando volvió a hablar, me pareció que había estado leyendo mis pensamientos.

—Usted debe quererlo mucho . . . Solamente tres meses. ¿No hace más que eso que lo conoce?

—Lo conocemos hace cuatro años y lo queremos como a un hijo.

—Entonces, hagan que merezca su cariño. Hagan que se gane su confianza. Exíjanle algo. Háganle entender que no todo es recibir, que algo tiene que dar.

De nuevo volvió a callarse y a pedirme excusas por su atrevimiento de decirme estas cosas y otra vez la insté para que continuara.

—¿Les dice a ustedes la verdad? —me preguntó.

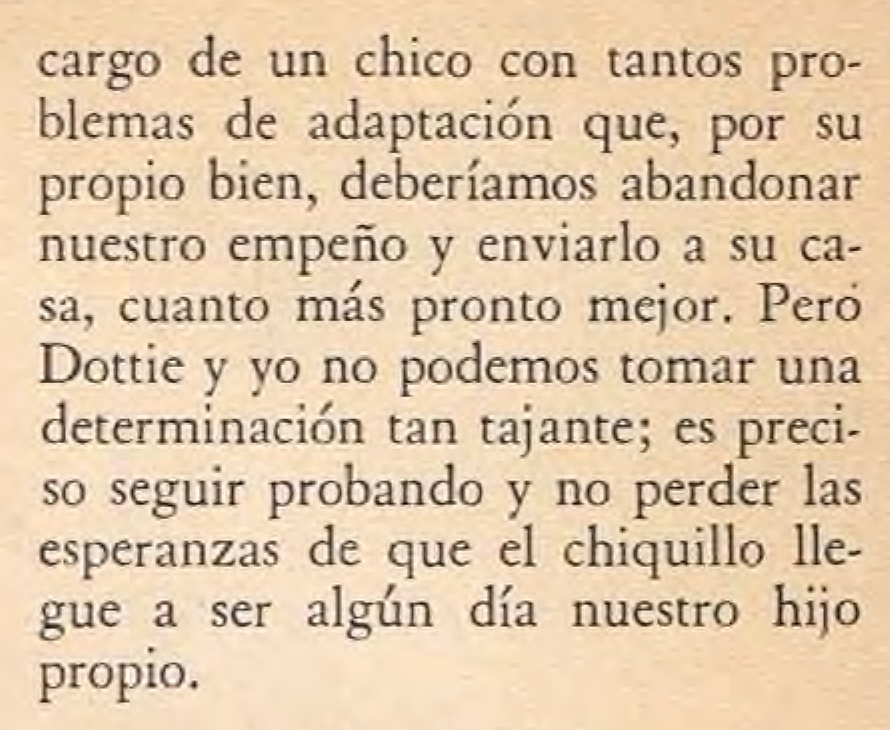
—A veces, cuando se ve acorralado y no tiene otra salida.

—Si miente y ustedes toleran que se salga con la suya . . . no se reali-

zará el milagro, por lo menos el que usted quiere.

Dejé a la señora Israels en este punto, sin haber aprendido nada nuevo acerca de Pepe, aunque sí después de averiguar que no valoraba debidamente sus buenas cualidades. Con todo, la entrevista confirmó los vagos temores que Dottie y yo hemos sentido últimamente.

Hemos estado pensando seriamente en diferir la adopción; es posible que, como nuestras dudas lo sugieren, Pepe no esté listo aún para ese paso decisivo. Además, es un riesgo tan grande para un matrimonio de nuestra edad hacerse



cargo de un chico con tantos problemas de adaptación que, por su propio bien, deberíamos abandonar nuestro empeño y enviarlo a su casa, cuanto más pronto mejor. Pero Dottie y yo no podemos tomar una determinación tan tajante; es preciso seguir probando y no perder las esperanzas de que el chiquillo llegue a ser algún día nuestro hijo propio.

La prueba

Desde que hablé con la señora Israels la semana pasada, las cosas se han suavizado un poco. No han faltado las reflexiones de costumbre para que haga sus tareas. "No hagas eso" es la frase más repetida en nuestro hogar. Pero Pepe ha tratado de respetar la soledad que necesito para el trabajo y se afana verdaderamente por llevarse bien con nosotros en todo. Nos parecía que íbamos progresando... hasta anoche.



Anoche Pepe se mostró rebelde, obstinado, desobediente, hecho un demonio; no quiso hacer nada de lo que le mandé, insistió en hacer lo que le había prohibido, hasta que me puso al borde de darle una tunda. Luego, sonriendo, me dijo: "Sólo es por gastarte una broma, Joe". Cuando por fin logré acostarlo, a las diez

de la noche, me pareció que había tenido el diablo dentro del cuerpo; al regresar Dottie de la biblioteca le conté detalladamente todas sus maldades.

Su diagnóstico fue muy distinto.

—¿No comprendes, Joe, que el pobre chico tiene un gran problema?

Esta mañana, cuando bajó de su cuarto, nos anunció que no quería desayunarse. Ya nos había hecho esta jugada un par de veces; fingía enfermedades para no ir a la escuela. Esta vez no había fingimiento; habló reposadamente con Dottie acerca del traje que debía ponerse, se arregló y salió ... pero por primera vez desde que vive con nosotros se olvidó de darnos un beso al despedirse.

Hoy he trabajado en casa. A las cuatro decidí salir a estirar un poco las piernas y comprar de paso algunas cosillas para la despensa.

Me encontré con Pepe afuera, recostado contra uno de los pilares de piedra de la escalinata, con las lágrimas chorreándole por las mejillas. Le pregunté qué le pasaba.

Me dijo que tenía dolor de estómago, pero, después de consolarlo, de hacerlo entrar y acostarlo, me confesó que el estómago no le dolía: lloraba porque yo me había enfadado con él.

Le propuse hacer las paces por lo que había pasado la noche anterior y le dije que, si no quería verme enfadado, había otras cosas mejores que las lágrimas para lograrlo.

—Ya lo sé —me respondió— pero

cuando te cuente te vas a enfadar más.

A continuación fue saliendo en retazos la historia de aquel día. No había ido a la escuela, había resuelto "hacer novillos"; quiso ir a ver a su madre, pero le dio miedo; ella le había dicho una vez que no lo recibiría si se fugaba de nuestra casa. Había terminado por pasar la tarde en un cine. Cuando acabó su cuento, comenzaron a brotarle de nuevo las lágrimas.

—Tu madre te ha dicho que no vuelvas a su casa porque ella cree que estás mejor aquí —le dije.

—Lo sé, lo sé. Pero hay veces que se me antoja verla, Joe, no sé por qué.

—¿Y eso fue lo que te pasó hoy? ¿Por eso no fuiste a la escuela?

—Sí, pero yo no quería que me pasara.

—¿Y qué tal si te llamaras Josef Berger? ¿También te entrarían deseos de fugarte entonces? ¿Aunque fuera para ver a tu madre?

Tras un largo silencio me soltó la respuesta que yo merecía.

—No lo sé.

Ni yo tampoco.

Hoy deben llamar por teléfono de su casa para preguntar si pueden venir a verlo este fin de semana. Estoy dispuesto a aceptar cualquier clase de visita que propongan y hasta soy capaz de permitir que Pepe pase la noche del sábado con los suyos, si él quiere. Quizá una prueba de esta clase sea lo que necesitamos para disipar nuestras dudas y confusiones.

Una excursión al arrabal

Carmen telefoneó a mediodía. Quedaron encantados cuando les dije que llevaría a Pepe a pasar la noche con ellos. Pepe lo mismo; salió corriendo y compró un frasquito de perfume barato para su "mami"... con lo cual quedamos ambos muy satisfechos, cada uno por su razón especial.

Durante hora y media viajamos a través de los míseros barrios que cubren buena parte de Brooklyn; tuvimos que tomar tres autobuses para llegar a casa de María. Deprimente viaje amenizado sólo por el crepúsculo vespertino, preludio de la noche que con su manto taparía tanta fealdad ofensiva para la vista.

Nada de eso incomodaba a Pepe. Cantaba feliz como una calandria, silbaba y ponía en práctica los muchos recursos que sabía para entretenerse mientras se va en autobús, algunos permitidos, otros prohibidos... que provocaban las amenazas del conductor de ponerlo de patitas en la calle si no se estaba quieto. Cuando pasamos frente al "cementerio más grande de Brooklyn", según decía él, pronunció un discursillo sobre el tema general de la muerte y se refirió en particular a que la mía estaba más próxima que la suya.

—Pero antes de que te mueras, Joe, ¿sabes qué pasará? Pues que tú me vas a mantener a mí, porque eres rico y yo no. Pero cuando yo crezca y sea médico tú estarás muy viejo para trabajar... viejecito y arrugado como un acordeón, pobre Joe. Pero no te aflijas, que yo te daré entonces lo suficiente para vivir—. Así siguió hablando por los codos hasta que salimos del autobús y anduvimos cuatro calles más entre aquel amontonamiento de casuchas.

María y sus hijos viven en el segundo piso de una casa que está ya al borde de la ruina.

El apartamento consta de una cocina pequeña, una sala y dos habitaciones apenas lo suficientemente anchas para acomodar un catre en cada una; está desprovisto de todo, menos de vida, que es lo que allí abunda. Se ve limpio a fuerza de friegas y restregaduras, tan aseado como otros que conocí habitados por la misma familia; mas la limpieza no es capaz de ocultar las grietas de las paredes ni los agujeros de los pisos, ni los olores desagradables que entran y salen.

A María la desconcertó mi complacencia de permitir que Pepe se quedara a pasar la noche con ellos y se mostró algo intranquila hasta que le di a entender que lo esperábamos sin falta mañana. Dijo que Johnny lo llevaría e hizo alusión a lo bien que se encontraba el chico desde que vivía con nosotros. Finalmente, quiso saber cuándo lo adoptaríamos. Yo le hablé de las murrias que había sufrido el niño y le dije que, aunque todavía persistíamos en el deseo de adoptarlo, sería preciso esperar un poco. La cosa dependía ahora de la voluntad de Pepe más que de la nuestra.

La advertencia la dejó algo triste, mas no le sorprendió. Su rostro sólo enseñaba la valerosa serenidad de quien está acostumbrado a recibir malas noticias; sin embargo, a través de su reserva alcancé a ver su lucha interior. Su más vivo deseo, lo creo firmemente, es igual al nuestro: hacer lo que sea más conveniente para Pepe.

Pepe escoge

Cuando regresó Pepe esta tarde, me pareció cansado. Dijo que se alegraba de haber vuelto, pero su talante no era nada convincente. Cenamos fuera. Pepe comió en silencio, con tanto apetito como si no hubiera probado bocado en una semana. Otra vez en casa, subió inmediatamente a su habitación de juego; a poco subí yo y lo encontré sentado quietecito en el sofá. Me senté a su lado y conversamos. Hacía un último esfuerzo por no soltar lo que tenía dentro, pero al fin se desahogó:

—Joe, no depende de mí, quisiera estar en mi casa.

—¿Para siempre; para toda la vida?

Hizo un puchero y una seña afirmativa con la cabeza.

—¿Estás enfadado conmigo, Joe?

—No. Claro que no —le acaricié la barbilla como le hago siempre que me divierte y continué—: De todos modos, me alegro de que me lo hayas dicho. Así estarás más contento y cuando tú estás contento yo también lo estoy.

—Yo no estoy contento.

—Pero lo estarás. Lo importante es estar seguro de lo que se quiere.

—Yo estoy seguro, Joe.

—Muy bien, no te lo preguntaré más.

—Pero, Joe ¿seguirás siendo mi amigo?

—Yo soy tu amigo, Pepe. Para siempre. De eso estoy seguro.

—¿Y podré venir a verte?

—El sábado entrante, si quieres. Y podrás quedarte a dormir, si quieres. Y todos los sábados que quieras.

—¿El verano entrante podremos ir a Shelter Island?

—Quizá. Tal vez a otra parte. A veces es mejor ir a lugares nuevos y hacer cosas nuevas.

—Yo no quiero nada nuevo, Joe. ¿Cuándo podré ir a casa?

Le dije que se podría ir mañana y ambos bajamos a darle la noticia a Dottie.

Desde ese momento se operó en él un cambio rapidísimo, como si de pronto hubiera puesto en marcha un motor dentro de sí y soltado un chorro de vapor reprimido. El resto de la tarde lo pasó correteando por toda la casa, recogiendo sus cosas y charlando de su "regreso al hogar".

Antes dormía con Carmen, pero ahora ella tenía su camita propia. En adelante dormiría con Francisco, y lo prefería. Y la chiquitina... "tan linda, Joe... si la vieras... si vieras las caras que pone cuando me acerco a ella! ¿Y no podría llevarme unos cuantos juguetes junto con la ropa? Esta ropa interior que

me sobra se la podría dar a Francisco. ¿Y el gramófono.... y los discos en español? Como tú no los entiendes, Joe, y a mamá le gusta tanto bailar con música latina..."

Eran las once cuando lo dejamos en su cuarto. Esta noche, por primera vez, se ha olvidado de meter en su cama el perrito de felpa azul.

Adiós

PEPE se levantó muy temprano esta mañana; antes de las seis bajó donde yo estaba dándole a la máquina de escribir, tratando de terminar un artículo que me habían encargado. Traía un último problema entre ceja y ceja. Quería volver a su casa solo; sabía el camino y no necesitaba compañía.

—Dime ¿por qué no quieres que yo vaya contigo?

—Porque mi madre te va a rogar que vuelvas a traerme contigo. Te va a hablar hasta convencerte... y si tú no vas, no habrá quien me traiga.

—No te preocupes por eso. Yo le diré por qué no voy a cambiar de parecer.

El chico no se convenció y al fin le dije:

—Está bien, haremos otra cosa. Te mandaré solo en un taxi... si me prometes entregar a tu madre una carta que voy a escribirle. ¿Te parece?

—¿Le dirás en ella que no volverás a recibirme por más que te lo ruegue, por más que llore?

—Mucho más le diré. Cuando lea la carta, o cuando alguien se la traduzca al español, no creo que le queden ganas de ruegos ni de lloriqueos. No te preocupes, voy a leerte a ti lo que le digo—. Me puse a escribir y fui leyendo...

Querida María:

Pepe vuelve hoy a su casa en definitiva. Es muy duro para mí desprenderme de él. Dottie y yo lo queremos inmensamente. Lo querremos siempre y lo tendríamos con nosotros para siempre, si esto fuera posible.

Pero ahora comprendo que no puede ser así. Él ha tratado, ha hecho enormes esfuerzos por ser nuestro . . . pero a quien verdaderamente quiere y a quien necesita es a usted. Entienda bien que es Pepe quien ha escogido y no nosotros. Mas, en realidad, no está escogiendo: hace lo que debe hacer. Cambió de casa, pero no pudo cambiar de corazón. Yo no lo culpo por esto . . . al contrario, lo quiero más y lo admiro, y me doy cuenta de que la razón está de su parte. Lo mismo debe pensar usted, María. Todo lo que él pierde lo pierde por amor a usted. Es una gran razón, la mejor de las razones del mundo para justificar lo que ha hecho su hijito.

Cuando terminé de leer Pepe estaba silencioso, pero contento. Traté de hacerle tomar el desayuno: no quiso. Sólo tenía voluntad para recoger sus cosas y arreglarse. Su prisa me hizo pensar en el salmón que se precipita y salta locamente río arriba con la obsesión de llegar al pozo donde nació.


FEBRERO
MAR
ENERO
ABR
JUN
JULIO
SETIEMBRE
AGOSTO
OCTU
NOVIE
DICIEMBR
Cuesta del Parral... Cruz del Sur...
son vinos que siempre "están de temporada",
que gustan en las cuatro estaciones...
¿Las razones?... Porque son elaborados siempre
con las mejores uvas, cosechadas en viñedos propios.
Porque atesoran siempre esa invariable
alta calidad que nace de un solo nombre.
VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU, con más de
medio siglo de prestigio en vinos finos.
12 MESES EN SU MESA
CRUZ DEL SUR
TINTO Y BLANCO
CUESTA DEL PARRAL
TINTO - CLARETE - BLANCO
VINOS
Arizu
son de
S. A. VIÑEDOS BODEGAS ARIZU
CON
FRANJA
ROJA
SUR
Cuesta del Parral
S. A. VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU
WARNES 2280 - BUENOS AIRES - MENDOZA

Dottie dormía aún cuando nosotros ya estábamos listos para salir. Le dije a Pepe que era mejor no despertarla. En mi interior me alegraba de que no se hubiera levantado... yo soy un poco más fuerte que ella cuando se trata de contener las emociones. Al bajar las escaleras Pepe me dijo:

—Despídeme de ella, Joe.

—¿Por qué... si la vas a ver el sábado?

—Sí, es verdad. ¡Qué gusto volver a ser amigos, Joe!

La mañana está gris y húmeda. Afuera, en la calle, mientras esperamos el coche, la niebla fría se va trocando en lluvia. Abro su maleta, saco el impermeable y la capucha; con su atuendo, que apenas deja ver parte de la cara, me pareció mucho más pequeño.

Pasó un taxi desocupado y lo llamé. Metí a Pepe en él; entré yo después y le dije al chofer que pusiera a funcionar el taxímetro.

—Yo me vuelvo a apear —le dije— sólo necesito un minuto—. Y luego a Pepe—: ¿De verdad no quieres que te acompañe?

—No, Joe, no hace falta—. El chico miró al chofer y, advirtiendo que aguardaba con impaciencia, me tendió la mano; me dijo "adiós" en voz baja y turbada. Nos dimos un apretón de manos y salí.

Me quedé un momento mirando el coche, que se alejaba entre la lluvia, y a Pepe, que me hacía señas de despedida por la ventanilla.



Un "tercer colaborador" en la tarea educativa



Por Earl Hanson
Inspector de Escuelas, Rock Island (Illinois)

No hace mucho, cierto profesor de ciencias se lamentaba jocosamente ante mí, diciendo: "Casi todo lo que aprende un alumno en estos tiempos en los colegios y universidades, resulta ya anticuado cuando llega la hora de graduarse".

Realmente, si bien se mira, esto, aunque parece broma, no lo es tanto. Hoy las fronteras del saber se dilatan mucho más rápidamente de lo que tardamos en llegar a franquearlas. Esta es una de las razones que han movido a padres y maestros a agregar un tercer colaborador en la educación: el escritor de revistas.

Las revistas impresas han desempeñado siempre importante papel en el aula, como diseminadoras de ideas, información y literatura. Desde las escuelas de párvulos hasta las graduadas, los profesores nos ayudamos con revistas para mantener vivo y actual el plan de estudios. Las revistas ayudan a todos los estudiantes en su aprendizaje y, a los más despejados, a superarse en él.

Cuando yo enseñaba historia, me valía de revistas para vincular el pasado con el presente. Por ejemplo, en un curso de historia de Italia que di en 1930 me atuve tanto a los artículos de revistas consagrados a Mussolini como a las descripciones de las campañas de Garibaldi halladas en los libros de texto.

La revista Reader's Digest es un maravilloso colaborador en las labores docentes, ya que en ella se concierta el material tomado de las mejores revistas y libros con sus propios artículos para abarcar un amplio campo de temas importantes y oportunos. Viene a ser algo así como lo que la navaja de los *boy scouts* representa para éstos: un pasmoso conjunto de muchos utensilios, contenidos todos en un solo mango. De lectura fácil y rápida, pero completa por cuanto abarca, el Reader's Digest alberga en su "mango" muchos instrumentos de enseñanza.

En la actualidad, el fin de la educación es evidente: consiste en capacitarnos a todos y cada uno para desarrollar nuestras aptitudes hasta su nivel más elevado. Por lo mucho que contribuyen a hacer más eficaz la educación, las revistas como el Reader's Digest resultan tan valiosas en el aula como en el hogar.

Mayo de 1963

Selecciones

del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Cubierta: "Iridáceas", por Ralph Avery

